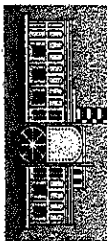


EL BARCO

DE VAPOR



A Chiara y Julian.

Encuentro con Flo

Laura Escudero

- PREMIO EL BARCO DE VAPOR 2005
- DESTACADO DE ALIJA 2005

Colección dirigida por Susana Aime
Diseño: Silvia Lanteri y Noemí Binda
Edición: Ana Lucía Salgado
Ilustración de tapa: Gustavo Aymar

- Laura Escudero, 2005
- Ediciones SML 2006

Av. Paseo Colón 1350
C1063ADN Ciudad de Buenos Aires

Primera edición: noviembre de 2005

Primera reimpresión: septiembre de 2006

ISBN 10: 987-573-053-X
ISBN 13: 978-987-573-053-3
Hecho el depósito que establece la ley 11.723
Preimpresión: Latingráfica / Impresos Offset
Impreso en la Argentina / *Printed in Argentina*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Escudero, Laura
Encuentro con Flo - 1ª ed. 1ª reimp. - Buenos Aires:
Ediciones SML, 2006.
176 p. : 19x12 cm. - (El Barco de Vapor; Roja; 7)
ISBN 987-573-053-X
I. Literatura infantil y juvenil Argentina. I. Título
CDD A863.9282

NI. 3629



Av. Paseo Colón 1350
C1063ADN Ciudad de Buenos Aires

Proyecto de Mejoramiento
de la Educación Rural

De pronto, el mundo se puso patas para arriba y Julieta no supo cómo pasó. Parecía un día como cualquiera, hasta que en un abrir y cerrar de puertas todo se enredó.

Se acuerda de que afuera caía una lluvia finita y por eso a la abuela Flora le dolían los huesos. También se acuerda de la cara de su mamá... como sorprendida y asustada. Y de Sergio, que entró con los bolsos sin decir una palabra, como cada vez que está de mal humor.

A Julieta la lluvia le gusta y no le gusta. Como estar sola. A veces quiere y otras no. Por ahí siente que necesita un lugar para desaparecer... Pero también le gustaría que unos mimos la encuentren. O un abrazo. Y quedarse así, quieta. Sola pero acompañada. Estas son cosas muy difíciles de explicar para alguien de trece años... demasiado grande para pedirlo, demasiado chica para no necesitarlo.

Esé día, el mundo de Julieta se inundó de lluvia porque Sergio entró con el equipaje de la abuela Flora, abrió la puerta de su pieza y dejó todo sobre su cama. Pasó tan rápido que apenas pudo dibujar una "o" con su boca. Y se quedó así, parada en el pasillo, viendo cómo el mundo se daba vuelta.

Tan repentino fue, que sintió como si el tiempo se hubiera detenido, y apenas se dio cuenta de que su mamá la tomaba de la mano y la sentaba al borde de la cama. Julieta miró esos ojos tratando de encontrar los suyos. Los vio buceando en su cara de nena triste para explicar lo inexplicable.

—Tuvimos que decidirlo a las apuradas y no hubo otro remedio. La tía Raquel, que siempre cuidó a la abuela Flora... ¿Me escuchás, Julieta? ¿Estás atendiendo?... Se enfermó, así que vamos a tenerla con nosotros un tiempito, hasta que Raquel esté bien. Después, ella vuelve a su casa... y nosotros, a la normalidad.

Solamente hubo un silencio pesado por respuesta. Ese que presagia las tormentas.

—Hija, vos ya sos grande, y es un esfuerzo que tenemos que hacer todos... —insistió Paula, sabiendo que sucedería lo inevitable.

Julieta sintió que el piso se hundía bajo sus pies. Que todo a su alrededor se derretía, se alejaba, se borraba.

Flora... esa abuela que había visto algunas veces y casi ni conocía. Esa señora arrugada que no lograba re-

cordar su nombre y le decía Paula, Raquel, Anita... (¿Por qué "Anita"?). Esa vieja lenta que hacía rezongar a su tía, quien la retaba y la retaba porque no entendía nada de lo que explicaba.

Traían a la abuela Flora, está bien, pero... ¿por qué ponerla ahí? Justo en su habitación. El único lugar del mundo donde podía refugiarse... hacer y pensar sus cosas secretas y prohibidas. Por más fuerza que hizo para aguantar el nudo que le apretaba la garganta, las lágrimas se escaparon y no las pudo detener. Entonces, su pieza se inundó de una lluvia copiosa.

Y las palabras de su mamá explicando se diluyeron en el agua, porque cuando Julieta se pone a llover, no hay argumento que la pare. Por eso, Paula salió de la pieza. Y Julieta se quedó sentada sobre la cama, bien metida para adentro. Juntando los retazos de tristeza que flotaban por ahí. Anudándolos con recuerdos que iban apareciendo. Sin querer. Sin darse cuenta.

Es que para ella las cosas nunca estuvieron del todo en su lugar. Por lo menos eso le parece cada vez que lo piensa. Por ejemplo, le gustaría tener una mamá como las demás. Como la de Analía, su amiga de la vuelta. Gordita, simpaticona, tan cocinera y señora de su casa. De esas mamás a las que las cosas les salen bien porque tienen todo organizado. No como la suya, que es tirando a desastre. Una mamá prolija, que sepa cómo comenzar y terminar un día. Así no sucederían estas catástrofes.

Pero, qué le va a hacer, su mamá está fatalmente desvencijada. ¿Cómo va a pensar tranquila con esa maraña en la cabeza...?, como dijo la tía Raquel.

Paula es como una mamá terrible. Es cierto que a veces Julieta se divierte con sus chiquilínadas. Cuando inventa canciones locas, cuando hace chistes con todo. Pero otras veces se cansa y en algunos momentos se muere de vergüenza. Sobre todo cuando invita a alguna amiga. Porque es tan desordenada... y, además, el departamento es chico. Estaba bien para ellas dos, pero ahora con Sergio y Nicolás...

Y ni hablar con Flora. Mejor ni imaginarse el paisaje con la abuela Flora en el medio, arrastrando esas pantuflas ridículas. El desastre sería completo.

Ocurre que a su mamá le encanta hacer desparramo de cosas. Últimamente se le dio por la costura. Cuando llega del trabajo saca telas, agujas, botones, la máquina de coser, cinta métrica, tizas, regla. Ocupa cada lugar donde pueda apoyar algo. Y donde no, también. Entonces trata de coser. Trata. Porque apenas empieza, Nicolás, que gatea por el comedor, va tirando todo lo que Paula acaba de sacar. Y viene el inevitable: "¡Juli!!! ¿Me podés ayudar...?"

Julieta la ayuda y cuida a ese bebé que es su hermano. Porque Nicolás es lindo. Tiene un año y pico, nariz de botón, un chupete colgando y los cachetes más maravillosos. Pero hay que mirarlo todo el tiempo porque

parece que se va a tragar el mundo entero. Se mete cualquier cosa en la boca y consigue lo que quiere, porque se las arregla muy bien para llegar. A Julieta ese hermano le cayó como la abuela Flora: de repente y sin aviso (aunque con él tuvo unos meses para hacerse a la idea: ¡cómo ignorar las novedades en la panza de Paula!).

De pronto, Julieta miró la cama, los bolsos, se acordó de Flora y volvió a pensar que las cosas para ella estaban mal, muy mal. No es que no quisiera a su abuela. Pero justo ahí, tan cerca. Le pareció que eso de querer y no querer le venía pasando todo el tiempo. ¿Tan horrible, tan malvada era? Como con su hermano...

Con el bebé le sucede lo mismo que con la lluvia. Unas veces le gusta y otras no. Cada vez que la llama, "¡Uii, ¡Uii!", y estira los bracitos para que lo alce, Julieta se llena de ternura. Lo levanta y le da besitos en la panza. Besitos de hormiga que a Nicolás le encantan y le sacan carcajadas contagiosas. Pero, otras veces, Julieta quisiera que desapareciera un rato y dejara un poco de espacio para ella. Un rinconcito en la vida de su mamá, que siempre está ocupada.

Y cómo olvidar que el primero que la ocupó fue Sergio. Al principio parecía tan amable que Julieta pensó que iba a ganar un papá, aunque tuviera que sacrificar un poquito de mamá. Pero después entendió que *papá* era de Nicolás. De ella, sólo era un buen amigo...

La cabeza de Julieta iba y venía... Entraba y salía por cada recuerdo, por cada idea. Otra vez se acordaba de Flora... y en su cuarto sucedía un nuevo derrumbe. Sentía que su memoria, en un viaje enloquecido, juntaba los fragmentos dispersos del rompecabezas de su vida.

Se dejó llevar por ese recorrido incierto y pensó en su papá. Aunque de su papá se acuerda poco, y la verdad no tiene ganas de acordarse. En realidad, el recuerdo se mezcla con las palabras de Paula y unas fotos que apenas pudo ver, porque un día de rabia su mamá las tiró.

Sabe que vivió con ellas hasta sus dos años. Que se fue de pronto. Que un día no estuvo más. También se acuerda de los ataques de lágrimas de Paula y de los problemas con el dinero, que nunca alcanzaba. Por eso su mamá tuvo que pasar tantas horas metida en una oficina. Y Julieta chiquita iba y venía. Del jardín, a la mujer enorme que la cuidaba... ¿Cómo se llamaba? Porque se acuerda de que la jovencita era Luisa y tenía un novio en otra ciudad (por eso, después se tuvo que ir a trabajar allá). Tantas señoras desfilaron por la vida de Julieta, que sería imposible saber quién la vio cuando cambió el primer diente o quién la ayudó a aprender a escribir.

Después de un tiempo, las cosas mejoraron. Paula pudo trabajar menos horas y el dinero les alcanzó para ir de vez en cuando al cine...

Hasta que otra vez apareció su papá. Ella misma le abrió la puerta y lo vio llegar. Vino con unos paquetes. Como si con eso pudiera arreglar algo. Julieta otra vez no supo qué hacer. Por un lado, tenía ganas de conocerlo. Conocerlo de verdad, saber quién era. Pero, por otro, tenía el presentimiento de que no le iba a gustar. Y se dio cuenta cuando vio a su mamá derrumbarse otra vez, mientras él contestaba tan frescamente que había necesitado aire. Bueno, ahora ellas no lo necesitaban a él. Esa fue la última vez que lo vio y no le quedaron ganas. Al menos por ahora.

La cabeza de Julieta iba y venía, no quería parar. Flora, su papá, Sergio...

Su mamá dice que con Sergio las cosas son distintas, porque se siente acompañada y ayudada. Es verdad que parece un buen papá para Nicolás. Siempre lo mima y lo alza... además, le cambia los pañales y le da la madera. Algunas veces, también lo mira con cara de embobado y pone esa sonrisa de... estúpido.

Entonces, Julieta se muere de rabia. Le da bronca que todo sea para Nicolás. Y también que su mamá no haya pensado en elegir un papá así para ella.

Por eso su habitación era el único rincón donde las cosas parecían estar en su lugar. Parecían. Porque ahora, esos bolsos sobre su cama...

Hasta aquel día de lluvia finita, Julieta había visto pocas veces a su abuela. Porque Flora vivía con Raquel.

Y Julieta sabía muy bien cómo era la relación entre su tía y su mamá. Es decir, el desencuentro que había entre las dos. Nunca importaba demasiado el motivo: cada vez que se veían, terminaban peleadas. La causa de la discordia parecía estar muy metida en el tiempo, venir desde la prehistoria. Sin embargo, el simple hecho de verse ponía en actividad esa furia volcánica que se vomitaban, salpicando bronca para todos lados. Ninguna de las dos terminaba de decir claramente el motivo del enojo. Y rara vez referían hechos del pasado. Datos que le permitieran a Julieta entender.

Todo lo que sabía era que la tía Raquel tenía como quince años más que su mamá y que siendo joven había quedado viuda con una hija, Rita, de apenas siete. Por eso, se había mudado a la casa de la abuela Flora. Ahora la hija había crecido, iba a la universidad, vivía en otro sitio y rara vez aparecía. Y la tía era una señora mayor que siempre tenía los labios pintados de rojo y andaba diciéndole a la gente lo que tenía que hacer. Especialmente a Paula, su hermana menor, que parecía "equivocarse" todo el tiempo.

Las dos habían llegado a la conclusión, tiempo atrás y después de muchísimos escándalos, de que la única solución era ignorarse. Por eso, se visitaban tan poco. Casi nunca.

Algunas veces, Paula le había contado cosas de la abuela Flora. De cuando estaba bien y su casa era su casa (que ahora había pasado al dominio de la tía Raquel). Parece que le gustaban las plantas y, en los buenos tiempos, la galería era una jungla colorida. Pero después Raquel opinó que tanta maceta juntaba mugre, y de a una las fue sacando.

Su mamá también decía que Flora siempre había sido muy alegre y un poco loca. Como de risa fácil. Y contaba que estaba todo el tiempo de aquí para allá haciendo cosas. Hasta cuando estaba quieta. Entonces, especialmente le gustaba tejer. Puntillas y encajes, carpetas y mantelitos que ponía debajo de cantidad de objetos raros que guardaba como recuerdo. Pero a Raquel también le parecieron una molestia y los quitó.

Cuando Julieta miraba a esa abuela lenta como un dinosaurio y de mirada perdida, le parecía imposible que fuera la misma persona de la que su mamá le había hablado. Alguna vez escuchó que Flora comenzó a enfermarse de a poco. Que se fue marchitando como sus queridísimas flores, perdió color y también el perfume que mantiene viva la memoria. Desde ese momento, la abuela quedó bajo el cuidado de la tía Raquel, que transformó su mundo en el propio. Entonces, Flora fue como el bebé de su propia hija. Había que cuidarla y darle los remedios, ayudarla en sus cosas, hacerle la comida...

A veces, la abuela Flora mira un poco para afuera y trata de hablar, pero parece que los recuerdos se le mezclan. Las palabras se le destejen y va perdiendo los puntos hasta que se queda muda otra vez, perdida, sin encontrar a nadie del otro lado de lo que está diciendo o de lo que quiere decir.

Así llegó aquel día. Y se quedó sentada en el sillón del comedor sin enterarse de nada. Como el potus del pasillo.

A ella le seguía lloviendo finito, mientras un diluvio se desataba en el cuarto de su nieta.

Julietta salió al mundo despacio. Con mucho cuidado y tratando de entender. Se secó las lágrimas y miró otra vez los bolsos de Flora. ¿Qué tendrían? ¿Qué sería lo que la tía Raquel le habría permitido traer? ¡Pobre Flora! Ella sí que no tenía lugar. Ni su propio cuerpo. Ni sus pensamientos. A lo mejor, ni siquiera podía llorar... porque tampoco se acordaba. O tal vez, lo que había olvidado eran los motivos.

Entonces, sacó para afuera su pena y se la puso a Flora. La envolvió toda. Pero con la tristeza no es fácil. Va y viene por su cuenta.

Julietta salió de su habitación. Desde el pasillo miró a su mamá dando vueltas por la cocina. Acomodó la voz para que saliera firme y preguntó qué le había pasado a la tía Raquel.

—Nada grave. La tuvieron que operar de la vesícula y necesita recuperarse. Está con Rita, que la va a cuidar. Por eso la abuela Flora tiene que quedarse acá. —Su mamá levantó la mirada, cambió el tono de voz y continuó: Y... supongo que habrás notado que tenemos dos piezas... y, también, que en la otra habitación ya somos tres. ¿Cómo te parece a vos que tenemos que acomodarnos? ¿Se te ocurre otra idea? —terminó definitivamente irónica.

Julietta pensó y pensó. ¿Por qué ella y Flora? ¿Cómo podía pasar algo así? ¿Cómo pueden terminar juntas dos personas porque no caben en otro lugar? Como si se tratara de acomodar trastos en un depósito. Para que no molesten, claro. Miró a la abuela Flora, apagada frente al televisor prendido, y decidió que, seguramente, estaba triste y que a lo mejor también se sentía sola.

En medio de la tormenta escuchó que Sergio se llevaba a Nicolás para despejar el ambiente. Seguramente se iban a la casa de sus padres, que son personas realmente agradables. Parecen verdaderos abuelos. También son muy amables con Julieta, pero hasta ahí. La abu Elena siempre está dispuesta a cuidar al bebé. El abu Juan aparece con bolsitas llenas de golosinas para los dos.

Julietta miró otra vez a la abuela Flora y se acordó de la abu Elena. Tan activa, siempre paqueta y bien arreglada. Así da gusto tener una abuela. En cambio, a la

pobre Flora no hay forma de moverla, su cuerpo está todo herrumbrado. Con suerte todavía puede caminar dentro de la casa.

Apoiada contra el marco de la puerta, Julieta siguió mirando. Vio a su mamá dar vueltas como un trompo para arreglar todo. Pero, como de costumbre, mientras más se apuraba, más se enredaba. Daba vueltas y hablaba, levantaba cosas y las cambiaba de lugar.

—¿Por dónde empiezo? Tengo que hacer la comida antes de que lleguen Sergio y Nicolás, y levantar todo este desparramo de las costuras... ¿Y qué más? ¡Qué más?!... ¡Juli...!

Julieta la escuchó con paciencia y le dijo que sería bueno acomodar los bolsos de la abuela Flora y armar su cama. La mamá le agarró la cara, todavía un poco nublada y con caminitos de lágrimas, y le dijo:

—¡Qué haría yo sin vos!

Julieta forzó una sonrisa y se fueron juntas para la pieza. Después de todo, la abuela fue la excusa para tener ese rato con su mamá en su lugar favorito. Porque Julieta tiene una hermosa habitación. Con su cama, su placar y su escritorio. Siempre cuida de poner cada cosa en su lugar. Eso hace que se sienta segura. Así man tiene su mundo bajo control.

Entre las dos armaron la cama. Julieta puso unas gotitas de perfume sobre la almohada de Flora, como hace cada vez que cambia sus sábanas. Después, Paula

trajo un manajo de perchas y comenzó a sacar los vestidos descoloridos y a colgarlos en la mitad del placar que Julieta había cedido.

Enseguida, Paula se sentó sobre el piso y sacó una bombacha. Era enorme. Se la puso en la cabeza y dijo.

—¿Oia? ¡Mirá! ¡Usa calzones de elefante! —y largó una carcajada muy fuerte.

Julieta se rió y la retó:

—¡Pero ma...!

—Es cosa de Raquel. Siempre fue exagerada.

Su mamá iba sacando; Julieta, doblando y guardando cuidadosamente en los cajones. Unas pantimedias, saquitos de lana, pañuelos, una virgencita...

—Si la abuela Flora pudiera elegir, jamás se compraría esta ropa de colores tristes. Ella siempre fue una persona alegre —Paula hizo el comentario sin énfasis, como rumiando un pensamiento en voz alta.

Julieta la miró arqueando las cejas. Verdaderamente, no podía unir la palabra "alegre" a esa vieja gris que estaba sentada en el comedor.

En eso, sonó el teléfono y Paula salió a atender.

Mientras su mamá volvía, Julieta continuó desarmando el equipaje. Cuando terminó con la ropa, en el fondo del bolso encontró una caja grande de madera. La sacó y la miró con detenimiento, porque le llamó la atención. Parecía antigua. Un objeto muy diferente del resto de las pertenencias. Tuvo la impresión de que se

trataba de algo personal. Algo que realmente era de Flora. Le causó una enorme curiosidad saber qué había adentro. La abrió con intriga y vio unas cuantas alhajas de poco valor, un sobre arrugado, otra caja sujeta con una cinta y más pequeñeces. Puso sobre su repisa aquel cofre, que era muy bonito, y concluyó que todo estaba quedando muy bien. Mientras contemplaba el resultado de su trabajo, apareció su mamá.

Parada contra el marco de la puerta, dijo casi sin respirar:

—¡Podés creer! La que llamó fue tu prima Rita. ¿Y sabés qué quería? ¡Devolver a su madre! ¡No, no, es un chiste! Dice que la pesada de Raquel no deja de repetir que no nos vayamos a olvidar de poner el vasito con agua para la dentadura postiza de la abuela.

Aunque Paula lo dijo tan rápido y como al descuido, las palabras “vasito de agua” y “dentadura postiza” quedaron flotando en el ambiente.

Julietta miró a su mamá esperando la carcajada. Por que después de ese chiste también tenía que venir una enorme carcajada. Pero no. Paula salió, y Julieta pudo escuchar bien claro cómo llenaba un vaso de agua y caminaba otra vez hasta su pieza.

—¡No! Eso en mi mesita de luz, no. Eso es cosa de películas o bromas de mal gusto...

Su mamá la miró haciendo un gesto de resignación:

—Y bueno, algunas cosas van a ser inevitables.

Julietta ahora estaba segura: no podría invitar a ninguna amiga a su cuarto. Nunca, mientras Flora estuviera allí.

La cena fue bastante deprimente. Aunque Julieta había puesto la mesa con cuidado, nadie notó que las servilletas hacían juego con los colores de los platos, ni que las ensaladas estaban decoradas con hojitas de perejil y rodajas de limón. Sergio, que había llegado con Nicolás dormido, seguía mudo, apenas miraba el vaso y el plato. Paula, sentada al lado de la abuela, trataba de ayudarla, con evidente poca experiencia. Y la pobre Flora miraba a su alrededor realmente confundida.

Entonces, Julieta pensó que la vida en su casa iba a ser insoportable. Y sintió pena o rabia o...

A Julieta no le gusta el desorden. Y esto era un caos. Por fuera y por dentro. Un inmenso revuelto de sentimientos que no podía entender. Era lluvia, sol de desierto, huracán, tormenta de nieve y todos los fenómenos meteorológicos juntos.

Porque indudablemente sentía rabia. Estaba enojada con su mamá, que tomaba decisiones que la afectaban directamente sin consultarla; con Sergio y su mudez crónica frente a los problemas; con la tía Raquel, por lo que pensaba de su mamá, aunque fuera cierto...

Y también sentía pena por todos. Especialmente por Flora. Sí, pena. Lástima por su abuela. Y, además,

muchísima rabia por sentir pena... Es que... era exactamente así: estaba todo mezclado.

Lo que Julieta necesitaba era entender mejor. Para poner cada cosa en su lugar... Pero todo había sucedido tan rápido, que no tuvo tiempo de pensar y acomodar un poco las ideas. Entonces trató de tomar distancia para componer la situación. Darle alguna forma, si era posible.

Julieta miró a Flora buscando una respuesta. Y la vio encorvada sobre la mesa, comiendo con la mirada perdida. Poniendo esa cara, cada vez que Paula le decía algo.

Volvió a mirar tratando de encontrar su lugar en el tablero. Su posición. Para saber cómo tenía que mover sus piezas.

A lo mejor, la tía Raquel tenía razón. "Entonces, la vieja se hace la estúpida porque le conviene..."; pensó. "¿Oía?... ¡Qué bien!". De pronto, el panorama comenzaba a aclararse. Parece que era rabia, nomás. Sí. Definitivamente: si lo pensaba bien, esa actitud era a propósito. Claro, una buena manera de no enterarse de nada y de que todos resolvieran las cosas por ella.

Ahhh... Entonces, Julieta se sintió mejor. Y se refugió en ese brotecito maligno que la tranquilizó. Después de todo, si tenía que tomársela con alguien, la abuela Flora se ofrecía en bandeja. Era mirarla: nada más y sentir una especie de rechazo. Julieta ya lo había

decidido: ninguna pena. Prefirió el enojo a la tristeza. Así, por lo menos, podía sacarlo para afuera. La rabia cabía mejor en las palabras. Ahora mismo se le ocurrían varias...

Miró con fastidio cómo la abuela se paraba apoyándose en la silla, en la mesa (que se tambaleó) y en su mamá, que le preguntó adónde iba.

—¿Qué, Raquel? —cacareó Flora perdida.

Julieta escuchó a su mamá preguntar una y otra vez. Y a Flora contestar preguntando: "¿Qué, Raquel?". Y pensó que su vida iba a ser un infierno, sin dudas. Y la causa era Flora.

Julieta miró ese cuerpo jurásico empantanado en el comedor. Vio cómo se trababa. Y se levantó en un solo impulso, tomó a la abuela Flora del brazo y le dijo con voz seca:

—No es Raquel. Es tu otra hija: Paula.

—Anita... —suspiró la vieja.

—No. "Anita" no, "Julieta". Yo soy Julieta.

Paula se acercó y la sostuvo por el otro brazo. Cruzaron el pasillo y llegaron al borde de la cama. A unos centímetros de la de Julieta.

Mientras se ponía el pijama, pudo ver a su mamá desvistiendo a la abuela Flora. Quitando y poniendo. Demoraron siglos con el trámite en el baño y volvieron a la cama con la dentadura, que fue a parar justo al vacío de la mesa de luz. En ese lugar donde Julieta ponía

la cajita hermosa con sus hebillas. La que ya no estaba. La que ahora dormía a un costado del cajón de su ropa interior.

Julietta masticó unas maldades tranquilizadoras y dijo algo de despertarse temprano al día siguiente para ir al colegio. Dio media vuelta en la cama y se tapó toda. Completamente, hasta la cabeza.

Se durmió enseguida. Estaba cansada. Tanta lluvia, tanto cambio inesperado. Cayó en un sueño profundo. En ese sueño, unos pájaros gigantes planeaban sobre montañas afiladas y precipicios abruptos. Ella misma era pájaro. Pero de vuelo solitario. Entonces comprendió que los otros la perseguían. La atacaban en pleno vuelo y le tiraban picotazos. Ella caía hacia el abismo. Pero en plena caída, daba vuelta, subía, y otra vez los pájaros, los picotazos y los graznidos horribles. Sintió un ruido espantoso y terrorífico que se le venía encima. Cada vez más fuerte y aterrador. Un sonido grave y estridente. Insoportable... Un bramido de ballena... ironcando a su lado!

¡Flora! Julietta se dio cuenta de que la pesadilla estaba del otro lado del sueño. Afuera. Ahí, a medio metro de ella, la abuela resoplaba como un fuelle.

Julietta, sentada en la cama, le dijo:

—¡Flora!

Nada. Los ronquidos apenas cambiaron a un tono más agudo.

—¡Flora!, ¡Flora! —repite.

Tuvo que levantarse y tocarla en el hombro para que disminuyeran. Julietta volvió a su cama, pero el baile se reinició a los pocos minutos. Al final, se levantó, fue al baño, buscó el algodón y se puso un tapón en cada oreja. Así, finalmente, pudo dormir sin escuchar a Flora. Aunque...

Tampoco escuchó el despertador. Afortunadamente, Sergio pasó a ver si se había levantado y la despertó. Julietta amaneció molesta.

Pero ahora sabía bien con quién.

Ese día, el colegio fue un buen lugar. A pesar del sueño, Julieta estuvo cómoda y se alegró de tener a Ana-lía para contarle algunas de sus penas o sus broncas.

Porque a Julieta el colegio siempre le pareció un buen lugar. Se lleva bien con sus tiempos ordenados. Es suave y prolija, que son dos buenos atributos para sobrevivir. Además, se mantiene en un anonimato prudente porque no le gustan las estridencias y, de esa manera, ninguna mirada se detiene especialmente en ella. Eso la libera de preguntas molestas. Así, espera no tener que dar ninguna información sobre su vida privada. Prefiere que la conozcan hasta ahí. Excepto Analía. A ella sí le cuenta sus cosas muy secretamente. También tiene otras amigas... Victoria y Sofía, pero con ellas se cuida. Con los varones mantiene cierta distancia contemplativa. Pertenecen a un género que no le inspira demasiada confianza.

Y está Tomás. Pero de Tomás solamente habla con Analía. Además, Tomás casi no la descubrió... Tan bien oculta está.

Durante el recreo largo, Julieta le contó a Analía que la abuela Flora se había instalado en su casa, en su habitación. Mientras contaba, descubrió que decirle "vieja" le gustaba más. Y explicar en secreto lo de los dientes postizos le puso risa a la desdicha y dio motivo para unos cuantos chistes divertidos, que intercambiaron entre guiños.

Analía quería ver a Flora. Se imaginaba que la confusión de la abuela podía ser graciosa. Julieta dijo que sería mejor esperar un tiempito hasta que todo se normalizara un poco. Y ya no decía "mi abuela", ni "abuela Flora". Entonces resultaba más fácil.

Las horas se pasaron volando aquel día. Sin darse cuenta, estaba en la puerta del colegio caminando hacia la parada del ómnibus.

—¿Y si hoy volvemos caminando? —preguntó Julieta mirando a Analía, buscando su complicidad.

Analía aceptó. Julieta sabía que iba a ser así. Que a su amiga le encantaban los cambios de planes, romper con la rutina. Especialmente la de su mamá, esa capitana celosa del rumbo impecable de su casa, guardiana del timón riguroso de su navío, Julieta siempre había pensado que parecían cambiadas.

A Analía, Paula le parecía divina y divertida. En cambio, pensaba que su mamá era una aburrída. Su casa (un sueño para Julieta) tenía esa fragancia a limpieza, muebles, cera, desinfectante, y todo parecía impecable como en una publicidad de televisión. Perfecta. Pero a Analía le gustaban las cosas locas (como a Paula!).

En cambio, a Julieta, el silencio de la casa de Analía le parecía tranquilizador. Nadie se molestaba, ni se gritaba, ni... Claro que a veces había pensado que todos parecían un poco fríos, pero después se convencía de que era corrección. Porque eran de correctos... El papá siempre estaba de traje. Impecable, bien peinado, con la espalda derecha. Ni qué decir de la madre de Analía. Ponía la mesa cuidando cada detalle. Con manteles limpios... Y sus comidas eran exquisitas. Alguna vez, Julieta quiso que su mamá comprara una de esas ensaladeras de madera con las cucharas para mezclar las verduras haciendo juego, pero Paula dijo que era gastar el dinero en pavadas y siguieron con las de plástico.

En fin... Julieta caminó unas cuantas cuadras con ganas de llegar a una casa como la de Analía.

Y después se olvidó. Se pusieron a mirar vidrieras y hablaron de Tomás, porque a las dos les encantaba hablar de Tomás... Es posible que a algunas otras chicas del curso también les gustara hablar de Tomás. El caso es que cuanto más hablaban de él y más veces repetían su nombre, más fuerte sentían ese calorcito en la panza.

Esa emoción de jugar a las escondidas. De espiarlo y cambiarse miradas cómplices. Y no les importaba en absoluto compartir ese sentimiento, porque las dos sabían que por el momento todo quedaría en eso. Y lo más interesante era que les alcanzaba. Porque, además, era un juego divertido.

Llegaron media hora más tarde que de costumbre. Julieta miró la ventana del departamento en el cuarto piso y tuvo muchísimas ganas de que no hubiera nadie. De poder llegar y escuchar silencio. Ordenar rápidamente todo (porque eso era algo que sabía hacer muy bien) y sentarse tranquila con sus cosas en un paisaje despejado. Entonces podría pensar con claridad y sentirse segura. Sí, a lo mejor, con suerte podía ser...

Pero no. Fue solo abrir la puerta y darse cuenta de que, en su vida, la tranquilidad parecía un sueño muy lejano. Estaban todos. Bueno, todos no, faltaba Sergio, pero eso era algo que no hacía diferencia.

Y había otra mujer. Su mamá le explicó (mientras se complicaba con veinte cosas sin hacer ninguna) que esa señora vendría a cuidar a Flora diariamente. Que solo por hoy había faltado al trabajo, porque podía tomarse nada más que un día para dejar todo arreglado. Que ella (Julieta) sería la responsable de explicarle a Gladis (la señora) lo que hiciera falta. Que Nicolás dejaría de ir a la guardería, porque ya que tenía que contratar a la señora, para qué pagar la cuota Y...

Julieta se metió en su cuarto para dejar la mochila, cambiarse y respirar. Su mamá no se había dado cuenta de que llegaba media hora tarde. ¡Qué esperanza! A Julieta le hubiera encantado un buen reto por la demora, porque eso hubiera significado que su mamá tenía en cuenta sus horarios. Pero no. Lo que su mamá tenía en cuenta eran otras cosas.

Pudo estar en su habitación apenas hasta la hora del almuerzo. Porque después Flora tenía que dormir la siesta. Entonces, a Julieta se le ocurrió llevar a Nicolás a la plaza. A su mamá le pareció bárbaro, por supuesto. Salieron con bastante abrigo porque hacía frío. Y pasaron por la casa de Analía para invitarla.

En la puerta, apareció la madre perfecta con cara de reproche. Dijo que no la dejaba salir, que estaba en penitencia por la demora en llegar del colegio... Y después agregó, mirándola con gesto endurecido:

—Me extraña de vos, Julieta, una chica tan responsable...

Julieta pensó que estaba un poco cansada de ser responsable, pero igual le gustó que la mamá de Analía pensara eso de ella.

Ya en la plaza, estuvieron un rato largo entre las hamacas y el tobogán. Nicolás estaba feliz. Y Julieta se sintió mejor. La tarde se desparramaba anaranjada entre los árboles despojados. Había muy poca gente.

Apénas una pareja con otro bebé. Julieta llevaba a Nicolás de la mano. El nene caminaba haciendo equilibrio sobre un muro bajo. Andaban despacio. Solamente se escuchaban los grititos de felicidad de Nicolás y el ritmo de la respiración de los dos. A lo lejos, como en un susurro mezclado, se oían el ronroneo de los autos en la avenida y el murmullo distante de la ciudad viva.

Pero la calma duró poco. Como venía ocurriendo.

De pronto, unos chicos ruidosos irrumpieron en la plaza quebrando ese equilibrio delicado de sonidos. Julieta se puso tensa mientras los veía venir.

Hablaban muy fuerte y se reían. Tenían esa actitud de "no me importa nada", y eso puso especialmente incómoda a Julieta. Apenas levantó la mirada, tratando de que no se dieran cuenta de que los miraba y, si fuera posible, de que no la vieran. Sin embargo, el que iba adelante la miró. Bien mirada, la miró. Paseó sus ojos de arriba abajo. Sobre ella y Nicolás, los dos. Julieta se sintió enormemente intimidada. Aunque todos se parecían un poco, ese llamaba especialmente la atención. Era el mayor: un chico robusto y morocho. Tenía los ojos grandes y negros.

Julieta alzó a Nicolás, que pegó un grito estirando los brazos hacia las hamacas.

—Nicolás, es tarde —dijo Julieta en voz baja—, nos tenemos que ir.

Nicolás chilló pateando de una manera que casi la tira al piso. Julieta, haciendo un gran esfuerzo, empezó a atravesar la plaza rumbo a su casa. Entonces el chico, hablando muy fuerte y con una tonada diferente, dijo:

—Dejalo nomás al changuito, que se quiere hamacar. ¡Nosotros no te vamos a morder!

El tonito irónico de la frase era suficiente para molestar, pero el coro de risotadas festejando fue demasiado y Julieta sintió que una marea caliente subía por su cuerpo en forma de odio. Auténtico y visceral odio hacia ese chico maleducado y grosero, que se creía que la plaza era suya y podía hacer y decir lo que se le antojara.

Casi corriendo, Julieta llegó a la esquina. Siguió arrastrando a su hermano y no descansó hasta llegar a la entrada de su edificio. Esquivó a la gente que esperaba el ascensor y llegó hasta la mitad de las escaleras. Entonces se derrumbó. Abrazada al bebé, lloró con otro ataque de lluvia. Con bocanadas de impotencia y tristeza. Nicolás se quedó blandido. Apoyando sus cachetes suaves y colorados sobre los de Julieta. A lo mejor, entendiendo; a lo mejor, sintiendo el desconsuelo de su hermana.

A Julieta le estaban pasando cosas enormes. Por fuera y por dentro. Y lo que sentía sobre lo que le estaba pasando también era enorme. Estaba asustada. Asustada de sentir un odio tan grande, tan profundo, así de fácil. Asustada de atreverse a decir "la vieja" para referirse a la abuela Flora. De decirlo de esa manera, arrastrando la jota muy fuerte y disfrutando de ese sonido que sabía a venganza. Que tenía gusto a desprecio. Y estaba asustada, porque además la quería. Sí. Por loco que parezca, no podía olvidarse de las palabras de su mamá sobre Flora. Y estaban tan amudadas a ella, a su nombre, que no podía despegarlas.

Se sentía como si estuviera dividida en dos todo el tiempo. Ella, que siempre había sido suave y de pensar las cosas, ahora se enfurecía en un segundo con un chico que no había visto nunca en su vida y que probablemente no volviese a ver.

Ese pensamiento la calmó. Lo del chico no tenía ninguna importancia. Lo que le pasaba, en realidad, era Flora. Y estaba decidida a dejar a un lado toda esa culpa y a sentir rabia por la vieja con toda tranquilidad. Masticó el "vieja" despacito y giró el picaporte.

Increíblemente, en el departamento todo estaba relajado. Flora miraba televisión embalsamada sobre el sillón del comedor. Paula trabajaba en la computadora y Sergio no había llegado. En ese momento, advirtió que Nicolás se había dormido mientras subían por las escaleras. Podía sentir el aliento tibio en su cuello. Hizo una seña de silencio cuando Paula la miró, y pasó derecho al cuarto para acostar a Nicolás en su cuna.

Vio que su mamá la esperaba en el pasillo y sintió cómo la envolvía con un abrazo.

—Sos una divina, hija —le dijo.

Entonces, Julieta se sintió un poco mamá de su mamá. Algunas veces también le pasaba eso.

Afuera, la noche cayó imperceptible, mientras Julieta hacía lo del colegio en su habitación. A salvo. Refugiada entre sus cosas queridas. Sacó la carpeta y escribió con su lapicera. Pulso seguro. Convirtiendo el desasosiego en letras y palabras escritas. Unas aes redondas apoyadas justo sobre el renglón. Unos números parejos y claros. Cada vez que terminaba una página, la miraba. Alejando un poco la carpeta, inclinandola y dis-

frutando de ese panorama de realidad tan encantador. Tan dócil.

La cena pasó. Flora de florero y los demás casi como siempre. Siguió el ritual del baño y el vasito de los dientes. Julieta la miró mientras se desplomaba como marmota sobre la cama. La palabra "marmota" se alargó en su cabeza y rebotó como el cuerpo en el colchón. Le dio risa acordarse de los ronquidos. Por las dudas, había dejado un pedacito de algodón en el cajón de su mesa de luz.

Pero Flora no se durmió enseguida. Pasó un rato largo con la luz apagada y Julieta escuchó:

—Anita, ¿estás ahí?...

La voz de Flora la sorprendió. Pensó rápido para contestar. Si dicen que a los locos hay que darles la razón, entonces...

—Acá estoy, Flora —dijo.

—¿Por qué me decís "Flora"? ¿Estás enojada conmigo? —preguntó.

—Nooo... Pero, ¿cómo te digo? —quiso averiguar Julieta casi divertida.

—"Flo", decime "Flo", como siempre... como siempre... ¿Cuándo van a venir? ¿Cuándo? ¿Cuándo? —la voz de Flora fue saliendo aflautada y se volvió queja.

Julieta se asustó un poco y dijo:

—Ya vienen, Flo. Ya van a venir.

—¡No! ¡No! No quiero que me lleven... ¡Por favor, Anita, que no me lleven! —la voz de Flora, ahora, se transformó en llanto y subió de volumen.

De repente, Paula entró a la habitación. Y por detrás, Sergio. Habían escuchado. Encendieron la luz. Flora hizo un gesto de dolor, contrajo todo su rostro y con los ojos apenas abiertos repitió aullando como un animal herido:

—¡Que no me lleven!

Paula volvió a apagar la luz, se le acercó y le dijo:

—Mamá, soy yo, Paula. Nadie te va a llevar a ningún lado. Vos dormí tranquila. No te preocupes...

—¡Que no me lleven, Anita! —repitió Flora mirando hacia la cama de Julieta, sin reparar siquiera en su hija—. Anita, ¿estás ahí? ¿Me van a llevar?

—No, Flo. No te preocupes. Nadie te va a llevar a ningún lado —contestó Julieta y empezó a sospechar algo. No sabía bien qué era, pero le ordenó—: Ahora dormí.

Paula se quedó parada en el umbral escuchando cómo la respiración de Flora se fue haciendo cada vez más pausada y espesa, hasta que finalmente se convirtió en un ronquido ruidoso. Vio cómo Julieta se puso los tapones en los oídos, dijo "hasta mañana", y se dio vuelta para el otro lado.

Julieta se levantó con ganas. Las cosas de alguna manera se estaban acomodando, o no eran tan terribles. O se aguanta más de lo que uno cree.

Se vistió y se metió en el baño. Estuvo mirándose al espejo durante un rato. Pensó que tenía el pelo más largo (ya casi le llegaba a la mitad de la espalda). Lo cepilló cuidadosamente. Estaba bastante conforme con su melena castaña y lacia. Se lo recogió. Se miró los ojos rasgados y negros, las pestañas pobladas y... ¡ay! también las cejas. Julieta odiaba sus cejas demasiado anchas. Alguna vez le había pedido a su mamá que las arreglara un poco con su pincita de depilar, pero Paula le había contestado que era muy chica para andar preocupándose por esas cosas. Que ya iba a tener tiempo más adelante. Toda la vida de mujer.

Todos los días Julieta se arregla con el mismo esmero. Y a veces se siente bonita. Pero nunca fantástica. Se

ve como del montón. Así. También piensa que hay otras chicas afortunadas. En su mismo curso, sin ir más lejos. Algunas que son verdaderas bellezas. Como Gisella, una rubia pecosa que camina como modelo. En realidad, Julieta está segura de que en unos años Gisella va a ser como una *Barbie* perfecta. Se imagina que esas chicas son felices. Si cree algo sobre la felicidad, es que las que saben son esas chicas.

—¡Vamos, Juli, que se hace tarde! —gritó Sergio desde la cocina—. Y todavía tenés que tomar la leche...

Julieta se dio un último vistazo y quedó conforme. Tomó el desayuno y bajó. Se sentía mejor porque había recuperado su ritmo sereno. Se sentía suave y dueña de sí otra vez. Caminó hasta el auto respirando profundamente. Soltando el aire despacio, porque le gustaba ver el humito de su aliento atravesando el frío. Era jueves, el día que Sergio las llevaba al colegio.

Dieron vuelta la esquina para buscar a Analía, que se subió enseguida en el asiento de atrás, al lado de Julieta. Saludó con una sonrisa demasiado amable, mientras hacía una seña exagerada poniendo las manos sobre la boca, como si se sacara los dientes...

—¿Cómo estás, Juli...?

Julieta soltó una carcajada que no pudo contener. Sergio apenas las miró por el espejo retrovisor.

—¡Imaginate! —siguió Analía, alentada por el silencio de Sergio—. Ayer me pasé una hora en el dentista.

Además de sufrir el torno, tuve que aguantar al doctor que es insoportable. Habla y habla. Para que te olvides del dolor, dice. Pero no. En realidad, mientras te está perforando la muela, aprovecha y te taladra el cerebro. En cambio, tu abuela, cuando necesita, deja todo en el taller, le hacen chapa y pintura y se los devuelven impacables. ¡Un lujo!

Esta vez, Sergio soltó la carcajada antes que Julieta. Sorprendido, además, de que esas palabras salieran de la boca de esa nena que estaba llevando al colegio. El clima estaba definitivamente instalado y no había nada que hacer. Una broma trajo la otra y cuando se bajaron en la puerta, Sergio las despidió diciendo:

—¡Cuidado con la dentadura, no la vayan a perder en el recreo!

Subieron hasta el aula. Julieta compuso el gesto, mientras Analía seguía haciendo morisquetas. Se sentaron (se sentaban juntas desde primer grado) y entró la profesora de Historia. Era algo que sucedía siempre de la misma manera. Si uno escuchaba desde afuera podía darse cuenta de lo que ocurría por el volumen de los murmullos. Pero esta vez el oído se habría despistado. Porque, cuando entró la de Historia, los rumores en lugar de apagarse, como ocurría habitualmente, subieron de tono de manera inesperada.

Julieta tenía la mirada baja porque estaba acomodando los útiles sobre el banco, así que cuando percibió el

—¡No! ¡No! No quiero que me lleven... ¡Por favor, Anita, que no me lleven! —la voz de Flora, ahora, se transformó en llanto y subió de volumen.

De repente, Paula entró a la habitación. Y por detrás, Sergio. Habían escuchado. Encendieron la luz. Flora hizo un gesto de dolor, contrajo todo su rostro y con los ojos apenas abiertos repitió aullando como un animal herido:

—¡Que no me lleven!

Paula volvió a apagar la luz, se le acercó y le dijo:

—Mamá, soy yo, Paula. Nadie te va a llevar a ningún lado. Vos dormí tranquila. No te preocupes...

—¡Que no me lleven, Anita! —repitió Flora mirando hacia la cama de Julieta, sin reparar siquiera en su hija.— Anita, ¿estás ahí? ¿Me van a llevar?

—No, Flo. No te preocupes. Nadie te va a llevar a ningún lado —contestó Julieta y empezó a sospechar algo. No sabía bien qué era, pero le ordenó—: Ahora dormí.

Paula se quedó parada en el umbral escuchando cómo la respiración de Flora se fue haciendo cada vez más pausada y espesa, hasta que finalmente se convirtió en un ronquido ruidoso. Vio cómo Julieta se puso los tapones en los oídos, dijo "hasta mañana", y se dio vuelta para el otro lado.

Julieta se levantó con ganas. Las cosas de alguna manera se estaban acomodando, o no eran tan terribles. O se aguanta más de lo que uno cree. Se vistió y se metió en el baño. Estuvo mirándose al espejo durante un rato. Pensó que tenía el pelo más largo (ya casi le llegaba a la mitad de la espalda). Lo cepilló cuidadosamente. Estaba bastante conforme con su melena castaña y lacia. Se lo recogió. Se miró los ojos rasgados y negros, las pestañas pobladas y... ¡ay! también las cejas. Julieta odiaba sus cejas demasiado anchas. Alguna vez le había pedido a su mamá que las arreglara un poco con su pincita de depilar, pero Paula le había contestado que era muy chica para andar preocupándose por esas cosas. Que ya iba a tener tiempo más adelante. Toda la vida de mujer.

Todos los días Julieta se arregla con el mismo esmero. Y a veces se siente bonita. Pero nunca fantástica. Se

ve como del montón. Así. También piensa que hay otras chicas afortunadas. En su mismo curso, sin ir más lejos. Algunas que son verdaderas bellezas. Como Gisella, una rubia pecosa que camina como modelo. En realidad, Julieta está segura de que en unos años Gisella va a ser como una *Barbie* perfecta. Se imagina que esas chicas son felices. Si cree algo sobre la felicidad, es que las que saben son esas chicas.

—¡Vamos, Juli, que se hace tarde! —gritó Sergio desde la cocina—. Y todavía tenés que tomar la leche...

Julieta se dio un último vistazo y quedó conforme. Tomó el desayuno y bajó. Se sentía mejor porque había recuperado su ritmo sereno. Se sentía suave y dueña de sí otra vez. Caminó hasta el auto respirando profundamente. Soltando el aire despacio, porque le gustaba ver el humito de su aliento atravesando el frío. Era jueves, el día que Sergio las llevaba al colegio.

Dieron vuelta la esquina para buscar a Analía, que se subió enseguida en el asiento de atrás, al lado de Julieta. Saludó con una sonrisa demasiado amable, mientras hacía una seña exagerada poniendo las manos sobre la boca, como si se sacara los dientes...

—¿Cómo estás, Juli...?

Julieta soltó una carcajada que no pudo contener. Sergio apenas las miró por el espejo retrovisor.

—¡Imaginate! —siguió Analía, alentada por el silencio de Sergio—. Ayer me pasé una hora en el dentista.

Además de sufrir el torno, tuve que aguantar al doctor que es insoportable. Habla y habla. Para que te olvides del dolor, dice. Pero no. En realidad, mientras te está perforando la muela, aprovecha y te taladra el cerebro. En cambio, tu abuela, cuando necesita, deja todo en el taller, le hacen chapa y pintura y se los devuelven impacables. ¡Un lujo!

Esta vez, Sergio soltó la carcajada antes que Julieta. Sorprendido, además, de que esas palabras salieran de la boca de esa nena que estaba llevando al colegio. El clima estaba definitivamente instalado y no había nada que hacer. Una broma trajo la otra y cuando se bajaron en la puerta, Sergio las despidió diciendo:

—¡Cuidado con la dentadura, no la vayan a perder en el recreo!

Subieron hasta el aula. Julieta compuso el gesto, mientras Analía seguía haciendo morisquetas. Se sentaron (se sentaban juntas desde primer grado) y entró la profesora de Historia. Era algo que sucedía siempre de la misma manera. Si uno escuchaba desde afuera podía darse cuenta de lo que ocurría por el volumen de los murmullos. Pero esta vez el oído se habría despistado. Porque, cuando entró la de Historia, los rumores en lugar de apagarse, como ocurría habitualmente, subieron de tono de manera inesperada.

Julieta tenía la mirada baja porque estaba acomodando los útiles sobre el banco, así que cuando percibió el

cambio, miró hacia adelante. Fue solo un instante. Un segundo en el que un río helado recorrió su cuerpo. Su cara se puso blanca como las hojas de su carpeta.

Justo detrás de la profesora, a solo un paso, estaba parado el chico de la plaza. El que hablaba con aquella tonada.

Julietta le clavó la mirada, protegida por el banco y los otros treinta pares de ojos que hicieron lo mismo. El chico se paró derecho, sacando pecho (a Julieta le pareció que de una manera provocativa). La profesora dijo que recibirían al nuevo compañero que venía de Cuesta Corral, un pueblo metido entre las montañas. Lejos. "Por eso tenía esa tonada rara para hablar", pensó Julieta.

La profesora continuó diciendo que se llamaba "José" y le mostró un banco vacío. Hizo un ademán rápido, que indudablemente invitaba a ocuparlo enseguida.

Ese fue todo el ritual de incorporación de José. Tan breve, que a Julieta le quedó un frío en el alma y el horrible pensamiento de que algo poderoso estaba jugando con ella. Algo que movía los hilos para hacer de su vida una verdadera desgracia. ¡Cómo era posible que ese insoportable cayera justo en su colegio! ¡En su curso! "Tanta casualidad no existe", pensó. "Ya ni siquiera se puede llamar 'mala suerte', porque el 'mala' queda chico. Es horrible, espantosa, siniestra suerte."

Julietta se quedó mirando al frente, masticando bronca, hasta que sintió que Anaía le pegaba un codazo y le decía:

—¡Qué pintal! ¿De dónde habrá salido este?

Entonces, fue que Julieta se dio cuenta. Todos los chicos, o casi todos, lo estaban mirando de una manera... poco amigable. Y, en unos segundos, comprendió que José era diferente. Que todos lo miraban como a sapo de otro pozo.

Pero eso no le dio la tranquilidad de la venganza, porque José se había sentado mirando al resto como por encima. Había puesto el cuerpo erguido como gallito de riña y pasaba esos ojos negros con mirada de "no me importa nada" por todo el salón, y cuando Julieta se dio cuenta de que justo se detenían en los suyos, era demasiado tarde para hacerse la disimulada. José hizo una seña de saludo apenas inclinando la cabeza y levantando una ceja. Julieta desprevénida contestó del mismo modo, poniendo un gesto grave que no pasó desapercibido para Anaía:

—¿Qué? ¿Lo conocés? —preguntó con suspicacia.

—Sí. Lo vi una vez, para mi desgracia —contestó Julieta.

José estuvo solo todos los recreos. En algún momento, Tomás se le acercó y le preguntó dónde vivía y por qué había llegado desde tan lejos. Julieta, que tenía bien parados los oídos, alcanzó a escuchar que había venido

a vivir a la casa de una gente de la ciudad. No dijo más y se notó que no quería seguir hablando. Parecían tan desaparejos Tomás y José juntos. El día y la noche, el agua y el aceite. Claro que para Julieta era bien fácil decidir quién era sol y agua, y quién noche y aceite. Lo pensó y dijo para sus adentros: "José, el aceitoso. ¡Ja! Suena bien, como el 'vieja' para Flora".

Durante todo el día se sintió incómoda. Pensó que el chico era como una alergia, una urticaria que tenía que ignorar. El colegio había dejado de ser un sitio tranquilo. Ahora también había que cuidarse.

Sin embargo, José no la molestó. Tampoco Julieta le dio oportunidad porque apenas lo divisaba, se alejaba procurando mantener una distancia conveniente.

Cuando salieron del colegio ya casi se habían olvidado del "nuevo", hasta que Analia lo divisó en la parada del ómnibus. Julieta se volvió a erizar, pero enseguida llegó el colectivo, y vieron cómo José pasaba para el fondo y perdía la mirada por la ventanilla.

Se bajó una parada antes. Julieta suspiró. Llegó a su casa casi sin darse cuenta. Como antes de Flora...

Tanto había pasado en el colegio que se había olvidado de la pesadilla en casa. Pero ahí estaba, esperándola. Rebalando por el pasillo casi hasta las escaleras en forma de grito. En realidad, más bien eran gemidos.

—¡Salga, porquería! No me va a llevar. No me quiere ir... ¡Porquería! ¡Mala! ¡Mala!

Julieta abrió enseguida la puerta y entró apurada. Vio a Flora tambaleándose en una silla al lado de la ventanilla. A un costado estaba Gladis con el escobillón, que, apenas vio a Julieta, empezó a explicar:

—No sé qué le pasa a la señora. Yo nada más la quise correr un poquito para barrer abajo...

Como si el escándalo de la abuela fuera poco, en ese momento se escuchó el chillido de Nicolás desde la pieza. Entonces, Gladis aprovechó y, con un "permiso, me voy a ver al bebé", salió apurada mientras Julieta quedaba frente a esa mujer sacada, que repetía que no se la lleven.

Julieta miró a Flora. Flora vio a Julieta y por un segundo se le iluminaron los ojos.

—Anita... menos mal que llegaste... ¡Me quieren llevar!

—No, Flo —dijo Julieta anudando la charla de la noche anterior a esta, y recordando que tenía un cierto poder misterioso cuando personificaba a la tal Anita—. No te preocupes que nos quedamos acá.

Y después agregó, con una sonrisa maliciosa:

—Vos seguí mirando por la ventana, de paso vigilás que nadie venga a llevarte.

Se dio cuenta de que, de todos modos, Flora ya había bajado la persiana otra vez y que cualquier respuesta hubiera sido igual. Entonces, Julieta se refugió en su cuarto. Ahora, que podía estar un rato a solas. Ahora.

que la abuela floraba entre las copas de los árboles y los vapores del olvido.

Acomodó su cama, limpió cuidadosamente los muebles y sus cosas. Mientras, se iba acordando de José. Pensó en la forma en que había aparecido: primero en la plaza, después en el colegio. Una manera dura. Se acordó de su bronca por las risas de los otros y de esa especie de lástima cuando lo vio tan solo en su banco... Otra vez sin poder ponerles un color definitivo a sus sentimientos.

Pensó que por el momento mejor dejar las cosas así. Aunque lo que la conmovía era lo mismo que le daba bronca. Esa actitud irreverente, el gesto cínico que le atravesaba el cuerpo. Una especie de brutalidad domesticada. "Hasta por ahí nomás domesticada", pensó.

Y mientras pensaba, su mano llegó al cofre de Flora. La bella caja de madera que ella misma había puesto en ese estante. La levantó con dificultad porque era pesada y le pasó la franela. Tenía unas formas talladas e incrustaciones de nácar. En el frente había una cerradura. Julieta levantó la tapa, pensando dónde estaría la llave y por qué dejarían la caja abierta pudiendo cerrarla como corresponde. Pero, claro, enseguida imaginó a Flora intentando introducir la pequeña llavecita que podía entrar en ese orificio. Esa Flora torpe y ante-diluviana intentando abrir esta cajita destinada a una dama delicada, a una mujer exquisita con fragancia a

jazmines. Sin querer, Julieta terminó de abrirla por completo. Casi sin darse cuenta de lo que estaba haciendo. Imaginando a esa muchacha ideal.

Sentada al borde de la cama y con gran suavidad, Julieta tomó algunos de aquellos pequeños tesoros. Entonces, se dio cuenta de que Flora un día había sido joven y tal vez bonita. Levantó un collar de perlas. Era lindo. Tenía un broche con muchas piedritas brillantes. Después, sacó un prendedor muy raro: tenía la forma de un sol con rayos dorados finitos y en el medio una especie de perla chata gigante.

Enseguida se detuvo en una caja: la caja dentro de la caja. "¿Qué cosa necesita tanta protección?", pensó. La exploró por fuera. Era rectangular, forrada de tela cuadrillé rosa. Estaba atravesada por una cinta angosta de raso (de adorno, porque la tapa estaba asegurada con otra cinta). Se veía tan, pero tan femenina, que Julieta no pudo evitar abrirla y encontrar justo lo que imaginaba: una pila de sobres. Cartas de amor, seguro que en esos sobres había cartas de amor... Aunque parecía poco probable que esta mujer hubiera despertado amor alguna vez. Después vio que al costado había otro sobre, pero estaba suelto y no parecía interesante.

Julieta paró. Se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Eso era una invasión, ella lo sabía bien. Ya bastante poco lugar tenía Flora en el mundo. Tal vez esas cartas eran el último pedacito de vida privada de la pobre.

Cerró la caja chica, le puso la cinta y, finalmente, también cerró la caja de madera.

Estuvo todo el día pensando en las cartas. De vez en cuando, le echaba una mirada a Flora tratando de imaginar, pero entonces más se llenaba de curiosidad. En algún momento, estuvo a punto de contarle a su mamá, pero después se arrepintió, a ver si todavía hacía lo mismo que con la bombacha. No, no sería capaz. De todas maneras, ese sería su secreto por ahora.

Antes de dormir, Flora volvió a asustarse. Julieta la tranquilizó encarnando a Anita. (¿Quién sería?, ¿habría existido en realidad?) Y terminó con un "buenas noches, Flo".

Julieta se despertó pensando que era viernes. Último día en el colegio. Víspera del primer fin de semana con Flora. Se agobió con la sola idea, pero después recordó las cartas y bueno... ahora por lo menos tenía ese costado interesante.

Se arregló como siempre. Tomó la leche a las apuradas y caminó hasta la casa de Analía. Llegaron a la parada justo para tomar el ómnibus. Analía comenzó a hablar del chico nuevo. De lo raro que era y la pin-ta que tenía. Julieta enseguida se dio cuenta de que, el día anterior, se había bajado por allí. Entonces, era probable que...

Lo vio subir. Traía todo el pelo revuelto y como era enrulado se notaba más. La camisa parecía que le quedaba chica, sobre todo cuando hinchaba así el pecho como paloma torcaza. José pasó derecho para el fondo y se quedó parado en el pasillo porque no había más

asientos. Analía lo miraba, parloteaba y se reía. Julieta se sintió incómoda y le dijo:

—¡Cortala!

—Te gusta... por eso lo defendés así —respondió Analía con tono burlón.

—Nada que ver, nena —aseguró Julieta—. Pero me parece que se te está yendo la mano.

—Bueno, es para ponerle un poco de onda a la mañana... aflojá vos también —Analía la miró un poco sorprendida por esa reacción terminante, tan rara en su amiga.

Julieta, en cambio, se acordó de las risotadas en la plaza y de su bronca. Y se preguntó por qué lo defendía de las burlas de Analía, si a él no le había importado nada dejarla como un gusano frente a los otros. Es que así se había sentido, como un bicho aplastado.

En ese momento, se dieron cuenta de que estaban llegando a la parada y empezaron a caminar hacia la puerta de atrás para bajar. El ómnibus estaba repleto y no pudieron evitar pasar junto a José, que miró a Analía con ojos de criminal (porque justo eso pensó Julieta cuando vio esos ojos que sacaban chispas) y dijo:

—¡Qué me mirás! ¿Tengo monos en la cara o qué?

Analía es una chica que no se acobarda con facilidad. Siempre reacciona enseguida y tiene las salidas más graciosas. Julieta admira eso, porque ella es de ponerse colorada y salir corriendo. Pero esta vez Analía se

quedó muda. Aunque Julieta sí se puso colorada cuando José agregó:

—Espero que no estés enojada conmigo por lo del otro día, changuita.

“¡‘Changuita’, me dijo, ‘changuita!’ ¿Pero quién se cree que es para hablarme así? Igual, para enojarse con alguien, uno debe darle alguna importancia y José es alguien sin ninguna importancia, salvo por lo desagradable que puede resultar. Simplemente eso.” Los cachetes de Julieta parecían al rojo vivo, y sacando fuerzas de algún rincón misterioso le contestó:

—No te preocupes, no sos tan importante.

Analía la miró con ojos desorbitados. No podía creer que su amiga, la tímida y dulce Julieta, hubiera reaccionado así. Apenas pudo susurrar “¡Bravo, Juli!”, mientras se bajaban del ómnibus. Atravesaron las dos cuadras que las separaban del colegio casi corriendo y perdieron de vista a José, que iba caminando muy tranquilamente.

El día transcurrió sin más sobresaltos. Las dos clausuraron el episodio y no volvieron a tocar el tema. Pero Julieta no podía evitar tener las antenas orientadas hacia ese banco y sin querer se descubriría espionando. No quería darle importancia, pero estaba llena de intriga. La misma confusión que la abrumaba últimamente con sus sentimientos. Porque sería más fácil odiar a José. Parecía

un personaje de película: "el malo". No importaba demasiado qué clase de malo. Encajaba bien como delincuente, asesino o cualquier tipo de malhechor. Pero también le despertaba una especie de admiración esa forma de estar en el mundo. De mostrarse tan diferente. Especialmente, porque ella trabajaba tanto para parecer *igual*.

De vez en cuando observaba a Tomás para acordarse bien de cómo era y por qué le gustaba. Le miraba los mechones rubios sobre la piel dorada de deportista y la camisa impecable que aparecía debajo del pulóver. Entonces desviaba la mirada hacia el grandote y despedido. A simple vista no resistía el menor examen.

Sin embargo, había algo en ese chico moreno. Algo que salía sobre todo de esos ojos de fuego. Negros como la noche. Algo que ella conocía, pero tenía bien guardado. Oculto en su interior más profundo. Era eso que salía apenas, como la jota arrastrada de "vieja" o la cesibillante de "aceitoso", porque solo por ahí se animaba a dar rienda suelta a tanta bronca guardada. Era esa justamente la razón del magnetismo. La sospecha, muy en el fondo, de que José le sacaba su lado oscuro a la luz y andaba mostrándolo a todo el mundo.

Pero Julieta se iba enterando de esto sin enterarse, mientras miraba de lejos a José, que terminó su segundo día de colegio agarrándose a las piñas con unos chicos a la salida. Analía tomó fuerte del brazo a Julieta.

mientras se cruzaban de vereda para esquivar la pelea, y le dijo:

—Ni se te ocurra contarle esto a mi mamá. Porque si se entera, viene y arma un escándalo terrible.

Pero a Julieta no se le ocurría contarle nada a nadie. Viajó muda hasta que se despidió de Analía.

Apenas entró a su casa, vio a Flora deshojándose frente a la ventana. Haciendo un ruido ronco con la respiración, casi el mismo que hacían las palomas del otro lado del vidrio. Y vio a Gladis trajinando en la cocina, mientras hablaba y jugaba con Nicolás. Nicolás tiraba los juguetes y Gladis se los alcanzaba. Entonces, pelaba dos papas, mientras Nicolás volvía a tirar todos los juguetes y, otra vez, Gladis a alcanzarlos. Una paciencia le tenía...

Y Julieta se preguntó por qué sería tan fácil tenerle paciencia a Nicolás y tan difícil aguantar a Flora: ¿por el tamaño? Y pensó que, en realidad, Nicolás estaba buscando con quién jugar todo el tiempo. Sus ojitos recorrían el mundo para encontrarse con otros, mientras que Flora estaba toda metida para adentro porque no quería encontrarse con nadie.

Por ahí andaba su cabeza, cuando se volvió a tropezar con José. Y se le vino encima la idea de que a lo mejor José andaba así, provocando, para encontrarse (como Nicolás) y ella estaba escondida, para perderse (como Flora).

Sacudió la cabeza como quitándose esos pensamientos con los que no sabía qué hacer y se fue a su pieza. Miró la caja de Flora y se propuso abrirla durante la siesta mientras la abuela miraba la tele.

Desde que estaba Gladis, algunas cosas habían mejorado bastante. Porque ella sí era una persona organizada. O mejor dicho, podía hacer varias cosas al mismo tiempo sin marearse. Se ocupaba de la comida y era fantástica. Afortunadamente, sabía hacer muchas cosas ricas además de bife con ensalada. Los almuerzos eran mejores en compañía (antes Julieta comía sola, porque Paula y Sergio trabajaban y Nicolás estaba en la guardería).

Sí, la verdad, algunas cosas marchaban mejor desde la llegada de Flora.

Después de comer, Julieta ayudó a Gladis con los platos. Antes, había acomodado a Flora en su sillón frente al televisor. Entonces, dijo que se iba a estudiar y se encerró en su pieza. Tenía como una hora antes de que llegara Flora a dormir la siesta.

Abrió la caja. Quitó la cinta y sacó el primer sobre. Apenas leyó el nombre escrito en el frente, comprendió que no se trataba de una carta de amor. Estaba dirigida a una mujer: "Ángela Mayo". Y vio el nombre de Flora en el remitente: jera una carta que había escrito ella misma! La abrió con cuidado mientras el corazón

le latía muy fuerte. Desplegó el papel delicadamente y miró la fecha: "4 de diciembre de 1938". Hizo unas cuentas rápidas y dedujo que su abuela por esa época tendría unos 15 años.

Después leyó:

4 de diciembre de 1938

Querida abuela:

¿Cómo está usted? Y el abuelito? Espero que puedan venir a pasar las fiestas con nosotros, como me dijo en su última carta. Estoy deseando que lleguen esas fechas para verlos.

Aquí las cosas están como siempre. Mamá sigue ocupada con sus "asuntos". Ahora está feliz porque la han aceptado en un círculo muy exclusivo de señoras que organizan algo así como un té de beneficencia. Usted sabe cómo le gustan esas cosas. La semana pasada trajo un catálogo de Harrod's para elegir ropa apropiada. Ella dice que a esos lugares no puede ir vestida de cualquier manera, como a la casa de los Anchoarena, por ejemplo (yo no sé quiénes son, pero estoy segura de que se trata de gente importante). Mamá dice que es un sacrificio que hace por nosotras y que tendríamos que agradecerle por permitirnos relacionarnos en un ambiente conveniente. Insiste en que ya somos señoras y sería recomendable pensar en nuestro futuro.

La verdad, abuelita, es que me espanta la idea de tener un "futuro" parecido al de ella. ¿Por qué siempre

está tan ocupada con las apariencias? ¿Se acuerda de que el año pasado había comenzado a estudiar francés? Bueno, parece que la gente fina ahora estudia inglés, porque se cambió de idioma. Vá, viene y habla todo el tiempo, pero a veces siento que no dice nada.

No me haga caso, hoy estoy un poco triste y me siento sola. La casa parece muy grande cuando está vacía. Mamá y Anita se han ido de compras y papá trabaja en el negocio hasta la noche. Todos los días llega muy tarde, porque hay que ganar dinero para pagar los caprichos de alcurnia de ya sabe quién. Sé que está mal que diga todo esto, pero a veces me parece que ella tampoco está contenta conmigo.

Con Anita es diferente porque es hermosa. Us-
ted viera lo linda que se ha puesto con esos bucles que le lle-
gan a los hombros, y cuando camina parece una reina, de lo
elegante. En cambio, según mamá, yo ando como pisando
huevos. Ella dice que imite a mi hermana y yo trato, pero le
juro que no me doy cuenta de cómo hacer.

El otro día hizo que me sentara y después apa-
reció con un espejo y una pincita. Yo no sabía qué iba a hacer,
entonces me explicó que mis cejas son muy anchas y empezó
a sacarme los pelitos a tirones hasta arrancarme lágrimas.
A mí mis cejas no me molestaban, pero ella dijo que en una
señorita deben parecer "dos arcos perfectos y finos".

En fin, yo no encajo en su mundo y ella no en-
tiende el mío. Me doy cuenta de que cada vez que sale con

Anita se siente orgullosa. En cambio, conmigo se pone de
mal humor.

Abuela, no quiero preocuparla. No es que las
cosas vayan mal en casa. Soy yo. Por eso quiero pedirle un
gran favor: ¿podría invitarme a pasar los meses de vacacio-
nes? Si usted se lo pide no va a poder negarse, pero jamás
aceptaría la idea viniendo de mí. Ella ya ha programado
pasar la temporada en Punta Caracoles. Dice que es muy
importante pasear por el balneario de moda y a la tarde fre-
cuentar salones elegantes. De solo imaginar los "paseos de
señoritas", me siento como una viciada en exposición.

Nada me gustaría más que pasar estos meses
de verano en el pueblo. Hace muchísimo tiempo que no voy,
pero tengo de él los mejores recuerdos.

Bueno, abuelita, le envió mis más sinceros ca-
rños y al abuelo también. Los espero ansiosamente.

Con amor, de su nieta,
Flora

Julieta leyó una y otra vez. Sorprendida de enterar-
se de tantas cosas. Ahora sabía bien quién era Anita...
Entonces, Flora la confundía todo el tiempo con su
mismísima hermana. Además, no solamente había si-
do joven, sino que había tenido una vida propia y no
demasiado fácil, a juzgar por lo que decía la carta.

Su mamá nunca le había hablado de esas abuelas (de
la madre de Flora, por ejemplo). Jamás había escuchado

que la familia tuviera un buen pasar y mucho menos pretensiones de abolengo. La casa donde vivía con Raquel, sin ir más lejos, era una vivienda sencilla en un barrio como cualquiera. ¿Qué habría pasado con la mamá de Flora? ¿Por qué su propia mamá nunca le había dicho nada? Volvió a levantar el papel y releyó el párrafo de la depilación. Sintió un escalofrío al pensar que eran parecidas. Sí, concluyó enseguida, de ahí venían sus desgraciadas y peludas cejas.

Estaba tan concentrada en sus pensamientos que no reparó en que la puerta se abría. Solo cuando escuchó el ruido, levantó la vista y vio a la abuela Flora avanzar hasta su cama. Era tarde-para aplicar cualquier estrategia de ocultamiento. La mirada de Flora, con su nebulosa habitual, estaba detenida sobre la carta. Julieta, quieta como una estatua, esperaba que mostrara algún signo, tal vez de enojo o inquietud. Pero Flora se sentó pesadamente sobre su cama mirando para otro lado, acomodó las sábanas, la almohada y, finalmente, se acostó mirando el techo.

Julieta suspiró aliviada y se disponía a guardar todo en su lugar cuando escuchó a Flora decir:

—¿Y, Anita? ¿Me vas a leer o no?

Julieta se estremeció. ¿Y ahora qué hacía? ¿Flora sabía lo que tenía entre sus manos? La miró fijamente, pero la vio tranquila. Notó que respiraba pausadamente y se dejó llevar por las ganas de saber más. De unir a

esta Flora maltrécha por el tiempo, con aquella otra que despertaba en la carta. Y comenzó a leer. Despacio. Disfrutando. A los pocos instantes olvidó a Flora y siguió tratando de desentrañar la historia urdida con aquellos trazos. Que era también suya. Sintió a su propia voz pronunciar las palabras de su abuela, dadas vueltas. Y solo volvió a mirarla cuando al final leyó "Flora".

Entonces, al levantar los ojos, vio dos gruesas lágrimas resbalar entre las arrugas profundas. Todavía tenía la mirada perdida en el techo, pero su boca había dibujado la leve forma de una sonrisa. Julieta acomodó suavemente las cartas en la primera caja, que luego puso en la segunda. Después, se acercó despacito hasta la cama de Flora y la miró. Ya casi no tenía pelos en las cejas y los ojos parecían chiquitos de tantos pliegues. Pero ese gesto en los labios la conmovió. Rozó apenas la mano huesuda con una caricia y salió.

Al día siguiente, Paula anunció que irían a almorzar a la casa de los padres de Sergio. Era algo que hacían todos los domingos y a veces los sábados. Esos días, Julieta se moría de aburrimiento. Contemplaba a distancia todo el *show* desplegado alrededor de Nicolás, veía un poco de tele o simplemente dejaba transcurrir el tiempo. No es que no quisiera a los abuelos Elena y Juan. No. Era que se sentía al margen. Mirando desde afuera todo el tiempo. “Casi como Flora”, pensó.

Prepararon las cosas y se disponían a salir cuando Julieta escuchó que Flora gemía con esa voz chillona:

—¿Por qué me quieren llevar?

Paula intentó explicarle con amabilidad, pero Flora patinó sobre la pregunta una y otra vez, escurriéndose entre las palabras. Julieta vio el envión de su mamá que arrasaba con la abuela, el lamento y la propia paciencia. Entonces, la detuvo en seco:

—Yo me quedo con ella y la cuido.

Paula la miró, después a Flora. Y dijo que eso no era posible, que de ninguna manera podía permitirlo, que era una locura, que esto y que aquello... Pero mientras iba diciendo, su voz iba perdiendo determinación hasta convertirse en una pregunta:

—¿Y qué vas a hacer si pasa algo?

—¿Qué puede pasar? —contestó Julieta.

—No sé, que se ponga mal...

—En esos casos, por ahora me las voy arreglando, ¿no? Además, siempre puedo hablarles por teléfono.

Paula cruzó una mirada con Sergio y preguntó:

—¿Vos estás segura?

Julieta contestó que sí por contestar: la decisión estaba tomada.

Flora quedó apoltronada en el sillón con la cabeza torcida hacia las cortinas. Julieta esperó lo suficiente para asegurar la partida. Intentó imaginar cada secuencia en tiempo real. Los vio llegar a la cochera, subir al auto, atravesar las avenidas, detenerse frente a un semáforo y, finalmente, cruzar el puente que los arrojaba del otro lado de la ciudad.

Entonces, se arrodilló frente a Flora y, mirándola con un gesto de complicidad, le dijo:

—¿Te gustaría escuchar una carta, Flo?

Flora dio vuelta la cabeza hacia Julieta y apenas movió los dedos sobre el apoyabrazos. Seguramente,

era un gesto afirmativo. Entonces, Julieta puso unos almohadones en el piso, encendió la lámpara de pie y bajó la caja de su pieza. Sentada muy cerca de las rodillas de Flora, comenzó a moverse lentamente. Como si estuviera entre sus manos objetos muy frágiles. Levantó la tapa acariciando esos relieves curvos. Repasó con la yema de los dedos las alhajas frías y levantó la vista. Flora había apoyado la cabeza sobre el borde del respaldo y tenía los ojos perdidos en el infinito. Julieta sacó de la caja rectangular la pila de cartas. Tomó la de arriba, que ya había leído, y la colocó debajo. Entonces, tomó el sobre siguiente. Estaba dirigido a la señorita Ana Martínez. Julieta desplegó la carta con emoción sintiendo que de alguna manera también estaba destinada a ella. Y comenzó a leer con la voz muy suave:

3 de enero de 1939

Querida Anita:

¿Cómo está todo por allá? ¿Es bonito el hotel? ¿Cómo se ve el mar? ¿Hay orquesta por las noches? Debe de ser emocionante cenar en esos salones elegantes viendo tocar a los músicos apenas ahí.

Antes de continuar quiero recordarte, querida hermana, nuestro pacto secreto. Solo así me sentiré libre para contarte los detalles de esta experiencia. Te pido que tengas la precaución, cada vez que llegue una carta, de guardarla en el sitio acordado y leerla con la más estricta reserva.

Imagino que te pareció extraño que decidiera venir hasta el corazón de esta provincia salvaje. Pero ya sabes cómo soy, prefiero las aventuras. Tal vez mamá está en lo cierto y yo debí haber nacido varón.

Ahora, pasaré a contarte. No te imaginas lo fascinante que fue el viaje en tren. Almorzamos en el coche comedor. Me pareció muy divertido comer sintiendo que el suelo corría apenas a centímetros bajo mis pies. A pesar de los ventiladores, hacía un calor mortal. Todas las mujeres agitábamos abanicos y algunos hombres comenzaron a desprenderse los primeros botones de las camisas (¡imagínate la cara de mamá ante semejante impropiedad!). El abuelo también lo hizo, aunque tenía puesta una de esas prendas de hilo tan frescas que gusta usar.

Me pareció muy bello el tren, con sus vagones de madera y bronce; y ese rumor lejano que corre. Es muy diferente de los tranvías enloquecidos que atraviesan la ciudad. Los trenes son como barcos sobre rieles que avanzan hacia lo inmenso. Apenas mirando por la ventanilla uno siente que la eternidad está cerca. Las estaciones, en cambio, son la pausa. Por unos minutos, se entra en la vida de cada pueblo. Pude ver una feria acostada a lo largo del tren, del otro lado de la vía. Cantidad de gente subió y bajó en ese lugar, algunos con gallinas, paquetes con huevos, sandías descomunales. Unos subieron a los vagones de segunda clase, otros saltaron al furgón de carga, y una señora entró a nuestro compartimiento con una jaula llena de pájaros de

todos colores. Con el abuelo estuvimos un rato largo arrodillados en el piso, mirando los más hermosos cardenales, reinas moras, sietecolores, loros, tordos y pechitos colorados (habrás notado cómo, apenas comenzado, el viaje ha contribuido a mi ilustración sobre ornitología).

Finalmente, casi con el crepúsculo llegamos a Ciénaga del Quebrachal. Mientras el abuelito buscaba las valijas, la abuela me llevó a conocer el centro de la vida social del pueblo: el Hotel frente a la estación. Me comentó que allí se reúnen todos cuando calma un poco el calor. Ya se habían juntado unos cuantos que nos saludaron muy atentamente. Sentí que me miraban con simpatía cada vez que la abuela me presentaba: "esta es mi nieta, Flo".

Estábamos bastante cansados por el viaje, así que nos alegramos cuando apareció un señor en un coche a buscarnos. El hombre bajó, me dio la mano y también dijo: "Así que usted es la señorita Flo, todos la estábamos esperando". Luego, otra gente sentada frente a sus casas también nos saludó. Y todos decían "señorita Flo" de una manera que me hizo sentir especial.

Hasta ahora los únicos en llamarme así han sido los abuelos, ¡pero he decidido que me encanta! Desde este momento, para el mundo seré "Flo" (¿se escandalizará demasiado ya sabes quién?). En fin, ahora no me importa. Bueno, hermanita, espero tus novedades.

Tuya, con afecto,

Flo

Julietta salió de la lectura con mucho cuidado y no quiso mirar a Flora inmediatamente. Se quedó un momento contemplando el papel de la carta, finito y pálido, casi transparente.

Entonces, escuchó la voz que con inesperada claridad decía:

—Me gusta tanto "señorita Flo".

Y Julieta levantó la vista para descubrir el rostro resplandeciente de la vieja. Todavía mirando hacia arriba, pero como bañado de luz. Como si ese techo, de golpe, se hubiera vuelto cielo.

—¿Querés ponerte linda, señorita Flo? —preguntó pescando al vuelo una idea.

—Me encanta "señorita Flo" —respondió Flora bajando los ojos hasta que se encontraron con los de Julieta, que entonces pudo ver la mirada de su abuela.

Con el mismo ritmo cuidadoso, Julieta puso cada cosa en su sitio. Después preparó un fuentón con agua tibia que apoyó sobre la mesa del lavadero. Acomodó a Flora en una silla, y con muchísima suavidad llevó su cabeza hacia atrás. Metió sus dedos entre los cabellos grises y comenzó a derramar el agua con una jarra. Esparciendo el *shampoo* con masajes suaves, jugando con la espuma hasta verla caer sobre la superficie del recipiente. Flora mostraba un gesto complaciente y su cuerpo parecía disfrutar cada vez que una lengua de agua tibia caía sobre su frente.

Las caricias siguieron con la crema enjuague y el abrazo de la toalla. Las fragancias se multiplicaron con gotitas de perfume detrás de las orejas. Después, Julieta le cepilló los cabellos y le trajo un espejo.

Entonces, Flora murmuró palabras entre las que repetía "ay, Anita, mirá que sos". Y apenas asomada, sin atreverse a salir del todo, se rió como una nena traviesa.

Más tarde, se fueron juntas a almorzar. Pero Julieta se quedó pensando. Leyendo una y otra vez aquella carta en su memoria. También estaba encantada con la señorita Flo. Sentía una gran simpatía por esa chica de hace tantos años, enojada con su mamá y con ganas de escaparse. Quería saber más. Sin embargo, era una persona prudente y sabía que este extraño viaje emprendido con las cartas tenía que ser junto a Flora. Por eso, no era bueno apurar el paso.

Esa noche, cuando Paula abrió la puerta algo estaba diferente, quizá le costaba entender qué había pasado. Hizo una mueca de interrogación mirando a Julieta, que se encogió de hombros.

El fin de semana se deslizó apacible. En algún momento, Julieta le preguntó a su mamá sobre los padres de Flora y así se enteró de algunas cosas. Que Paula nunca llegó a conocerlos porque cuando nació ya no estaban. Que Flora quedó embarazada de ella siendo

una mujer grande. Definitivamente confirmado que no se llevaba bien con su madre. Apenas tenía unas pocas fotos porque todas esas cosas estaban en la casa de Raquel. También supo que su abuelo, el marido de Flora, había muerto unos años antes de que ella naciera. Y que fue por aquel tiempo que la memoria de la abuela comenzó a evaporarse.

Su mamá parecía no sospechar el verdadero motivo del inesperado cambio en la relación con Flora. El renovado interés de Julieta sobre la historia familiar quedaba justificado por la simple presencia de su abuela. Apenas podía recordar haber escuchado relatos sobre su familia en ocasiones anteriores. Hasta ese momento, Paula había esquivado cualquier evocación del pasado. Y, de todos modos, ella no había insistido.

La noche del domingo anticipaba la tarde del lunes. Julieta acostada miró la sombra del cuerpo de Flora dibujada sobre la pared. Y sintió muchísima curiosidad. Ansiaba conocer a esa chica un poco mayor que ella que salía de las cartas. Miró las formas ancianas y quiso imaginarlas jóvenes. Entonces, se prometió instalar ese tiempo especial entre ella, Flora y la señorita Flo.

Despertó y echó un vistazo a la caja de madera, que seguía allí. Para el resto del mundo, solo un objeto más en su habitación; para ella, un tesoro escondido. Se vistió en silencio para no despertar a Flora, prometiendo en secreto una cita a la hora de la siesta, y salió para el colegio.

Durante el viaje, apenas habló con Analía. No tenía ganas de contarle. Le parecía que el descubrimiento de la señorita Flo guardaba una fascinación que no sería comprensible para otra persona.

Pero de Flora saltó a José, apenas entró al aula y vio el asiento vacío. Se acordó de repente. Comprendió que su ausencia tenía que ver con la pelea del viernes. Algo parecido a una sombra de tristeza sobrevoló sus pensamientos. Estaba enojada con él, pero no era para tanto. Después de todo, salvo el episodio de la plaza, José había sido bastante amable con ella... dentro de

lo esperable para su naturaleza. Además no podía negar que le causaba intriga.

Ya se había acostumbrado a la idea de no buscarlo, cuando lo vio entrar. La preceptora salió a recibirlo. Traía la mirada encendida. La misma postura desafiante, el mismo aire exaltado. Caminó hasta su lugar y se sentó mudo. Nadie preguntó nada.

Julietta pensó que seguramente había tenido una charla en la dirección antes de pasar al salón. Trató de imaginárselo recibiendo un reto, pero no pudo. Enseguida desvió la mirada proponiéndose olvidarlo. O, por lo menos, vencer esa extraña fuerza que la mantenía pendiente de él.

Un rato después, la profesora les indicó formar grupos para completar una guía sobre los ecosistemas. Julietta no se movió del lugar porque solía trabajar con Analía, que estaba a su lado, y con Victoria y Sofía, que se sentaban detrás. Estaba comenzando a girar su banco, cuando percibió que alguien se instalaba como una ráfaga por un costado. José había movido su silla hasta allí. No tenía salida. Miró con espanto cómo Victoria y Sofía se unían a otras compañeras. Agarró del brazo a Analía para que no se escapara. Pero su amiga no pensaba hacerlo, podía verse a las claras que la situación la divertía. Tanto que, con una sonrisa irónica, dijo:

—Mmm, parece que vamos a trabajar con el chico simpático.

—Ustedes también me caen bien —contestó José devolviendo el sarcasmo—, aunque a lo mejor no quieren o me tengan miedo...

—¿Miedo? —exclamó Julietta volviendo a sentir que se crispaba frente al tonito desafiante—. ¿Qué te creés?

—Tranquila, changuita, vos parecés muy suavecita, pero tenés menos pulgas que un perro pelado.

Analía soltó una carcajada y Julietta sintió que todas las miradas se le venían encima, por eso dijo:

—Está bien, quedate si querés, pero vamos a trabajar. José la miró, hizo un mohín desprecupado y le contestó:

—Bueno, qué bien, porque a eso vine.

Al principio, los tres se midieron con miradas curiosas y desconfiadas. Se escondieron un rato largo detrás de la información precisa y la postura responsable. Pero fue solamente un rato. Enseguida, se les escaparon algunos comentarios vagabundos que insistían en traerlos un poco más cerca. José hablaba de esa manera tan divertida. Decía con ese ritmo cadencioso, que se le trasladaba al cuerpo. Decía con esa mirada enorme, además.

Julietta sintió que sus ojos negrísimo atravesaban el alma. Como si lo mostraran en carne viva. Le pareció que ahora transmitían alegría, de la misma forma desnuda en que antes habían reflejado esa profunda rabia.

Y, en algún momento, también tristeza. Sin saber por qué, se sintió feliz. Miró a Analía, que también parecía encantada con José. Los rulos desordenados flotaban simpáticos cada vez que se reía y la camisa demasiado chica ya no importó. Era un chico bien diferente. Entonces, cada palabra suya era una sorpresa. Se mostraba a sí mismo como un misterio interesante.

Mientras respondían el cuestionario, saltaban entre las preguntas y las respuestas abriendo caminos clausurados. José iba a la cabeza conduciendo el juego, deslizando comentarios, insinuaciones y gestos arriesgados. Analía, a corta distancia, ayudaba a mantener la tensión justa. Y Julieta se asomaba detrás de una sonrisa delicosa, dejando a un lado el miedo. Porque, sin percibir el momento en que sucedió, olvidó cuidarse y abandonó los recelos.

Cuando tocó el timbre y José devolvió el banco a su lugar, las dos se dieron cuenta. Y quedaron con ganas de seguir el juego. Analía, mirando a Julieta, dijo:

—Después de todo, José es bastante copado. Un poco bestia, eso sí. Pero no podemos negar que es muy divertido.

Julieta respondió con un gesto de asentimiento, no quiso decir nada más.

A la salida del colegio, esperar a José pareció la cosa más natural del mundo. Caminaron hasta la parada, una de ellas riendo y festejando a ese chico que despla-

gaba sus maravillas como una cola de pavo real; la otra, escuchando.

Pero, cuando subieron al ómnibus, Julieta pensó en Flora y recordó que quería llegar a su casa para encontrarse con la caja de las cartas. Vio bajar a José y lo despidió con calma, sintiéndose un poco incómoda con la euforia de Analía.

Abrió la puerta del departamento segura de encontrarse con la vieja-potus vegetando sobre el sillón. Y así fue. Lo que no imaginó fueron las palabras de Flora cuando la vio.

—¡Anita, viniste! ¡Menos mal! —los ojos de su abuela parecían reconocerla. Clavados contra la puerta como si la hubieran estado esperando.

No, Julieta pensó que eso no podía ser, porque seguramente Flora no tenía la menor idea del día en que estaba, ni del momento en que ella tenía que llegar. De todas maneras, pasó a su lado y rozando su brazo la saludó:

—¿Cómo estás, señorita Flo? —las palabras quedaron flotando en el ambiente como una promesa en suspenso.

Mientras comían, Julieta miró a Flora. Parecía tan torpe, metida en ese cuerpo que aparentaba quedarle demasiado grande. La vio contra los azulejos de la cocina. Y sospechó que aquel mundo le estaba quedando chico.

Terminaron el almuerzo. Todavía había que esperar, pero la paciencia era una de las más claras virtudes de Julieta. Gladis se llevó a Nicolás a la pieza para hacerlo dormir. Era probable que también ella aprovechara para prodigarse una buena siesta. Eso resultaba muy conveniente.

Finalmente, allí estuvieron Flora, Julieta y, en virtud de las cartas, la señorita Flo. Era el tercero de unos... once sobres, contó Julieta. Otra vez estaba dirigido a su hermana. Lo abrió sin tanto ceremonial y leyó en voz alta:

6 de enero de 1939

Querida hermana:

¡Feliz día de reyes! y ¡feliz cumpleaños! ¿Cómo la estás pasando? Supongo que los festejos serán dignos de una reina. Me gustaría tanto que me contaras de ellos.

Tengo que decirte, hermanita, que me alegro muchísimo de haber venido. Sé que parecerá increíble, pero este es el mejor lugar del mundo. No entiendo por qué papá quiso irse de aquí... Bueno, entiendo el "motivo"...

No sé si recuerdas la casona de los abuelos; por las dudas, te la describo. Es grande, cuadrada, rodeada de una galería sostenida por columnas de hierro. Llena de plantas que la abuela cuida primorosamente, porque por aquí el agua es un bien escaso y preciado. Todos los días hace el recorrido con una regadera. Me doy cuenta de cómo disfruta

ocuparse ella misma, porque no deja que nadie más lo haga. A la tarde, cuando el vapor exprimió todos los olores, hay que sentarse con un buen libro y dejar que el jazmín de Murcia se mezcle con los rosales. A esa hora también se abren las damas de noche que trepan salvajes por el alambrado del perimetro; y del centro mismo del patio empieza a salir el olor áspero de la higuera. Ese también es un buen lugar para sentarse a leer (ya sé, ya sé, no es de señoritas andar trepándose; no te preocupes, no lo he vuelto a hacer, porque de las hojas rotas sale un líquido blanco como leche, que produce una comezón desesperante).

Por la mañana, todos desayunamos en el comedor. Los abuelos, yo y... ¡la familia Lunar! ¿te imaginas? Supongo que los abuelos jamás nos contaron de ellos para que "nadie" opinara al respecto. Los Luna viven en el ala trasera de la casa que es como otra vivienda. Son seis. Doña Juana, señora guapísima pero de pocas palabras, madre de tres varones y una niñita. Ella ayuda a la abuela en la casa. Don Benigno, su esposo, es también el chofer baqueano, que lleva al abuelo al monte cada vez que algún enfermo no puede llegar al pueblo. Luego están los hijos. El muchacho mayor, que se ocupa de quehaceres como bombear agua del pozo, barrer el patio, hacer algunas compras. Tiene 14 años y se llama Simón, pero le dicen "Shimu". El que sigue es Ceferino o "Shefe"; tiene 11 y ayuda a cuidar los animales. A la niña de 9 le dicen "Antula"; y el más pequeño, de apenas 3 años, es "Shuscu", o sea, Benjamín. Te

preguntarás el motivo de tan extraños sobrenombres. Te diré: a veces hablan en quechua. El abuelo lo entiende a la perfección, porque en el monte toda la gente se comunica así. Pero ni la abuela ni yo, por supuesto. Los Luna son muy respetuosos y cuando estamos presentes hablan para que nosotros podamos comprender. Apenas los conozco, sin embargo, puedo decirte que me caen muy bien. Son gente sencilla y muy trabajadora. Para ellos, como para todos aquí, soy la "señorita Flo". ¡Bien por eso!

En este lugar, a la hora de la siesta, nadie sale a la calle. Con la abuela nos quedamos dentro de la sala de techos altos y ventanas cerradas, para que la oscuridad no deje entrar el calor. Afuera el sol incendia la tierra abriendo cicatrices sobre toda su superficie. Recién después de las seis de la tarde se abren las puertas otra vez, se tiran baldazos de agua sobre los ladrillos de la galería para refrescar y el trajín devuelve la vida hacia el exterior. Luego, llega el abuelo; cada uno toma un baño y nos vamos sentando al fresco para enterarnos del día de los demás.

Cuando comienza a anochecer sucede algo extremadamente curioso. Verás, la gente va asomando a las calles para tomar el rumbo del Hotel. Es la hora del "aperitivo": Todos salen y caminan tranquilamente como si fueran parte de una procesión, como si llevaran el mismo ritmo por dentro. Los vecinos se saludan desde lejos, pero no intentan alcanzarse. "Para qué, si enseguida nos encontramos allá", dice el abuelo. Uno puede ver que también los bichos salen

acompañados a esa hora y el aire se llena de luciérnagas, suenan cigarras y grillos por todas partes, y vaya a saber qué más.

En el Hotel, las mesas se van ocupando con los mismos de siempre porque todos parecen tener sus propios lugares. Los hombres para un lado y las mujeres para el otro. El primer día me senté con la abuela, pero enseguida me dijo: "Vaya para afuera con los jóvenes, m'hijita, que aquí se va a aburrir". ¿Te das cuenta? Por eso adoro a la abuela. Así que me fui y conocí a Adela y a Juan Carlos. Pero de ellos te cuento en la próxima carta, porque ya estamos saliendo del letargo de la siesta y Shimu me espera para baldear la galería.

Tu entusiasmada hermana,

Flo

Julieta, sentada sobre su cama, creyó ver a la señorita Flo aspirando los aromas de la tarde en Ciénaga del Quebrachal. Disfrutando con el rostro en éxtasis de aquellas huellas detenidas en la carta. Arrojadadas al aire como trozos de memoria. Impregnadas de fragancias vivas. Y pensó que esas paredes apretadas, tal vez, marchitaban aquel espíritu libre. Y la vio moverse lejanamente dentro de la prisión de piel, asomando por un par de pupilas brillantes.

Flora solamente dijo:

— Ahhh, el bueno de Shimu...

Julietta miró por la ventana. La habitación estaba en penumbras porque el sol apenas tibio quedaba atrapado entre los edificios circundantes. El cielo aparecía en un cuadradito contenido, como Flora dentro de su cuerpo. Buscó un par de abrigos y salió llevando a la vieja a través del pasillo hasta la puerta de entrada. Afortunadamente, el sueño de Gladis la protegía de tener que dar explicaciones inoportunas. Tomadas del brazo, como un ratón y un elefante, atravesaron el pasillo, montaron en el ascensor y llegaron al palier. Bajaron los pocos escalones que había hasta la vereda y caminaron rumbo a la plaza.

Julietta notó que Flora no había opuesto resistencia para salir con ella. En ningún momento cayó en esos lamentos pegajosos que la dejaban empanzanada en un charco de miedo. Más bien parecía dispuesta y podría decirse que colaboró con la caminata. Hubiera sido imposible que la presencia endeble de Julieta sostuviera a la mujer contra su voluntad.

El andar era pausado, pero lograron llegar y sentarse en un banco. Todavía prendidas del brazo, perdieron la mirada entre las copas de los árboles enroscados de enredaderas y cargados de pájaros. Eran palomas: poco gráciles en los aleteos quietos, pero bellísimas una vez que soltaban a volar.

Julietta estaba absorta, con la mirada atrapada entre las aves. Por eso, nuevamente, no pudo advertir la pre-

sencia silenciosa, hasta que sintió una mano sobre su rodilla. Miró sobresaltada a José que se había sentado a su lado y preguntaba en voz baja:

—¿Es tu abuela?

Otra vez, Julieta experimentó la horrible vergüenza de haber sido descubierta por ese chico. Pescada en un acto íntimo y solitario. Fue como si la hubiera espionado por la cerradura del baño. Y sintió cómo la rabia le rebalsaba por los ojos, que se encontraron con los de José en el exacto momento en que le respondía:

—¿Y a vos qué te importa?!

Pero la mirada que vio no fue burlona, ni tuvo una pizca de malicia. Eran esos ojos grandes que daban la impresión de poner el alma al descubierto. Unos ojos tan entregados, que Julieta se arrepiñtó enseguida de su desconfianza.

—Perdoná, changuita... digo, Julieta, no quise molestarte. Te vi, me acordé de mi abuela y me dieron ganas de charlar un rato —dijo José haciendo un ademán para retirarse.

—No. Perdoná vos. Quedate, si querés... Es que no esperaba ver a nadie —contestó Julieta, sinceramente.

José miró a Flora y la saludó. Julieta miró a José y a Flora, que seguía perdida entre las copas de los árboles, y dijo:

—No te puede contestar. Es como si viviera en otro lugar.

—Sí. La entiendo. A veces me pasa igual — los ojos de José se encendieron y Julieta pudo ver otra vez esa mirada de furia que le hacía pensar que sería capaz de cualquier cosa. Ese asomo de odio descarnado, que la dejaba fría de miedo y, sin embargo, con ganas de ver más. Pero cuando esperaba encontrarse con la confirmación de aquella naturaleza asesina, los párpados de José bajaron un instante y al abrirse mostraron unos ojos de noche tranquila sobre una sonrisa clara. Y siguió—: Yo también vivía con mi abuela en Cuesta Corral, hasta que se murió la vieja y me tuve que venir para acá — las palabras salieron como a los saltitos, y Julieta sonrió con desconfianza sin saber bien qué contestar. Pero José no le dio tiempo y continuó hablando.

Contó que vivían en una finca en las afueras del pueblo, donde cultivaban cebollas. Que la vieja se despertaba con las gallinas apenas salía el sol y se dormía al mismo tiempo que las cabras. También dijo que era una vieja loca su abuela, porque hablaba todo el día. Sola hablaba, porque en la casita vivían solamente ellos dos. Él se iba y la vieja hablando. Volvía y seguía chisporroteando palabras. Que estaba hablando con las cosas sería. Al agua del mate, que no se hirviera; a la ropa, que se desmanchara; a la masa, que levara. Loca, loca como una cabra. Y tenía cara de cabra. Capaz que era eso nomás; y con el tiempo se fue volviendo cabra de tanto verlas, de recorrer los años con ellas. Pero saber,

sabía. Porque a cada cosa le decía lo suyo y a él mismo le soltaba lo que le tenía que decir. Cosas de vieja loca, de vieja sabia de Cuesta Corral. Pero lo mejor de la abuela eran las manos. De hierro las tenía. No, de hierro no. De madera de quebracho. Duras y llenas de nudos para golpear mejor la masa.

José golpeó con el puño en su otra mano para reafirmar la palabra “golpear” y se paró sacando pecho. Entonces, con ese signo marginal atravesándole el cuerpo, dijo que, alguna vez, había sentido las manos de la vieja sobre su propio lomo.

Julieta en ese momento pensó que José estaba tanteando para saber por dónde le venía el miedo a ella y lo miró. Él siguió diciendo que la vieja tenía las manos firmes para hundir la cuchilla en el cuello de un caballo con un corte limpio. En el sitio exacto para dejar caer la sangre a borbotones sobre un jarro de lata.

Julieta sospechó que José había empezado a provocarla. Era lo que hacía siempre. Sacar esa supuesta dureza para despertar una reacción de rechazo en los demás. Estuvo segura, cuando continuó explicando cómo cocían la sangre y se la comían tibia en un revuelto sabroso.

Ella no le dio con el gusto. Sostuvo el gesto amable de escuchar con atención. José estuvo un rato todavía enganchado en ese juego de chico malo. Empezó a decir cosas del pueblo y de otros chicos. Se desacomodó

los rulos con las manos, mientras paladeo unas palabras ásperas para explicar cómo allá era el jefe de la barra del *pool* y cómo sobrevivían entre borrachos y malandrines.

Julieta comprendió que en ese momento José estaba actuando una película. Se dio cuenta de que, mientras hablaba, iba inventando un personaje. Comenzaba apenas contando y, mientras lo hacía, se iba apasionando y convenciendo. Ya le había parecido antes. Esta vez era "el capo mafia". Había visto algunas películas de ese tipo, aquellos domingos eternos en casa de los padres de Sergio.

Sonrió fácil para seguir el juego y con la voz suave de siempre le preguntó por su abuela otra vez. Con su tileza viró el curso de la charla. Y trajo a Flora entre los dos. Le contó de las cartas que había descubierto y le regaló su secreto segura de que sabría guardarlo. Porque se daba cuenta de que no era un monstruo, le dijo, aunque a veces le gustara parecerlo.

José volvió a mirarla con los ojos iluminados sobre la piel oscura. Sin retroceder, observó a la vieja Flora, inmóvil. Dijo que le parecía una buena idea pasearla de vez en cuando. Y haciendo un guiño soltó: "aunque debe ser difícil sacar a la momia del sarcófago". Entonces siguió hablando con el mismo ritmo recurrente. Sobre su abuela vieja, su olor ahumado, su trenza gris. Y se fue entusiasmando mientras imitaba su andar chue-

co. Y caminó frente a ella, y Flora, que seguía volando con las palomas. Y frunció la cara y sacó una voz chillona para recordar cómo hablaba. Y se rió.

Pero su risa espesa se congeló de golpe.

—Y... ¿sabés qué, changuita? Cuando se murió la vieja, todos opinaron que no era bueno que yo siguiera viviendo ahí y me trajeron a un departamento inmundo, apestado de cucarachas. Pero te voy a contar un secreto: me voy a escapar. ¿Y sabés por qué te lo cuento? Porque vos no me mirás como si la cucarachá fuera yo.

Entonces Julieta se enteró de que los padres de José lo habían dejado para que lo criara su abuela en Cuesta Corral. Así nomás, parece. De la misma forma en que ella se había encontrado con Flora porque a su tía Raquel le tuvieron que sacar la vesícula. Supo que los padres de José eran los encargados de un edificio, que cuando su abuela murió lo trajeron a vivir con ellos. A la "pecera de cucarachas". Donde de golpe le brotaron unos padres y cinco hermanos. Pero, ahora, era José el que no quería vivir con ellos.

—No los conozco —le dijo a Julieta—. Y no tengo ganas.

Ella lo podía entender bien. Se imaginó teniendo que vivir con su papá. Julieta cerró fuerte los ojos porque sintió de golpe toda la soledad de José encima. Cuando los abrió, apenas pudo ver las ramas de los árboles. Ya no había pájaros, y se dio cuenta.

Era muy tarde. Seguramente, Gladis ya se había preocupado.

José las acompañó hasta la puerta del edificio. Flora se dejó llevar. Las escaleras hacia arriba costaron un poco más. Los bufidos de la vieja se perdían entre los escalones, porque traía el cuerpo inclinado hacia adelante; solamente cuando subía la cabeza para mirar, invadía el ambiente con el sonido estereofónico. El mayor peligro era que se tropezara con sus propios pies, que a cada paso tendían a juntarse peligrosamente. Cuando llegaron al palier, se detuvieron un instante a descansar. Entonces, Julieta advirtió la ausencia de Martín, el encargado del edificio. Era extraño no verlo: generalmente a esa hora se instalaba en su silla, detrás de la mesa de entrada.

Una inquietud la invadió de golpe. Realmente se había hecho más tarde de lo planeado. El cielo estaba completando la oscuridad. Tomaron el ascensor, que demoró siglos en llegar hasta el cuarto piso. Julieta sintió un abismo dentro de su cuerpo. Mientras atravesaban el pasillo para llegar hasta el departamento, un oscuro presagio fue tomando la forma de certeza. La puerta estaba entreabierta. Enseguida reconoció la voz de Paula destemplada por la histeria. ¿Tanto se habían demorado? Después escuchó la voz del encargado que decía algo de hacer una denuncia por desaparición

de persona. La frase se multiplicó en su cerebro desencadenando una profusión de imágenes vertiginosas, que se sucedían y se anudaban permitiéndole entender. La siesta, las palomas, José, la vieja de Cuesta Corral, los pasos de búfalo de Flora subiendo, él encargado en su casa, las desaparecidas, que eran ellas dos... Y vaya a saber por qué imaginó Paula que habían desaparecido. Julieta sintió que había cometido un crimen horrible. Aspiró una bocanada de aire para llenar los pulmones, empujó la puerta y se sumergió sin pensarlo dos veces, llevando a Flora del brazo.

Los gritos de Paula cayeron sobre Julieta y la abrazaron. Entre soplidos y mocos escuchó que balbuceaba:

—Hija, hijita querida, ¿hasta dónde te llevó? —De repente, soltó a Julieta y mirando a Flora con la cara desencajada le gritó—: ¡Me querés decir adónde te quisiste ir, mamá?!

El encargado intentó calmar a Paula. Flora, parada contra el marco de la puerta, apenas atinaba a mirar con ojos de vaca vieja. Pero, a medida que los gritos fueron subiendo de volumen, su rostro se fue desquiciando y perdiendo el equilibrio precario que lo componía habitualmente. De repente, empezó con los quejidos. La voz metálica se arrastró con agudos oxidados que taparon los reclamos de Paula, las explicaciones de Julieta y el desconcierto de los vecinos que se acercaban preguntando.

Flora gritaba:

—¡Porquería! ¡No me van a llevar! ¡Salga, bicho! ¡Ay, virgen santa, virgencita! ¡Anitra, cuidado con esta gente! ¡Es malal, ¡malal! —las palabras le fueron doblando el cuerpo y tuvieron que sostenerla para que no perdiera el equilibrio. Pero apenas sintió las manos del encargado sujetándola, los gritos la desbordaron y se arrastró en un llanto agrio mientras repetía: “¡Malal!”.

Otros vecinos se asomaron para ver de dónde venía tanto escándalo y se fueron quedando en el pasillo para no perderse el circo. Empezaron a comentar entre ellos y fueron creciendo los rumores. Que una interna-ción en el geriátrico, que hay que ser una hija ingrata... Algunos se atrevieron a vaticinar que estaban esperando a la ambulancia del psiquiátrico.

Y hubieran continuado, pero apareció Sergio. Parado detrás de Flora, habló sin levantar la voz:

—¿Alguien me puede decir qué está pasando?

Un silencio reparador como bálsamo dio tiempo para enderezar la situación. Sergio cerró la puerta dejando afuera a los vecinos. El encargado depositó a Flora en el sillón. Paula se desplomó sobre una silla y Julieta quedó de pie explicando.

Fue difícil decir, ponerle palabras a los motivos. Julieta dejó caer las frases sabiendo que no podían expresar lo que quería. Mucho más, si evitaba mencionar las cartas. Y pensaba hacerlo.

Paula la escuchó con el rostro perplejo. Con una expresión de incredulidad que crecía a medida que Julieta hablaba. Cuando terminó, un silencio incómodo se instaló entre todos. Entonces el encargado se acercó a la puerta para irse. Sergio lo acompañó. Julieta escuchó que el señor Martín murmuraba unas palabras de reproche. Algo como que hay que intentar resolver las cuestiones domésticas sin pedir ayuda, llamar si pasa algo verdaderamente importante. Que él no podía pasarse las noches bajando gatos de los árboles ni trayendo abuelas de la plaza.

Sergio pidió disculpas, cerró la puerta y pasó a la pieza donde estaba Nicolás.

Paula miró a Julieta con los ojos más tristes.

—Jamás me hubiera imaginado algo así de vos, Julieta. De vos, que sos la persona más sensata que yo conozco. O que conocía, porque ya no sé, hija. ¿Por qué hiciste semejante disparate?

—A mí me pareció que un paseo podría alegrarla un poco, hacerle bien...

—¿Bien?, ¿bien? ¡Mirala! ¡A vos te parece que le hizo bien?!

Julieta pasó una mirada larga sobre la abuela, que parecía haber entrado en el sopor denso de la locura. Seguía repitiendo “¡malal, ¡malal!”, y perdiéndose bajo suspiros largos y angustiosos. Se acercó, le tocó el brazo y buscó sus ojos entre las arrugas. Pero no estaban...

Cuando Paula se fue a la cocina, le dijo muy, muy despacio: "¡Volvé, señorita Flo!". Pero los suspiros se hundieron y desde allá salió otro "¡mala!".

La abuela Flora se desvaneció en un sueño. Al día siguiente, vino su médico y cambió los remedios que tomaba. Tal vez por eso, se metió cada vez más para adentro.

Julietta no podía entender esos escándalos de su mamá. Ni los gritos desmesurados, ni su eterno reclamo al mundo. Haciendo un berrinche cada vez que las cosas no salían como esperaba. Está bien, ella había sacado a Flora. Pero, ¿qué cosa la había puesto mal? Sabía que no había sido la plaza, ni las cartas. Estaba segura...

En algún momento, cuando la vio acostada (porque ya casi no se levantaba) sintió una gran tristeza y pensó que se estaba apagando. La piel de Flora se puso opaca, gris, y las comisuras de los labios se llenaron de una espuma blanca que se estancaba en esas grietas profundas.

Esos días también se pusieron grises. Un poco más claros en el colegio y francamente oscuros en el departamento. Especialmente en su pieza, que ahora parecía la habitación de un hospital.

Desde el día del trabajo sobre ecosistemas, José parecía más amigable. Al menos con Julieta y Analía. Frente al mundo, seguía teniendo aires de chico renegado, pero con ellas ponía la sonrisa blanca y contagiosa a la que se le podía perdonar cualquier cosa. Esa que invitaba a hablar con él. Julieta sentía que escuchaba de otra manera, que realmente sabía escuchar. Además, sus respuestas caían inesperadamente. Las sacaba de la galera y las arrojaba, dejando a las dos chicas sorprendidas, listas para una carcajada. Eso ayudó mucho a Julieta por aquellos días. Ya no tenía ganas de decir "la vieja" arrastrando bronca, pero ahora podía reírse de unas cuantas cosas que antes no hubiera soñado. A veces, después de las charlas suaves con Julieta, José y Analía se debatían en un duelo de humor. Cada uno intentaba ser más ocurrente que el otro. Esos juegos fueron una suerte. Cada vez que sacaron el tema de la

pobre Flora fue bajo la forma de comentarios ingeniosos. "Debe de estar invernando, la vieja." "¿Probaste con un balde de agua fría?" "Hay que llamar a un exorcista..." Y Julieta imaginaba a Flora girando el rostro verde y repitiendo "¡malal!" con voz de poseída. Y se reía. A pesar de todo, se reía.

Una tarde, Julieta y José se encontraron en la plaza. Era la primera vez que Julieta volvía después de aquel día desafortunado. José le contó que había ido algunas veces, por las dudas ella estuviera. Pensando que a lo mejor la encontraba. Y le dijo que tenía ganas de hablar a solas, porque había cosas que no se podían decir cuando eran tres.

Julieta no pudo pensar en nada, no tuvo tiempo. José la invitó a sacar la tristeza afuera. Entonces, Julieta volvió a contar. Todo. Y terminó explicando cómo su abuela Flora estaba desconectada sobre una cama junto a la suya.

—¿Y las cartas? —preguntó José.

—En la caja, bien guardadas —contestó Julieta.

—¿Y no será hora de volver a sacarlas para despertar a la señorita Flo? —aventuró José.

Julieta lo miró horrorizada y le hizo señas para que bajara la voz.

—¿Y si le hacen daño? —se asustó—. ¿Qué tal si empeora?

José se encogió de hombros, le dio una palmada en los hombros y se fue.

Julieta caminó hasta el departamento despacio. Mastificando la idea de volver al ritual. Esas cartas eran la memoria de la señorita Flo, el alma de Flora. ¿Cómo podrían hacerle mal?

Entró a la pieza y miró a la abuela. Estaba tranquila. No decía nada. Tenía la cabeza levantada sobre dos almohadas y los brazos apoyados a los costados, fuera de las sábanas. Acercó la silla de su escritorio. Buscó la caja de madera; sacó la siguiente carta de la pila y puso el montón bajo la mano de Flora. El sobre parecía gordo, prometía unas cuantas páginas.

Empezó a leer muy lentamente, dejando que las frases cayeran en los oídos de su abuela, dando tiempo a su memoria de mezclarse, fusionarse, encontrarse...

10 de enero de 1939

Mi querida, querida Anita:

He querido enviarte las cartas unas cuantas veces, pero lo he ido postergando por una u otra cosa. Esta mañana me levanté y vi los dos sobres arriba de la cómoda, entonces pensé: ahora mismo se las mando (tenía muchas ganas de volver a escribirte; sin embargo, era absurdo teniendo pendiente el envío de las otras dos). Fue cuando se me ocurrió. Mientras caminaba hacia la oficina postal, me di cuenta de

que estaba sintiendo un dolor de estómago terrible y su origen no era una indigestión. Era una idea: el oscuro pensamiento de que nuestra madre pudiera abrir una de las cartas. No pude imaginar una catástrofe peor. El fin de mis anheladas vacaciones y mucho, mucho más. Porque, es hora de decirlo, me están pasando cosas importantes. Cosas que te quiero contar.

Este lugar me ha permitido ver qué quiero. O, por lo menos, saber claramente lo que no quiero. Sin embargo, ansío escribirte contando todo. Y puedo asegurarte que disfruto enormemente cada siesta que me dispongo a tener este encuentro a la distancia contigo. Imagino tu cara y algún gesto cómplice mientras lees. Odiaría traicionar nuestro "pacto de verdad" por temor a que alguien descubriera nuestros secretos. Por eso, a mitad de camino hacia el correo, di media vuelta y regresé. Decidí escribirte una esquila breve, para anunciarte que lo bueno llegará después. Esa irá pronto. Pero esta carta junto con las anteriores quedarán bajo mi custodia. Te las entregaré personalmente, para que puedas entenderme y ayudarme.

Sabrás en el momento de leerla si puedes ser mi cómplice y mi compañera de viaje. Eso no significa que tomaremos el mismo camino, seguro que no. Será por el gusto de conocer el itinerario de cada una.

Te escribiré como si las fuera a enviar. Sellaré los sobres y prometo no abrirlos. Ni cambiar nada de lo escrito. La única diferencia será que las leerás todas juntas o elegirás tú misma las pausas.

Julietta levantó la vista para ver a Flora, tratando de encontrar algún cambio en su rostro, alguna huella que indicara entendimiento o emoción. Pero nada. Continuó leyendo:

Este es el verano más feliz que puedo recordar. Los abuelos son tan generosos y amables. Siento que me quieren aunque mis cejas no sean elegantes o vuelque la taza sobre el mantel (además, ya no estoy tan torpe: ¿será porque nadie está esperando que lo sea?); Ciénaga del Quebrachal es un pueblito adorable, si lo sabes ver.

En mi carta anterior prometí contarte de Juan Carlos y Adela. Bien, aquí va. Son hijos del abogado del pueblo. Yo le pregunté al abuelo para qué iban a necesitar a un abogado en un lugar como este. Y el abuelo me contestó que la ley tiene que estar en todas partes; y parece que es así. Y, además, a la vista es provechosa, porque el hombre tiene muchísimo dinero. De todos modos, Juan Carlos y Adela son personas muy agradables. Hablan con todo el mundo y parecen gente sencilla. Lo que no puedo entender es el interés que tienen por la ciudad. Me han preguntado de todo y hablan con exagerada admiración.

Pienso que cada uno añora lo que no tiene. Ellos quisieran irse a vivir al tumulto y yo me quisiera quedar en este paraíso de tranquilidad. En fin, son buenos amigos y buena gente. Siempre nos encontramos y charlamos en la confitería del Hotel.

Pero... de quien me he hecho verdaderamente amiga es de Shimu. Solo este detalle escandalizaría a "ya sabemos quién", ¿verdad?... Pienso que he tomado una buena decisión en entregarte yo misma las cartas.

Una ráfaga de sospechas cruzó a Julieta en plena lectura. Había pasado algo con esas cartas que no terminaba de entender, pero estaba comenzando a tantear. La primera vez que vio la pila de sobres creyó que se trataba de cartas que le había enviado un novio o algo parecido. Nunca imaginó que ella misma las había escrito. ¿Cuál era la gracia? Uno no tiene cartas propias; las manda y punto. Cuando supo que eran de Flora, pensó que simplemente habrían vuelto a sus manos después de la muerte de su hermana, tal vez poco tiempo atrás.

Pero ahora se le ocurría que a lo mejor Flora nunca había podido entregárselas. ¿Habría leído Anita esas cartas? Evidentemente alguien había abierto los sobres. Tuvo muchas ganas de preguntarlo, pero ¿a quién? Tratándose de Flora era difícil pedir explicaciones. "Paciencia", pensó, "de a poquito la señorita Flo se abriría, pétalo a pétalo, hoja a hoja".

Volvió sus ojos sobre los renglones y continuó con la lectura:

Muero por contarte algo que pasó, pero tienes que leerlo despojándote del almidón de los falsos modales y

costumbres de buena familia. Ahí va: ¡me encanta chapotear en el barro! Lo descubrí el otro día y deberías probarlo. De vez en cuando habría que contagiarse un poco de los niños.

Como te he contado, aquí el calor es intenso. Hace unos días la temperatura subió al límite de lo soportable. Por la noche tuve que dormir con las ventanitas abiertas de par en par y, aún así, sentí como si las sábanas se me pegaran al cuerpo. Necesité levantarme y mojarme la cabeza para poder conciliar el sueño. Cuando amaneció, un sol rojo incandescente apareció en el cielo. Pero fue por poco tiempo porque, de repente, unos nubarrones negros lo cubrieron y empezó a llover. Pocas veces he visto caer una lluvia semejante, te lo aseguro. Las primeras gotas gordas y pesadas hirieron la tierra salpicando polvo y luego cayó el chaparrón a destajo. Yo me asusté un poco, debo admitirlo, porque los truenos y rayos parecían anunciar el fin del mundo. Pero la abuela me explicó que en la iglesia había un parrarrayos y que estábamos protegidos. Me dijo que en verano siempre es así.

Sacamos unas sillas a la galería y nos sentamos a mirar, mientras doña Juana se puso a hacer tortas fritas. El agua parecía una cortina espesa que impedía ver a unos pocos metros de distancia. Distinguí cómo caía por la calle hacia los costados. Las banquetas se transformaron en unos ríos torrentosos y el mundo completo se lavó. Hacia el mediodía, de la misma forma precipitada en que había llegado, la lluvia se fue y el cielo quedó completamente celeste, mientras todo parecía brillante bajo un sol que a poco perdió toda la

timidez. Las plantas de la abuela salpicaron las últimas gotas y los pájaros salieron a picotear los higos caídos. Pero aquí no termina el cuento, aquí comienza.

Al otro día, el abuelo salió a trabajar como siempre y, como siempre, volvió para el almuerzo. Cuando se bajó del automóvil (que deja al costado de la calle debajo de un algarrobo), los anteojos se le cayeron de las manos y se deslizaron cuesta abajo hacia la banquina, que aún tenía unos cuantos centímetros de agua. Shimu, que miraba desde la galería, en ese mismo momento, se arremangó los pantalones, se quitó los zapatos y se metió en el barro para ayudar al abuelo. Por supuesto que yo no me pensaba meter. Pero me acerqué y vi a Shimu trastabillar, así que sin pensarlo mucho, también me descalcé y salté al barro para ayudarlo. No podría explicarte aquella primera sensación. Era una crema suave y tibia. Había estado fermentando bajo un sol furioso, así que tenía una capa de algo muy resbaladizo en el fondo. Imagínate. No, mejor no lo hagas... Ver a Shimu agachado, buscando con una mano mientras yo lo sostenía con la otra, me pareció muy divertido y me dio un ataque de risa. Las carcajadas me hicieron perder el equilibrio y caí arrastrando al pobre Shimu conmigo. Ya estábamos empapados y parecíamos estatuas de arcilla recién hechas. Los abuelos también se reían, mientras nos daban indicaciones para la búsqueda. Finalmente, encontramos los anteojos y se los dimos. Pero la aventura no terminó allí, porque Shimu me desafió: "¿A ver quién resbala más lejos!", me dijo. ¿Cómo

podía dejar que me tomara por una cobarde? Así que seguimos jugando. ¿Puedes imaginar el escándalo que hubiera armado "ya sabes quién" si llegaba a verme? ¡¡¡Con el vestido chorreando y la cara llena de barro!!! ¡Bien! ¡Bien! ¡Viva la libertad! Corríamos hasta caer varios metros sobre la banquina. Casi media cuadra nos deslizábamos. Después se sumaron Shefe, Shuscu y Antula. Y fue una fiesta.

La abuela solamente dijo que nos quitáramos el barro con baldes de agua antes de entrar a la casa. Y te juro, aún soy una señorita y el mundo no se terminó ni he perdido mi dignidad. Pero soy algo más feliz, te lo aseguro.

Bueno, hermanita, por hoy me despido. Espero que no te espantes demasiado con la lectura.

Un beso,

La auténtica señorita Flo

Julietta miró a la mujer petrificada sobre la cama y pensó que ella misma sería incapaz de montar semejante escena. ¿Cómo pudo Flora animarse a hacer eso en una época tan lejana? Julietta se imaginaba que las chicas de aquellos años se verían todas modositas. Evidentemente, algunas sí. Pero, a juzgar por la carta, a la señorita Flo no le importaba nada. A Julietta algo le quedó picando. Esa incomodidad contradictoria que le producía José. Como la sospecha de que tal vez ella, en el fondo, también tenía ganas de tirarse al barro.

Como todo estaba tranquilo y no quería detenerse, Julieta sacó el siguiente sobre, lo abrió y continuó leyendo en voz alta:

15 de enero de 1939

Querida hermana:

Las cosas, como verás, se están poniendo interesantes (al menos para mí y mi naturaleza "salvaje"). No dejo de sorprenderme. Hasta el gesto más simple me hace pensar en la fragilidad de lo que una espera. Todo puede ser de otra forma. La gente siempre es más de lo que una ve.

El otro día, Shimu se acercó mientras leía, me miró con cara seria y me preguntó por qué me habían castigado. Al principio no entendí. Entonces, me dijo que seguramente yo había hecho algo muy grave para que me obligaran todas las tardes a sentarme con un libro. Traté de explicarle que simplemente disfrutaba de una buena historia, pero no hubo caso. Él insistió en que leer era lo más aburrido del mundo y que nadie leería porque sí. En todo caso, argumentó: "es para hacerte la importante". Le dije que hay libros muy divertidos, pero no me creyó e insistió en que leer cualquier cosa "es aburrido". Como me conoces bien, sabrás que aquello fue un desafío que tomé aún conociendo la testarudez de Shimu. Le dije que lo invitaba al día siguiente a escuchar un libro "entretenido".

Por la mañana, fui a la biblioteca del pueblo, que está frente a la plaza (igual que la iglesia, el cuartel po-

licial y la escuela) y empecé a buscar. Por supuesto, las lecturas recomendadas por mamá fueron las primeras que descarté con la certeza de que me llevarían a una derrota segura. ¡Las Páginas Escogidas hundirían a Shimu en el más horrible de los desalentos! Pero tampoco mis grandes favoritos parecían ser los indicados. Bastante desanimada, estuve a punto de abandonar la empresa, cuando la bibliotecaria (una vieja maestra retirada) me sugirió un libro llamado "Las aventuras de Huckleberry Finn". "Es lo mejor para un muchacho travieso", me dijo guiñando un ojo. Partí con el libro bajo el brazo, con la ventaja, además, de incursionar yo misma en una nueva historia.

¡Sencillemente te recomiendo esa lectura!

Cuando llegó el momento acordado, me senté en la galería con el libro sobre la falda. Al rato cayó Shimu, miró sospechosamente y trató de deletrear el título. Después, haciendo un gesto fastidioso, dijo: "Nada con ese título podría gustarme, ni sé cómo se dice". Yo lo abrí rápidamente y, sin hacer caso del comentario, comencé a leer. Hice el mayor esfuerzo para que mi voz invitara a escuchar. Shefe y Antula que andaban dando vueltas por allí se acercaron. Sin embargo, antes de pasar la primera página, Shimu dijo que era aburridísimo y se fue. Yo me había entusiasmado, así que seguí con mis dos pequeños oyentes hasta terminar el primer capítulo.

Al día siguiente, retomé la lectura en las mismas condiciones. Los fieles Shefe y Antula, a los costados

escuchando atentamente, y Shimu, apoyado sobre la baranda de la galería. Parecía muy ocupado tallando una madera de cardón seco. Mantuvo todo el tiempo la mirada fija en la navaja hasta que finalizó el segundo capítulo. Entonces, se levantó, me dijo: "Interesante eso de la banda de asaltantes"; y me regaló la escultura. (Cuando lo leas, entenderás de qué se trata. Si lo buscas, recuerda que es de un autor norteamericano llamado Mark Twain.)

¿Alguna vez has visto tallas de cardón seco? Son muy bonitas, de un color amarillento anaranjado y con huequitos en todas partes. He puesto la que me regaló Shimu sobre la cómoda junto a mi caja de madera, donde tengo guardadas las cartas para ti.

Julieta miró la caja sobre la cama y se preguntó si sería la misma. Era bastante probable. Vio que Flora continuaba en la misma posición. Imaginó a la señorita Flo sentada en la galería entre macetas y enredaderas, leyendo en voz alta a los niños a su alrededor, y le pareció una bella imagen. Lo que no pensó fue que era muy parecida a la escena de su habitación. Ella, al borde de la cama de la vieja, buceando en esos relatos con voz de sirena. Y como había vuelto a encontrarse con la señorita Flo tan de cerca que casi sintió sus fragancias, no se sorprendió cuando escuchó a Flora decir:

—Seguí leyendo, Anita.

Julieta, simplemente, continuó:

Como podrás imaginarte, desde ese día, todas las tardes nos reunimos a leer. Shimu se entusiasmó muchoísimo con Huckleberry, aunque nunca lo suficiente como para leer solo. Ya vamos por el capítulo VII y estamos pensando en fabricar una balsa. En mi próxima carta te contaré cómo resultó.

Mis más sinceros cariños,

La señorita Flo

Esta señorita Flo parecía haber sido una persona muy extraña. ¿Fabricar una balsa? ¿Estaría hablando en serio? De eso se enteraría en la próxima lectura.

Pero no precisamente en aquel momento, porque vino Paula para avisar que el médico de la abuela Flora había llegado a verla. Julieta guardó apurada la caja con los sobres y salió de la habitación:

La abuela estaba mucho mejor. El médico lo dijo. La veía tan bien que podían volver a darle los remedios como antes. Otra vez, la mujer venció las herrumbres de los años y se levantó de la cama. Y se reinstaló aquella rutina reciente de Gladis con Nicolás y de Julieta con Flora.

De todas maneras, aquel susto al volver de la plaza hizo pensar a Julieta en la enorme fragilidad de la abuela Flora y se prometió tener mucho cuidado.



DIRECCION GENERAL DE ESCUELAS

Dcción. de Educ. Básica (3er. Ciclo y Polimodal)

ESCUELA N° 4-040 "M. DIB EL MUSRI"

RIVADAVIA - MENDOZA

Por la tarde, después de la lectura de las cartas salió a caminar. A lo mejor porque quería ver a su amigo para contarle; y tal vez, porque cuando leía algo sobre Shimu pensaba en José. Por alguna razón misteriosa, a veces, conjugaba a las dos personas bajo una misma identidad.

Como había sucedido antes, no necesitaron ponerse de acuerdo: simplemente se encontraron.

Charlaron un rato largo. Del colegio, de los compañeros, de los profesores. José hablaba muy bien, como siempre. Usaba unas palabras raras y hermosas que con esa tonada diferente sonaban mejor.

Apenas unos días antes, Julieta se había sorprendido como los demás cuando descubrió los resultados escolares de José. Aún con ese descuido aparente había obtenido las mejores notas. Entonces, recordó los momentos en que estuvieron a solas, cuando contó

cosas tan propias. Y pensó que había sido especialmente elocuente. Eligiendo cada cosa que decía, contagiándola con su entusiasmo. Desde aquel momento, percibió rumores de admiración muy dentro de ella.

La tarde estaba tibia y José parecía tranquilo. Julieta lo miró.

—Y... ¿de verdad quieres escaparte? —le preguntó.
—¡Qué sé yo! —contestó José—. A veces extraño demasiado el pueblo. Pero me imagino que sin la vieja ya no tendría sentido.

Una lágrima viva resbaló por la mejilla de barro de José. Julieta la siguió. El chico sostuvo la mirada sin ningún gesto de vergüenza, y siguió diciendo:

—Y, otras veces, sospecho que tendría que quedarme y exprimir este mundo para sacarle todo el jugo. Creo que podría hacer cosas importantes. ¿Y sabés por qué? Porque no tengo miedo. Me parece que quiero ser actor. Para que me vean todos y para jugar a ser diferentes personas cada vez.

“Sí”, pensó Julieta, “eso te quedaría bien”. Pero no se lo dijo.

—Aunque sí quisiera irme de “la pecera” —siguió José—. Eso. Escaparme del basurero inmundo y buscar un buen lugar para vivir.

—Pero todavía sos chico —dijo Julieta—. A lo mejor tenés que esperar un poco... ¿No vas a extrañar a nadie? ¿Nada, nada, los querés?

Los ojos de José se endurecieron.

—Mmm... al más chiquito, que me sigue a todas partes y todavía no entiendo nada. Pero, mirá, yo creo que si no te cuidás vos, no te cuida nadie. Yo no los necesito porque ellos no me necesitaron; y, menos mal, porque así hago lo que quiero.

Julieta se dio cuenta de que nuevamente había emergido ese José rebelde y áspero que andaba contra el mundo. Quiso dar un giro para sacarlo de esas oscuridades que la asustaban, y preguntó:

—¿Cómo vas a hacer para escaparte?

José soltó una carcajada y la miró sorprendido. Después, poniendo una voz misteriosa, dijo:
—Me voy a escapar una noche sin luna, descolgándome por los balcones y deslizándome por callejones oscuros...

—¡Dale! De verdad te pregunto —insistió Julieta.

—Mirá, changuita, yo puedo salir muy campante con el bolsito en la mano y te aseguro que nadie se va a dar cuenta de nada. Escaparme, lo que se dice escaparme, no me hace falta. Pero cuando no aparezca por la noche, van a empezar a sospechar y a lo mejor...

—...llaman a la policía —completó Julieta pensando en el escándalo de Paula.

—No creo que sea para tanto. Van a esperar unos días, por las dudas aparezca. ¡Qué sé yo! Son un montón y están tan apretados, que por ahí ni se dan cuenta

por varios meses.—terminó de decir José, con una sonrisa ácida en la cara.

Julietta se acordó del día en que llegó Flora a su pieza y se dio cuenta de que ahora, a la distancia, no parecía tan grave. Después de todo, gracias a la abuela, ella había podido conocer a la señorita Flo.

Después hablaron de las cartas. De por qué Flora las tendería. ¿Viviría Anita? A Julieta le parecía poco probable... Por lo pronto, llegaron a la conclusión de que había que terminar de leer las cartas para saber cómo seguía la historia. Entonces, José le preguntó por qué no quería hablar con su mamá, y Julieta le contestó que por ahora prefería no hacerlo. Sentía que su mamá no entendería la importancia de todo esto para ella. Seguramente diría que eran cosas de mucho tiempo atrás. Que apenas eran unas vacaciones de Flora. Que por qué tanto misterio. José aseguró que a él le parecía algo muy importante; y luego insistió en que debían buscar la forma de resolverlo, que debían investigar. Y dijo que estaba dispuesto a ayudarla en lo que fuera necesario.

Julietta lo miró y le dijo rápido, casi sin darse cuenta de lo que hacía:

—¿Por qué no venís mañana a la siesta a mi casa y te muestro las cartas?

—Bueno.—contestó José—. ¿En qué departamento vivís?

—Departamento "C", cuarto piso. Acordate.

Mientras se volvía caminando muy despacio, pensó sobre la invitación que había hecho. Le salió de repente y ahora no sabía si había sido una buena idea. En realidad, Flora no se mostró incómoda el día que vio a José en la plaza, así que no había motivos para tener ninguna reacción por su presencia. Por otra parte, a la siesta solamente estaban ella, Flora, Nicolás y Gladis en el departamento. Y a Gladis simplemente le diría que tenía que hacer un trabajo del colegio con José. Sí, después de todo, la idea había sido buena. Alguien con quien pensar y hablar. Porque Flora, envuelta en su nube de recuerdos, apenas participaba con una presencia borrosa.

Julietta entró a su casa con algunas ideas locas prendidas con alfileres. Debía andar con cuidado, no fuera cuestión de pincharse.

Miró a Flora, que parecía un merengue apoyado sobre el sillón. Se acercó y le rozó la mejilla con un beso, segura de encontrarla dulce. Era como de repostería: la piel finita como milhojas y los ojitos brillosos como cerezas al marrasquino. A Julieta la divirtió pensarlo, y se dio cuenta de que su abuela estaba bien. Y comprendió que ella también estaba bien...

Al día siguiente, en el colegio, confirmaron en secreto la hora para el encuentro. Julieta y José no dijeron nada delante de Analía para no despertar sospechas ni susceptibilidades.

El día transcurrió como siempre, hasta la hora convenida. A las tres en punto sonó el portero. Julieta le dijo a Gladis lo del trabajo y corrió a abrir la puerta.

—¿Pero cómo van a estudiar en tu habitación si está la abuela Flora durmiendo? —preguntó Gladis con desconfianza.

—No pasa nada, Gladis —respondió Julieta mientras hacía pasar a José—, vamos a hablar bajito. Además, cuando Flora duerme, no la despierta ni un camión. Vos no te preocupés; si yo veo que la abuela se pone mal o algo, venimos a trabajar al *living*.

—Pero... —dudó Gladis—. Tu mamá dejó todas las costuras desparramadas y dijo que no tocara nada...

—Por eso mismo, Gladis —la tranquilizó Julieta—. Nosotros intentamos en mi pieza hablando bien bajito. Vas a ver que no pasa nada.

Y se fueron por el pasillo hasta la pieza, donde Flo-
ra estaba mirando el techo.

—Uy, mirá —susurró José—. Ni se dio cuenta de que entramos, la pobre.

—Siempre es así. Está esperándome. Sabe que voy a leer las cartas para ella —le contestó Julieta, mientras buscaba la caja de madera en la repisa.

Entonces el clima en la habitación cambió. Las manos de Julieta resbalaron sobre las páginas amarillentas, y los ojos de Flora se llenaron de la señorita Flo. Los dos se olvidaron de José para volver a confundirse a través de las cartas.

Flora, la señorita Flo... trenzadas en una historia que venía desde tiempo atrás y mostraba como espejo a Julieta.

18 de enero de 1939

Querida Anita:

Definitivamente me quiero quedar aquí. Para siempre. Me doy cuenta de que no va a ser fácil. También sé que no será ahora, no este año. A lo mejor, tampoco el que viene. Entiendo, de todos modos, que tengo que terminar el colegio. Pero te prometo que este va a ser mi lugar y aquí voy a tener mi casa.

Además, superado el espanto del primer momento, a mamá le puede resultar muy conveniente. Es seguro que estará más tranquila sabiendo que no le voy a aparecer con "impropiedades" a la vuelta de la esquina. Las visitas podrán ser planeadas para garantizar la tranquilidad de todos.

¡A ti, hermanita, voy a extrañarte! Y a papá también. Pero pienso que podrán venir a verme. No digo que el lugar tenga que gustarles tanto como a mí, pero me parece que una vez al año ustedes, otra yo...

Voy demasiado a prisa. Ya sé. ¡Es que estoy tan entusiasmada!

¿Podrás creer que finalmente hicimos la balsa?

¡¡Si!!! Como Huck y el negro Jim. Unimos cuatro palos (que nos consiguió don Benigno, el padre de los chicos, ¿recuerdas?). Los fijamos atravesando unas tablas para que quedaran firmes. Contado así parece una tontería, pero la verdad es que nos llevó un día completo, porque los clavos se salían, o se nos desarmaba cuando intentábamos moverla. Afortunadamente logramos dejarla bastante sólida.

Al día siguiente, fuimos a probarla Shimu, Antula, Shefe y yo. Todos protegidos del sol con sombreros provistos por la abuela. Durante la siesta, mientras el pueblo entero dormía sumido en el más profundo de los sopores, trasladamos la balsa arriba del sulky de don Benigno. Shimu llevaba las riendas. Al principio los caballos tironearon un poco, pero después emprendieron la marcha. Porque, como ya

te he contado, el calor de aquí amedrenta hasta a los animales. A todos, menos a unos lagartos enormes y veloces que llaman "iguanas".

El único sitio donde probar la balsa era el canal que corría por las afueras del pueblo. Lo distinguimos a la distancia porque parecía un manchón verde sobre la tierra. Inconfundible. A su alrededor había auténtico pasto. Reales y tiernas briznas de hierba. Pero no resultó ser lo que supuse.

Shimu había dicho que era "lo más parecido a un río por aquí cerca y después de tanta lluvia seguro trae agua". Sí, agua traía, y mucha. Pero apenas era una acequia grande. Tendría unos dos metros de orilla a orilla. Comprendimos que no podríamos hacer el viaje de Huck, ni ningún otro. De todos modos, bajamos nuestra balsa, la sumergimos en el canal y ¡flotó! Aunque, como comprendimos, no logramos hacerla andar porque se nos trababa todo el tiempo.

Estuvimos un rato largo, nos mojamos y Shimu decidió dedicarse a la pesca. Fue cuando sacó un aro grande de metal cubierto de una red que llamó "mediomundo". Lo traía oculto bajo el asiento del sulky. Se metió al borde de la boca del canal junto al camino y allí estuvo durante unos minutos. Cuando la sacó, ¡estaba repleta de pequeños peces! Después me prestó el aparejo y también pesqué un montón. Tal vez no hiciéramos una travesía por el Mississippi, pero nos divertimos en grande.

Por la noche, doña Juana hizo los pescaditos fritos. Todos comimos con las manos, sentados en la galería, escuchando las historias que contaba don Benigno y disfrutando del fresco nocturno.

Sin embargo, no podíamos darnos por vencidos con la balsa. Nuestro proyecto no podía caer tan fácilmente, sólo porque nos faltaban unos cuantos metros de agua. Así que decidimos ir al río de verdad, aunque quedaba a unas cuantas leguas del pueblo.

¿Recuerdas cuando papá nos contaba del río Bañado de la Sal? Pues es exactamente como nos lo imaginábamos. Logramos ir, aprovechando un viaje del abuelo. Lo habían llamado de los obrajes del monte. Parece que un hachero se había herido y no podían trasladarlo. Como podrás imaginarte, cuando nos enteramos de que salía por el rumbo del río, le pedimos que nos llevara. Accedió con la condición de que lo dejaríamos trabajar sin molestar. Y así lo prometimos.

El viaje monte adentro solo podía hacerse en carro y resultó bastante dificultoso. Don Benigno manióbraba con pericia por senderos angostos, abiertos entre la vegetación cerrada y espinosa. Quebrachos enormes y algarrobos eternos se retorcián por todas partes. Entonces, pude ver algo que me dejó maravillada. De repente, hacia mi derecha, el monte se hizo más abierto, los troncos se recortaron negros y emergieron de una superficie cubierta de agua. Descubrí que miles de pequeñas hojitas como pinceladas

intermitentes cubrían esas ciénagas. Toda la extensión parecía un campo tapizado de flores o hierbas mínimas, que se duplicaban arriba, en las copas de los árboles. El sol entraba de costado y tenía de dorado todo el paisaje. Estábamos rodeados de pantanos, porque por el otro lado del sendero también había avanzado el río sobre la tierra. El abuelo comentó que esas eran las consecuencias de las lluvias furiosas de verano. Cada año, por estas épocas, dijo, el río se desmadra y sale derramándose en enormes bañados, que por prodigio de estos suelos arcillosos permanecen largo tiempo, como un mar con árboles fantasma.

Cuando llegamos al asentamiento de los haceros, divisamos el cuerpo del río. Era una corriente mansa que se diferenciaba. Estaba en movimiento. Los baqueanos nos alertaron sobre aquellos pantanos. Su belleza, dijeron, esconde animales ponzoñosos y es un sitio peligroso. Razón por la que el abuelo, al final, no nos permitió que entráramos al río.

Nuestra empresa terminaba así. Mientras el abuelo asistía al pobre hombre (se había lastimado un pie), nosotros mirábamos meditabundos ese río ingrato que nos había dejado con las ganas. Y, en alguno de esos suspiros contrariados, tuve la idea. Tal vez, nosotros no podríamos remontar el río y, ciertamente, parecía un lugar de temer. Pero no había ningún motivo para que nuestra balsa no navegara y cumpliera con su destino. Pusimos una rama en el centro a manera de palo mayor de la nave, para que pudie-

ra distinguirse a la distancia. Luego, escribimos un mensaje sobre una hoja del recetario del abuelo y la clavamos en la punta de la rama. Y con ayuda de un baqueano, subidos arriba del carro, entramos en los bañados para deslizar la balsa y que pudiera alcanzar la corriente.

Allá fue. La vimos flotar suavemente con una sensación de triunfo que soltamos en un grito cuando dobló por el curso del río.

Aquella tarde fue inolvidable y quedará clavada en mi memoria para siempre (como la espina de mi talón que perforó la suela del zapato ¡y llegó hasta mi talón!).

Cuando volvíamos, la noche estaba cayendo. Nosotros veníamos en la caja del carro junto con el hombre herido (que debía permanecer en el pueblo hasta su recuperación). Shimu sostenía un farol y yo el maletín del abuelo. Y se me ocurrió algo: podría estudiar enfermería y venir a trabajar aquí. ¿No es una buena idea? ¡Cuidado la Cruz Roja! ¡Temán por mí, botiquines! Aquí viene la fantástica asistente del abuelo, más conocida como "La señorita Flo".
O sea, yo.

Bueno, hermana, te darás cuenta, cuán a gusto me encuentro en este lugar. Te saludo hasta la próxima.

Tu hermana,

La señorita Flo

—¡Yo quisiera conocer ese lugar! —irrumpió José quebrando el silencio en suspenso del final.

Julietta lo miró con reprobación y le recordó que debía hablar despacio para no molestar a Flora. José simplemente se encogió de hombros.

Pero Flora, ausente, acariciaba el cobertor con movimientos lentos y constantes. Con los ojos húmedos, aunque tal vez eran las lágrimas de siempre, dijo:

—Duelen mucho esas espigas, Anita. Todavía la siento acááá —y quiso tocarse el pie, pero no pudo—. ¡Ayy!, duele, pero no le digas a mamá... ¡Shhh! —y largó apenas una risa nerviosa—. No le digas nada, ¡shhh!

—No te preocupes, Flo, no le voy a decir nada. Vos, ahora, descansá.

Y poniendo la caja en la repisa otra vez, le hizo un gesto a José invitándolo a salir.

—¿Qué? —preguntó José mientras caminaban por el pasillo.

—Nada —contestó Julieta—. Ahora vamos a la plaza para charlar tranquilos.

En el departamento no se escuchaba ningún movimiento; seguramente, Gladis estaba durmiendo con Nicolás.

Salieron apurados y se sentaron en el banco de siempre. Justo cerca del ombú que era como la versión de Flora en árbol. Julieta le miró las raíces continuar como tronco casi imperceptiblemente, y luego mutar en ramas de la misma manera. Sí, Flora era un ombú.

Julietta contempló a José, que parecía entusiasmado.

—Bueno, changuita, ahora entiendo lo que te pasa —le dijo—. Ojalá yo tuviera algo así de mí vieja. Es como haberla conocido desde antes, casi como espiar de qué manera se fue preparando el mundo para tu llegada. Sobre todo, si a vos nunca te contaron nada.

—Sí. Por eso me parece que tengo que descubrir qué pasó, sin preguntarle nada a mi mamá. Porque ella se pone muy mal con cada recuerdo. No puede simplemente contar. Si le pido que me diga de mi papá, llora. Si la tía Raquel le recuerda algo de Flora, se enoja. Yo sé perfectamente que no le gusta hablar.

—Bueno, entonces hay que pensar. Tenés las cartas.

¿Cuántas te faltan? —preguntó José.

—No sé —contestó Julieta—. Cuatro o cinco...

—Y, vos, ¿qué querés saber?

—Mmm, cosas... Qué pasó con Anita... Por qué Flora no está viviendo en Ciénaga del Quebrachal. Si vivió alguna vez ahí... Qué pasó con Shimu. ¿Vos pensás que le pasaba algo con él? Digo, porque hablaba tanto...

—No sé —contestó José incómodo con el tema—. Creo que se hicieron buenos amigos.

—Yo quisiera saber por qué esa chica llena de fuerza y con tantas ganas se transformó en esta... vieja triste.

—Bueno, a mí me parece que algunos se van de este mundo de golpe y otros se van yendo de a poco. Que los abandonan las ganas esas de las que hablás.

Julietta retrocedió. Ahora la que estaba un poco incómoda en el terreno era ella. Apareció como un chispazo la imagen de la señorita Flo resbalando en el barro.

—Yo creo —afirmó Julieta— que lo que la abandonó a Flora fue la memoria.

—¡Eso es, changuital! —dijo José iluminado—. La memoria de tu abuela es lo que estamos buscando. Y por suerte tenemos las cartas. Escuchá. Hay que llenar los espacios en blanco.

—¿Vos decís averiguar lo que no está escrito en las cartas? ¡Qué vivo! Eso ya lo pensé sin ayuda de nadie. Lo que me gustaría saber es cómo.

—Y bueno, además de las cartas debe de haber otras cosas de Flora por ahí. Que sé yo... fotos, papeles...

—Supongo que hay —explicó Julieta—. El tema es que son cosas que están en la casa de la tía Raquel.

—¿Raquel? —preguntó José.

—Sí, su otra hija. Hasta hace poco, Flora vivía en su casa con ella.

—Entonces, vamos a buscar a la casa de tu tía.

—Esperá un poquito —dijo Julieta volviendo a un clima de calma que la hiciera sentir más cómoda que el torbellino de José—. No podemos ir allá porque no hay nadie. Además, mi mamá no me va a dejar.

José la miró con astucia y dijo:

—Y eso qué importa. Mejor que no se entere, así no se pone mal, ¿no?

De golpe, a Julieta se le pusieron los pelos de punta y se arrepintió de haber dejado entrar a José en ese juego. A punto de expulsarlo definitivamente, escuchó que le decía:

—A menos que no quieras saberlo... tengas miedo. Si querés y te animás, tenés que hacer algo.

—¿Y cómo pensás que podemos entrar a una casa cerrada a revolver todo...?

—Justo como hacen los ladrones —dijo José muy frescamente.

—¡Vos estás completamente loco! Yo jamás haría eso...

—Sí, claro, fue lo que pensé... Bueno, aquí se acabó toda la aventura. Chau, creí que las ganas de saber eran fuertes, pero veo que no...

Eso no podía estar pasando así. Él no se podía ir. Y menos dejando claro que ella era una cobarde.

—Esperá. Creo que hay una forma un poquito más civilizada —le dijo—. Mi mamá debe de tener una llave de la casa.

—Hubiéramos empezado por ahí. ¿Cómo es eso? —preguntó José.

—Me imagino que, con los papeles para cobrar la pensión y todo eso, debe de haber una llave por si mi mamá necesita ir a buscar algo —explicó Julieta.

—¿Y vos te animás? ¿La podrás conseguir? —preguntó José vacilante.

—Por supuesto. ¿Y después qué hacemos? —dijo Julieta.

—Vamos a la casa de tu tía y miramos. Es la única manera de encontrar algunas respuestas —aseguró José.

—¿Estás seguro? ¿Y si nos descubren? —Julieta quería seguir y también quería volver sobre sus pasos. Pero ya no había una manera digna.

—Es la casa de tu abuela y no estás haciendo nada malo. Pero la que tiene que estar segura sos vos. Si encontrás la llave y todavía querés que te acompañe, me avisás y lo planeamos.

Durante aquel día, Julieta se sintió incómoda. Tenía los pies metidos en el barro y estaba a punto de pegar el resbalón.

Flora se había quedado girando en falso con el tema de la espina. Y dale con que todavía le dolía el talón. Afortunadamente, Gladis no prestaba ninguna atención a esas cosas. De todos modos, Julieta la llevó a la pieza, la invitó a recostarse sobre la cama y le quitó la media. Con mucho cuidado, entre mimos y masajes, le dijo que conocía el remedio justo, algo que enseguida le quitaría el dolor. Buscó una crema cualquiera de Paula y frotó el talón de Flora, que suspiró un largo “jahhh, Anita, qué bien!”. Luego agregó: “Las manos de la abuela, tenés”. Entonces, Julieta se animó y le preguntó si sabía adónde estaban las llaves de su casa.

Preguntó por probar nomás, así que se sorprendió con la respuesta: “En el monedero verde, están”.

Julieta se entusiasmó, porque una cosa era buscar una llave y otra muy distinta un monedero verde que había visto antes. Por lo tanto, había interesantes posibilidades de que fuera cierto.

Con toda la delicadeza del mundo, Julieta volvió a poner la media en el pie de Flora y la ayudó a levantarse para que volviera a ocupar su eterno lugar frente al televisor. Por el momento, dejaría las cosas como estaban. Pensaba encontrar el monedero en el placar de Paula y ese no era un buen momento para hacerlo: Gladis traíanaba por toda la casa y en un rato llegaría su mamá.

La idea de ir a buscar algunas respuestas comenzaba a instalarse alrededor de Julieta. Se acercaba y se alejaba....

Las pocas veces que había ido a la casa de Raquel (de Flora, en realidad), le había parecido un lugar triste. Tenía un aspecto de lóbreguez decadente. Siempre estaba en penumbras y los muebles eran muy oscuros. De las paredes mismas parecía salir un fuerte olor a naftalina. La cocina, por ejemplo, estaba pintada de un verdoso horrible. Y recordaba muy bien una espantosa vitrina con adornitos de porcelana (especialmente una bailarina estirada). Todo allí era inanimado y brillante. Se detuvo en esa imagen. No le hacía mucha gracia entrar furtivamente *ahí* para acechar cajones prohibidos.

¿En qué se había metido? Era una locura. Todo por hacer participar a José de algo que era tan, pero tan de ella. Mejor dejar las cosas como estaban y volver a disfrutar de las cartas de la señorita Flo... Aunque aquello también fue una imprudencia y lo hizo en secreto, cuidando muy bien de que nadie más en su casa lo supiera.

Julietta respiró profundo. ¿A quién quería engañar? Ya había saltado al charco y no solamente porque José la empujaba. Era ella la que se moría de ganas por encontrar alguna pieza más de esa historia que era la suya. Se miró en el espejo y se preguntó cómo sería Flora a su edad: además de las cejas, ¿tendrían otro parecido? Y estuvo segura: quería descubrirlo.

Algunas cosas inesperadas pasan de golpe, como la llegada de Flora. Y otras, las que se esperan ansiosamente, se miden con otros tiempos. El tiempo de la espora es espeso como el dulce de leche. Se vierte muy lentamente y va quedando adherido a su paso. Julieta era una gran artesana de la espera, pero igual se sintió pegajosa hasta la tarde siguiente.

Porque el momento finalmente llegó. Después de acompañar a Flora hasta su cama, Julieta escuchó atenta a que los sonidos de Nicolás se apagaran en la habitación contigua. Aquella siesta no habría ritual de lectura. Cuando el silencio indicó que era el momento apropiado, Julieta se dirigió a la habitación de su mamá. Tal como se había imaginado, Nicolás dormía en su cuna y Gladis en la cama. Se movió con mucho cuidado, abrió las puertas del placar y comenzó a buscar con la mirada. El monedero era grande y anticuado, de un color

verde loro que era imposible no distinguir. En los es-
tantes no estaba. Siguió buscando en los cajones, y na-
da. Entonces escuchó la voz de Gladis preguntando
qué necesitaba.

—Nada —contestó Julieta como al descuido—.
Busco una... pincita de depilar.

—Fijate en el baño —indicó Gladis.

Julieta salió indemne pero derrotada de aquel in-
tento. Hubiera jurado que su mamá había guardado el
dichoso monedero ahí. Ahora sí estaba perdida. Había
aceptado que quería ir a la casa de la tía Raquel a buscar
testimonios, pero eso de saltar tapias y entrar forzando
una ventana no era su estilo. No estaba dispuesta a pa-
sar por eso.

En medio de aquel debate consigo misma, Julieta
recordó haber visto a su mamá buscar los papeles de
Flora. Fue un *flash* en su memoria. La imagen clarita
de aquel día en que vino el médico a cambiar los reme-
dios. Por eso salió como un rayo hacia el mueble del *li-
ving*. Sobre el estante superior, donde habitualmente
guardaban las copas, vio una fila de cajitas, una bolsa
doblada y... el famoso monedero verde. ¡Genial!

Lo sacó, lo abrió girando unas bolitas de metal y en-
contró las llaves. Allí estaban, Flora había dicho bien.
Las introdujo rápidamente en el bolsillo. Además, en-
contró la dirección de la casa en el documento y la fi-
jó en su memoria. Cerró la puerta del mueble y volvió

a su pieza. Sentada frente a su escritorio, miró la caja
tallada y tuvo una sensación de profunda felicidad. Se
sentía bien el resbalón y era lo más parecido a la liber-
tad que pudiera recordar.

A la mañana siguiente, antes de salir hacia el cole-
gio, se aseguró de haber puesto la llave en el bolsillo de
la mochila. Para no confundirse, le había atado una
cinta azul. Llegó con una sensación de triunfo que ape-
nas sacó en una sonrisa despejada.

Cuando vio a José le hizo señas. Durante la clase in-
tercambiaron unas miradas disimuladas. Luego tocó el
timbre del primer recreo y esperaron hasta que todòs
los compañeros hubieran salido del aula. Entonces, Ju-
lieta sacó el trofeo de la mochila y en un susurro suges-
tivo, dijo:

—¡¿Adiviná lo que tengo?! —y balanceó las llaves
en el aire.

—¡Fantástico, changuita! —exclamó José arroján-
dole una mirada de aprobación—. ¿Fue muy difícil
encontrarlas?

—No demasiado —contestó Julieta—. Lo difícil
empieza ahora.

—Claro —dijo José—, habría que pensar cómo y
cuándo vamos...

—¿Adónde van? —preguntó Analía que había en-
trado sin que la vieran—. ¿O no me quieren contar?

Julieta sintió que había traicionado a su amiga, pero estaba a tiempo de arreglar las cosas. Por eso le contó todo el asunto y le aclaró que José estaba al tanto porque la había ayudado a pensar. Y también le explicó que los encuentros en la plaza habían sido casuales y que en ningún momento habían planeado dejarla fuera, solo que las cosas salieron así, sin querer...

Anaía no se mostró ofendida; en cambio, estaba muy exaltada. Primero, dijo que ella también quería ir a la casa de Raquel. Finalmente, aceptó participar en la organización de todo y ayudarlos con una buena coartada para cuidarles las espaldas. Quedaron en encontrarse en la plaza a la hora de la siesta. No volvieron a mencionar el tema en el curso, para no despertar sospechas.

Llegó el momento. Cuando apareció Julieta, Anaía ya estaba esperando. José llegó un rato después diciendo que se le habían ocurrido algunas cosas. Por ejemplo, que lo harían durante las horas del colegio. De esa manera, la familia de Julieta (especialmente) no sospecharía nada raro.

—Porque estuve averiguando —explicó José—, y el barrio donde está la casa queda bastante alejado. Vamos a tener por lo menos una hora de viaje para ir y otra para volver.

A Julieta, que no le interesaba tener problemas, eso de escaparse del colegio no le hizo demasiada gracia, pero

comprendió que era la única manera de ausentarse durante tanto tiempo sin que nadie se diera cuenta. Irían en ómnibus. Julieta sabía, porque había escuchado algunas veces, que el colectivo 34 iba para allá. Y por supuesto, había anotado la dirección exacta para no olvidarla. Quedaron en que Anaía llamaría a Gladis. Diría que Julieta se había quedado en la biblioteca y se demostraría un poco para llegar del colegio. Eso les daría algo más de tiempo.

—¿Y cuándo vamos? —preguntó Julieta.

—Mañana —contestó terminante José.

—¿Cómo mañana? —se asustó Julieta—. ¡Es muy pronto!

—Está todo planeado y tomaste la decisión —dijo José con firmeza—; tenés que hacerlo cuanto antes para no arrepentirte.

—¡Claro! —apoyó Anaía—. Vamos, Juli, vas a ver que todo sale bien.

Julieta pensó que tal vez tenían razón. Era ahora o nunca.

—Bueno —dijo—. Nos encontramos mañana a las siete y media en la parada del 34.

Avanzada la tarde, confirmaron el plan, repasaron las tareas de cada uno y se despidieron hasta el día siguiente.

Aquella noche la cama parecía especialmente incómoda y los ronquidos de Flora traspasaban los raperones de algodón. Julieta dio vueltas tratando de conciliar un sueño escurridizo y rebelde. Buscó en su cabeza alguna imagen distinta para burlar esa vigilia tramposa. Pero una y otra vez aparecían los desfiles interminables de Raqueles, Floras y señoritas Flo en balsas de palos.

Entrada la noche, se durmió con el cansancio de buscar el sueño. Y a la mañana siguiente se despertó sintiendo que un terremoto balanceaba su cama con furia. Era Sergio, que intentaba sacarla del aturdimiento en que había caído. Tuvo que vestirse en tres minutos, peinarse en dos y tomar el café con leche mientras llamaba el ascensor.

El apuro la salvó de cualquier titubeo de último momento.

En la parada, José le guiñó un ojo y le dijo:

—Pensé que te habías arrepentido y que ya no ibas a venir.

—Como ves, acá estoy —contestó con energía—, en vivo y en directo, dispuesta a invadir la casa de la tía Raquel y a encontrar unas cuantas cosas.

Cuando el ómnibus apareció, Julieta sintió un escalofrío de vértigo atravesarle el cuerpo. No hubiera podido explicarlo, pero le produjo una sensación de miedo que le gustó. El envión escalón arriba la peinó con un suspiro metálico y sintió el cuerpo liviano. José caminaba muy derecho. Como siempre, llamaba la atención con sus rulos flotantes y esos ojos que buscaban a las otras miradas.

Consiguieron sentarse y comenzaron a repasar lo que iban a hacer.

—Traje una linterna —dijo José—, por las dudas que la luz esté desconectada.

—¡Muy buena idea! —aseguró Julieta—. Es una casa oscura a cualquier hora del día.

Y siguieron. Mientras viajaron, charlaron sin pausa. Julieta nunca había hablado tanto y tan fácil con un chico. Lo increíble era que después de toda la historia, saliera así de natural. Porque José seguía siendo muy diferente. Sobre todo muy distinto de Julieta.

Llegaron al barrio casi sin darse cuenta. Caminaron unas cuadras, atravesaron las vías y salieron a unas ca-

lles tranquilas. Todas las casas eran bastante parecidas, como de la misma época. Con el frente granizado con piedritas y jardines con baldosas. Se cruzaron con señoras que pasaban con las bolsas de hacer las compras y unos monederos enormes debajo del brazo.

Julieta se dio cuenta de que, en ese lugar, José se notaba todavía más. Le pareció que las miradas de las mujeres se arrastraban sobre su amigo con aires de desconfianza. O tal vez era su propio miedo.

—Es en la próxima cuadra —dijo Julieta.

—Bueno —contestó José, y advirtió—: tenemos que entrar con toda familiaridad. Si tratamos de ocultarnos o pasar desapercibidos, seguro sospechan algo.

Julieta se mordió los labios para no decirle que lo que más llamaba la atención era él.

Camminaron con paso firme, muy rápido. Afortunadamente, en el momento de entrar, la vereda estaba desierta. Pusieron la llave y abrieron la puerta sin dificultad. Una vez adentro, volvieron a cerrar y quitaron la llave. A lo mejor, por costumbre.

En verdad era un lugar oscuro. José tanteó la pared y oprimió la llave de la luz. Julieta vio cómo se encendía y tuvo una corazonada. Pensó que tal vez podría verse desde afuera por los resquicios de las persianas.

—¡Apagá! —dijo energicamente Julieta.

José hizo caso y sacó la linterna.

—Es verdad. Si hacemos pocos cambios, mejor.

Julietta miró a su alrededor. Los ojos se acostumbraron a la penumbra y pudieron ver sin dificultad. Un olor a desinfectante concentrado los envolvió. Parecía que formaba parte de la casa. Probablemente saliera de sus mismos cimientos, porque ya habían pasado unas semanas desde que la tía se había operado y durante todo ese tiempo nadie había hecho limpieza general, seguro.

—Por aquí no debe de haber nada —dijo José—. Vamos para adentro.

—¡Qué casa fea! —comentó Julieta, levantando una frutera de plástico.

—Decís eso porque no viste el lugar donde vivo yo —respondió José—. A mí esta me parece de lo más cómoda, changuita... Qué querés que te diga.

Julietta lo miró asombrada. Siempre se sorprendía con la sinceridad desnuda de José. Hicieron un recorrido breve por todas las habitaciones hasta llegar a una pieza. Empezaron a revisar, pero pronto Julieta se dio cuenta de que estaban en el sitio equivocado. Evidentemente allí dormía Raquel.

Pasaron a la otra, la de Flora. Era un lugar austero. Apenas tenía una cama, la mesita de luz y un ropero. Mejor. Eso facilitaba la búsqueda. Comenzaron a revisar los cajones de la cómoda. Encontraron lo usual: ropa y otros artículos; pero nada de lo que esperaban.

De pronto, Julieta divisó una caja arriba del ropero. La bajaron con cuidado y comprendieron que era lo

que buscaban. Un álbum de cuero marrón con letras doradas apareció lleno de promesas ocultas.

El corazón de Julieta se detuvo cuando lo vio. Quería abrirlo, pero no... Quería ver a Flora y a Anita, pero no...

Sí, sí quería.

José estaba sentado en el piso, cerca de ella. No hacía ningún movimiento.

De golpe, el corazón de Julieta volvió a paralizarse. Unos ruidos provenientes de la puerta de entrada los dejaron duros como estatuas. Se pudo escuchar el sonido metálico de una llave girando en la cerradura. Sin pensarlo dos veces, José dijo:

—Debajo de la cama.

Se deslizaron de panza, con caja y todo.

La puerta se abrió y unos pasos apresurados se dirigieron a la cocina. Los primeros eran de una mujer porque usaba tacos, pero había alguien más. Vieron el resplandor de la luz que se prendió y escucharon una voz que decía:

—Es la tercera vez, esta semana, que me hace venir a buscar algo. ¡Está insoportable!

Otra voz, ahora de un hombre, respondió algo. No pudieron escuchar bien qué decía, pero comprendieron claramente que la mujer contestaba:

—Mirá, espero que termine de recuperarse de una buena vez y vuelva para acá.

Hubo una pausa con ruido de heladera que se abría y de agua que llenaba un vaso.

—Esperame acá un momentito, que yo busco la revista de tejido y vuelvo —dijo la mujer después de unos instantes—. Vos tomá el agua tranquilo, Manuel, no hay ningún apuro.

Julietta le pegó un codazo a José y le susurró:

—Esa es mi prima Rita, que no tiene ningún apuro. Pudieron ver los pies pasar hacia la pieza de Raquel y al rato volver a la cocina. Y pasar una vez más. Cuando escucharon el ruido del depósito del baño, comprendieron dónde estaba la prima Rita...

Advirtieron que los visitantes permanecían un rato en la cocina. Después escucharon los pasos, la luz se apagó y la puerta volvió a cerrarse con llave. Así como llegaron, se fueron. Eso fue todo.

Por las dudas, se quedaron debajo de la cama unos minutos más. José prendió la linterna, iluminó a Julietta y lanzó una carcajada.

—¡Casi, casi, changuita! —dijo en un tono bur-lón—. ¡Qué susto!, ¡¿eh? ¡Tu prima no nos descubrió por un pelito.

Julietta seguía acostada abrazando la caja, con las mejillas rojas de miedo, excitación y de aguantar la risa que largó toda de golpe contagiada por José. Y estuvieron riéndose debajo de la cama, hasta que el polvillo de varios días les provocó una tos frenética.

Apenas salieron, volvieron a abrir la caja. Sentada en el piso, Julietta pasó las páginas del álbum con emoción. En la primera hoja estaban los padres de Flora, que eran sus bisabuelos. Hasta ese momento nunca los había visto. Eran fotos retocadas y coloreadas, de esas que cambian un poco las expresiones de la gente. De todas maneras, Julietta pensó que la mujer parecía fatalmente amarga. Por supuesto que jamás podría caerle simpática, después de leer las cartas de Flora. Aún así, le pareció objetivamente desagradable y estirada. Seguían las fotos de unas chicas. Apenas las vio, Julietta estuvo segura de quiénes eran. Realmente parecían muy distintas.

La mayor (evidentemente se trataba de Anita) era hermosa, tenía un porte femenino al extremo. El rostro angelical con cierto toque de fragilidad y una sonrisa muy suave. Se detuvo en ese aspecto de calma. Por eso creyó reconocer su aire familiar. A lo mejor, por ese signo mínimo, Flora insistía en llamarla igual.

Su abuela, en cambio, tenía un aspecto enérgico. Aparecía en posturas definidas, con el rostro anguloso y una mirada firme. Comprendió que estaba viendo a la señorita Flo y quiso más. Se inclinó para observar mejor. Esas fotos serían de la misma época que las cartas. Un poco antes, tal vez. Observó que las cejas de su abuela eran gruesas como las de ella, pero tuvo que reconocer que dentro del conjunto no se parecían demasiado.

Al dar vuelta una página, se encontró con una Flora mayor, vestida de novia junto a su abuelo. A él sí lo había visto alguna que otra vez, porque su mamá tenía fotos. Habrían pasado varios años entre aquella señorita Flo de la página anterior, casi niña, y esa señora. Volvió a mirar y comprendió que ese salto en el tiempo, esa ausencia de huellas, repetía los interrogantes: ¿Qué ocurrió con Flora después de aquel verano en Ciénaga del Quebrachal? ¿Adónde habían ido a parar todos aquellos sueños? ¿Había logrado cumplirlos? ¿Un poco, al menos? Revisó otra vez las fotografías y sintió que no alcanzaba con lo que había podido ver. Era como si faltara algo.

José la interrumpió indicando que era tarde. “¿Por qué no te llevás el álbum en la mochila?”, sugirió. Julieta lo hizo para terminar de mirarlo detenidamente en su casa... o en algún otro lugar. Total, su mamá era tan despistada que seguro creería que Raquel lo había mandado con el equipaje de Flora. Manotearon los papeles, pero no encontraron nada. Julieta esperaba ver alguno de los nombres presentes en las cartas, pero ningún documento mencionaba a Anita y mucho menos a Shimu o a la familia Luna. Recordó que en algún momento había tenido la fantasía de que Shimu hubiera sido su abuelo, el marido de Flora. Pero fue una idea loca, que desechó inmediatamente. Datos evidentes echaban por tierra esa conjetura. Por ejemplo, siem-

pre se habían referido a él como “el abuelo Jorge”, nada que ver con Simón.

Ya no podían demorarse más. Con la extraña sensación de interrumpir algo que quedaría inconcluso, Julieta cerró la caja y volvió a ponerla en su lugar. Dejaron todo como lo había encontrado y salieron, cerrando con llave las esperanzas de Julieta. Por lo menos, eso fue lo que ella sintió.

Caminaron callados hasta la parada. De vez en cuando, José arrojaba alguna mirada inquisidora que Julieta esquivaba. Finalmente, y como no era de darle vueltas a las cosas, le dijo:

—Y, bueno, changuita, podemos volver otro día y seguir buscando.

Julieta apenas bajó los ojos y deslizó una sonrisa triste.

—Me parece que no se trata de eso, José —intentó explicar—; creo que las respuestas que busco no están en ningún lado... se fueron con la memoria de Flora.

El viaje de vuelta transcurrió silencioso. Julieta, buscando en algún lugar sus propias preguntas. Y José, por fin, pasando casi inadvertido.

Julieta se despidió de José y caminó. Sin darse cuenta, caminó. Sentía la necesidad de estar un rato sola. Tampoco había dispuesto llegar a la plaza, pero llegó. Se sentó en el banco que estaba cerca del ombú. Dejó

La mochila sobre el asiento y se estiró. Alargó todo el cuerpo para que la tristeza se despararramara. Porque cuando se le juntaba en el pecho, entonces, salía en esos ataques de llanto que no podía parar. Miró el árbol y volvió a pensar en Flora. Recorrió con la mirada las curvas mansas y esas raíces gruesas, que salían de la tierra como si quisieran lanzarse a caminar. Pensó en esa sensación de querer moverse y sentirse atrapada. Pero... ¿era Flora o ella? Tuvo la impresión de volver en el tiempo. Reflotar ese caos de sentimientos que la dejaba estaqueada en medio de la nada. A lo mejor, era ella la que estaba atrapada, la que no lograba moverse en el mundo. ¿Y si los sentimientos no eran quietos? ¿Y si ella tenía que seguirlos en sus movimientos para acomodarlos una y otra vez? Tal vez, las cosas no eran definitivas.

Ahora mismo, a lo mejor, estaba un poco triste, pero también un poco feliz. Julieta se acordó de los minutos que había pasado escondida con José y una sonrisa se le dibujó por dentro. Y eso no cambiaba nada, porque todavía tenía cierto gusto a decepción en la boca. Aún, hubiera querido encontrar algo... para saber. Las cosas no podían ser perfectas, parecía. "De todas maneras", pensó, "esto es un buen hallazgo". Al menos ahora sabía que las respuestas no eran solo para Flora. Tampoco el motivo de su interés era simple curiosidad. De a poquito espiaba en sus ganas. Aunque lo que viera no

fuera lo que esperaba. O lo que los demás esperaban. Era su paisaje. Sencillamente eso.

Arrojó una última mirada al ombú. Casi no podía ver el cielo entre tantas hojas de la copa. Levantó la mochila y caminó hacia el departamento. Con paso firme y destino seguro esta vez.

Flora estaba asomada por la ventana. Un haz de luz entraba y la inundaba. Millones de partículas blancas danzaban a su alrededor. El resplandor no parecía molestarla. A lo mejor, trataba de florecer en la primavera que se aproximaba. A Julieta le gustó la idea. Buscó una silla y se sentó a su lado. Flora seguía inmutable, tratando vaya a saber qué pensamientos en qué lugares recónditos...

Julieta acarició su mano muy suavemente. Apenas rozando. Y la sintió tibia.

—¿Qué pasó con Shimu, Flo? —preguntó con voz tenue asomando entre los labios.

—Salió con el abuelo, Anita... Salió con el abuelo... salió...

Julieta sonrió y saludó a Gladis que aparecía:

—¿Todo bien? —preguntó a la mujer.

—Todo bien, Juli, ¿y vos?

—Como siempre, mucho trabajo para el colegio —contestó Julieta, y pasó a la cocina donde, afortunadamente, había un plato esperándola.

Más tarde, volvió a abandonarse a las ideas y pensó en la casa de los abuelos de la señorita Flo. Y casi entendió que Flora preferiera quedarse allá. Algún día iría para conocer. Sí. Eso estaría bien... y podría buscar a Shimu. ¿Quién sabe? A lo mejor, era un viejito divertido. ¿Una especie de José anciano? ¿Por qué no? Y tal vez recordara todo, y hasta era posible que supiera qué había sido de Ana. ¡¿Y si conmovida por las cartas de su hermana se había instalado en Ciénaga del Quebrachal?!... Estaba yendo demasiado lejos. Demasiado para una "chica razonable".

La voz de Analía la trajo de allá adentro. Salió a recibir a su amiga que había llegado. Al instante comprendió que desbordaba de impaciencia. Pudo ver cómo se desarmaba en gestos y miradas. Cómo escudriñaba a Flora, abriendo grandes los ojos y poniendo cara de pregunta. La manera en que saludó a Gladis y le preguntó, con una amabilidad desmedida, por todos los miembros de su familia. Julieta decidió que había que sacarla inmediatamente de ahí, si no quería que hasta Nicolás sospechara algo.

La invitó a pasar a la pieza para que pudieran hablar tranquilas. Analía estaba loca de curiosidad:

—¿Te animaste? ¿Encontraron la casa? ¿Entraron? ¡Contame de una vez qué pasó!

Julieta, con esa calma suya tan contagiosa, describió el viaje a la casa de la tía Raquel y se detuvo en los de-

talles que merecieron sonrisas. Después le explicó que, en realidad, no había logrado encontrar lo que buscaba. Ninguna respuesta cierta...

—Bueno —intervino Analía—, y qué tal con José.

—Me ayudó bastante —dijo Julieta—. Viste cómo es él, que no le tiene miedo a nada.

—Es un chico raro, pero bastante simpático... una vez que lo conocés.

—Sí, supongo.

—¿Vendrá a la fiesta? —se interesó de repente Analía.

—¿Qué fiesta? —preguntó Julieta.

—Ahhh, vos no sabés... Sofía va a hacer una fiesta del día del estudiante para todos. Me llamó hace un rato y me contó que su mamá le dio permiso... ¡Qué bueno!, ¿no? La mía me mata si lo intento. —Analía la miró—: ¿Vas a ir?

—Me imagino que sí —se entusiasmó Julieta—. ¿A vos te dejan?

—Claro, porque la desubicada de mi vieja ya llamó por teléfono a la mamá de Sofía y la bombardeó a preguntas. Ya la conocés... que quién va a estar cuidando, que hasta qué hora y todo eso.

—¿Y va a invitar a todos los chicos?

—Sí. A todos... incluido Tomás... Hay que llevar algo para comer y una flor para adornar... idea de Victoria. Viste que ahora se le dio por las manualidades.

Justo en ese momento sonó el teléfono. Era Sofía. Y la fiesta. Un salto a su propio tiempo. Un encuentro consigo misma lejos de esa abuela que había aparecido súbitamente en su vida. Que la había atrapado en los laberintos de su memoria descascarada. Una celebración de su propia primavera.

Después de charlar un rato más sobre la fiesta, Analía se fue. Julieta no dijo nada, pero le había gustado la idea de hacer una flor. Siempre disfrutaba de transformar un poco el mundo. Ensayó convertir dis tintos papeluchos en pétalos, fabricar pequeños estambres, tallos erguidos y hojas de delicadas nervaduras, dibujadas una por una. También podría hacer un pequeño insecto posado...

Pasó toda la tarde entre tijeras, hojas de seda, alambres, témperas, pinceles. Al final, hizo unos diminutos paquetes de algodón que impregnó de su perfume favorito y depositó con toda suavidad dentro de cada flor. Entonces, armó un ramo que colocó en un jarrón, sobre la mesa de luz. Exactamente junto al vasito con los dientes de Flora.

Julieta salió de su cuarto con satisfacción. Todos estaban de buen humor aquel día. Paula la recibió en la cocina con una enorme sonrisa entre los pelos despeinados. Sergio, tirado sobre la alfombra, hacía reír a Nicolás escondiéndose detrás de una servilleta y volviendo a salir. Y Flora... estaba mirándolos. Julieta se acercó

para observar sus ojitos arrugados y, sí, algo como un mohín risueño asomaba en sus labios. Nunca había visto a su abuela tan para afuera, tan conectada. Podría jurar que su rostro reflejaba algo de lo que pasaba entre Sergio y Nicolás. Estaba segura de que percibía y disfrutaba de aquella escena.

La cena también fue un buen momento. Paula se había esmerado en la comida. Un afortunado pollo dorminaba una fuente, entre papas crujientes y doradas. Y hablaron sin gritos, ni confusiones. Simplemente dejaron deslizarse palabras amables. Cuando terminaron de comer, levantaron la mesa y cada uno se retiró a su habitación. Paula ayudó a Flora a cambiarse, la acompañó a la cama y se fue.

Julieta, que ya estaba acostada, miró a su abuela. La miró, como todas las noches, mientras se ponía los tapones en los oídos. Por eso, lo único que pudo hacer fue sorprenderse, cuando vio que se incorporaba y se acercaba al ramo de flores.

—¡No, Flo! —le dijo intentando no asustarla, pero tratando de evitar que desparramara todo por el piso.

Y no. Su abuela, con las manos apoyadas sobre la almohada, acercó la nariz con dificultad a las flores blancas y dijo:

—Ay, Anita, cortadas no duran nada. La abuela no quiere que las corten. No quiere. No le gusta. Olé, Anita, olé.

Julietta apenas podía creer.

—A vos te gustan tanto —siguió Flora—. ¿Cierto que te gustan? ¿Sí? —Unas lágrimas espesas empezaron a escurrirse por la cara de Flora que seguía oliendo y preguntando—: ¿Cierto, Anita?, ¿cierto? —y lo increíble era que por ese llanto no asomaba ninguna angustia. La voz salía clara.

El cuerpo de Flora se deslizó entre las sábanas lentamente, hasta quedar acostada por completo. Julieta percibió que ese cuerpo se volvía flexible para conquistar las alas del sueño. Y saludó:

—Hasta mañana, señorita Flo.

Al día siguiente, un solo tema ocupó las charlas en el colegio: la fiesta de Sofía. Las chicas revoloteaban como gorriones y los chicos bromeaban todo el tiempo. Un clima de diversión contagió a todo el mundo.

José estaba de muy buen humor. Soltaba comentarios afilados y hacía gala de un ingenio realmente inspirado. Fácilmente conquistó una posición al centro de la ronda. Con el cuerpo hablando, como siempre, y aquella irreverencia que le salía por los poros. Era un poco bufón y un poco rey también.

Julietta volvió a su casa sin acordarse de nada. Con la levedad del aire tibio que la envolvía y las risas de los amigos que la acompañaban.

Entró sin darse cuenta y no vio a Flora en el sillón de la tele. Ni en la silla junto a la ventana. Por un instante, su cuerpo se retorció con un presentimiento helado.

—¡Gladis! —gritó, mientras corría a su pieza—. ¿Dónde está Flora?

No fue necesario escuchar la respuesta. Se detuvo en la puerta para verla sentada frente a las flores. Como una diosa oriental, envuelta en su bata blanca. Inmóvil y grande. Apenas el ínfimo vaivén de las aletas de la nariz y algún temblor en la punta de los dedos.

Julietta se acercó, y dijo:

—Esta siesta vamos a leer una carta, señorita Flo. Lo prometo.

Y sintió que todo volvía de repente, tan fácil como se había ido. O mejor, que todas las cosas estaban siembre ahí. Flora estuvo en el colegio y probablemente fuera también a la fiesta. Porque ya era parte de ella. Porque sabía. Podía olvidarse por un tiempo largo o corto, pero no desaparecía.

El ritual se inició a la hora de siempre. La casa silenciosa acompañaba. Flora sobre su cama, de cara al techo, y Julieta con la caja tallada entre sus manos.

Como cada vez, deslizó la tapa muy despacio y sacó la caja pequeña con suavidad. Pero no llegó a abrirla. Sus ojos se detuvieron por un instante en aquel sobre suelto. Ese que estaba arrugado entre las alhajas. Dejado como al descuido. Era muy distinto de las otras cartas que, evidentemente, Flora había preservado con extremo cuidado y hasta podía advertirse que habían sido abiertas apenas alguna vez. En cambio, este

tenía las esquinas gastadas y la tinta corrida en algunos sitios.

Julietta arrojó una mirada a Flora, que esperaba con serenidad. Y sacó aquel papel olvidado, desenredando aros y collares.

Era una carta dirigida a su abuela. "Señorita Flora Martínez" decía en el frente. Y en el remitente, un nombre que había visto antes: "Ángela Mayo"... ¡la abuela de Floral!

Desplegó las páginas y comenzó a leer:

Mi querida, queridísima Flo:

15 de febrero de 1939

No te imaginas lo que hubiera deseado, mi adorada nieta, poder quedarme contigo. Pero al fin he comprendido que así fue mejor. Tú, pobre madre, que Dios la ayude, ha quedado desgarrada por el dolor; y mi presencia le hacía temer perderte también a ti. Debes comprenderla y ayudarla en este difícil momento.

Hace apenas unas horas he llegado a Ciénaga del Quebrachal, después del viaje que conoces. Y a mis años, mi pequeña, ya no es fácil. De todos modos, no he podido dormirme pensando en todo esto una y otra vez. Pero sobre todo he querido escribirte para estar cerca de ti, acompañarte a la distancia, aunque las palabras no alcancen. Estas pobres líneas pretenden ser un largo, largo abrazo.

Julietá miró a Flora, asustada. Temía seguir leyendo. Ya sentía una enorme congoja humedeciendo cada palabra. Penetrando hasta los huesos de esos pequeños esqueletos que eran las letras. Pero su abuela estaba bien. Esperando. Ávida de la voz que le devolvía la memoria.

—¿Y, Anita? Seguí...

Todo sucedió tan inesperadamente que se hace difícil de entender. Aquella mañana en que llegó el telegrama de la desdicha, estabas tan feliz. Te habías atrevido a contarme cuánto soñabas con quedarte a vivir aquí, "en este pueblo mágico", dijiste. Lo recuerdo bien porque te vi y comprendí que era un deseo muy fuerte. Con esa determinación tenaz que pones en todo. Y comprendí que Ciénaga es un buen refugio para tu espíritu libre.

Quiero decirte que esta horrible pesadilla solo posterga ese deseo. Yo cuidaré este lugar para que pueda recibirte, así como te ha despedido. También Shimu, Shefe y Antula, que apenas pudieron saludarte, lo harán. Hasta el pequeño Shuscu, que preguntó por ti cuando nos vio llegar. Ahora hay que esperar; dejar que cierren las heridas y tu madre vuelva a encontrar su destino. Tu padre la ayudará. Él es un hombre fuerte. Lo conozco bien porque es mi hijo y sé que su fibra, como la tuya, es resistente.

Tu abuelo me ha contado durante el viaje de vuelta que quieres ser enfermera. Y me lo ha dicho con lágrimas en los ojos, porque es algo que lo llena de orgullo. Me

confesó que había imaginado muchas cosas; pero, especialmente, trabajar todos los días contigo. Contagiarse de las fuerzas de tu juventud, ese ímpetu desbordante que tienes, y de tu talento, salvaje como estos parajes. Porque, y de esto no debes olvidarte nunca, nosotros te amamos. Tanto como amáramos a la pobre Anita, que no pudimos disfrutar. Y nada nos haría más felices que tenerte con nosotros todo el tiempo. Pero somos viejos y hemos vivido mucho. Sabemos que no hay sequía que dure para siempre. Podremos esperar hasta que tu madre entienda cuál es tu elección y pueda respetarla.

Ahora, tu sitio está junto a ella, para que pueda consolarse con tu compañía. No te preocupes por sus desaires, su corazón está amargado por el dolor. Y tienes que saber que nadie puede compararse con nadie. Cada uno tiene un valor especial y diferente. Eso es algo que he aprendido muy bien de esta gente sencilla y sabia que me rodea. Anita fue una joven bella, es verdad, pero está claro que aquella exquisitez de porte y donosura no le alcanzó para vivir. Es algo que tu madre de ninguna manera podrá entender y no debes intentar decírselo. Simplemente es algo que guardarás para ser un poco más sabia después del espanto. Porque una no debe salir igual, mi querida Flo.

La suave melancolía de tu hermana no era un gesto angelical. Me reprocho por no haber podido darme cuenta antes de todas estas cosas y estar más cerca. Pero también comprendo que hay acontecimientos inevitables, y por tristes que sean, son. Y hay que seguir adelante.

Mi hermosa Flo, quisiera decirte tanto, que no alcanzarían las palabras. Acompaña a tu padre en este duro trance y no te olvides de tus sueños. Cuidalos como yo a mis plantas, ya florecerán.

Aquí el tiempo pasa muy lentamente, ¿sabes?

Nos besa en la frente y sigue de largo. Marcha rumbo a las grandes ciudades donde viven apurados. Por eso aquí van a estar, cuando vengas, el sol que abraza y las cigarras de la tarde. Cada año, el río se verterá sobre el monte para que lo veas sorprendida como aquella vez. Y los membrillos de Seagal se abrirán en las manos de las mujeres en el tamiz.

Y Anita ha dejado su huella en ti, Flo, a través de tu memoria. Atravesará la muerte durante el tiempo que puedas recordarla. De la misma manera en que se fue, fresca como un suspiro. Y le pondremos flores blancas en algún sitio propio. Allí, donde nuestros ojos puedan verlas.

Julietta interrumpió la lectura atravesada por la sorpresa. Sobre la mesa de luz estaba su ramo de flores blancas, de papel casi transparente. Ese que había creado para la fiesta pensando en las damas de noche de Ciénaga del Quebrachal. Y ahora emergían como una ofrenda involuntaria. Se estremeció, pero los ojos de Flora, llenos, le devolvieron la calma.

Consentiré, por esta vez, en ese gesto que siempre he pensado inútil. No lo será ahora. En este mismo mo-

mento, comienzo buscando un ramo de azahares de limonero, que cortaré junto a unos nardos fragantes, y los pondré sobre la mesita de la entrada. Te prometo, además, repetir el mismo acto hasta el día en que podamos completarlo juntas y luego... Entonces decidiremos cómo seguir.

Con profundísimo amor, tu abuela,

Ángela

Allí estaba. El secreto que buscaba. Julieta se sorprendió de aquel sobre olvidado. Y era espantosamente triste. La respuesta, o parte importante de ella, había estado frente a sus ojos cada vez. De la manera más obvia. ¿Por qué razón no había comenzado por aquel papel omitido? Había aparecido en el momento justo. Como si la historia se hubiera armado de aquella manera, invitando al viaje. Había sido un largo trayecto, con un comienzo lejano, curvas, laberintos, idas y vueltas... Ahora mismo podía ver que las páginas tenían rastros de lágrimas, huellas de múltiples lecturas: ¿cuántas veces Flora habría desplegado esa carta? La miró y la sintió tan señorita Flo.

Con lágrimas en los ojos, Flora se acercó a las flores blancas para sumergirse en el perfume que desprendían. ¿Estaría atrapando el recuerdo de Anita en su red de mediomundo?

Julietta volvió sus sentidos sobre las páginas y notó que entre sus manos aún había más. Descubrió en el

sobre un recorte de diario. Lo leyó y lloró en silencio por Anita, a quien nunca había visto, y por su abuela, a quien comenzaba a ver...

No pudo leerle el recorte a Flora. La voz no lograba salir. Siguió las líneas impersonales, con la vista nublada.

Esta madrugada, la población de Punta Caracoles se ha visto conternada por una terrible noticia. El cuerpo de una joven turista fue hallado sin vida junto al malecón. Se trataría de Ana Martínez, de 18 años de edad. Los médicos forenses sugieren que apenas

habrían transcurrido pocas horas desde el deceso hasta el momento en que fue hallada.

La familia no ha querido realizar ninguna declaración, solamente comunicó que el cuerpo será trasladado y recibirá cristiana sepultura en el cementerio de La Sagrada Madre.

Julietta leyó la fecha en el margen superior: "10 de febrero de 1939". ¡Qué horror!

Ahora estaba segura. Anita jamás había leído aquellas bellísimas cartas que su hermana le había destinado. No pudieron encontrarse a trazar los itinerarios de cada una. Jamás consiguieron reírse juntas de los resbalones en el barro. Y tampoco charlar sobre los chicos Luna, ni de los deseos de la "señorita Flo".

Probablemente, la misma Flora, a su vuelta, durante aquellos días aciagos en que habría dejado sus sueños por la tragedia, abriera los sobres sellados, rompiendo la promesa inútil.

Entonces, inútil. Ahora... ahora, tal vez reanudado su sentido en la lectura de Julieta... De Julieta-nieta, Julieta-Anita, Julieta-promesa y memoria.

¿Jamás habría vuelto la señorita Flo a Ciénaga del Quebrachal? ¿Qué pasó con sus abuelos? ¿Cómo fue su vida sin Anita? ¿Y sus ganas de ser enfermera? ¿Y Shimu?... Las preguntas se multiplicaron en la cabeza de Julieta.

Había encontrado algo; sin embargo, no era todo. Un final y un comienzo diferentes. ¿El final de la señorita Flo? No. Definitivamente, eso no podía ser porque todavía Flo estaba en Flora.

Miró su escritorio. Dentro del cajón estaba el álbum de cuero. Lo sacó y se sentó junto a su abuela. Pasó las páginas muy lentamente. Sin hablar. Iba imaginando los acontecimientos en los retratos. Cada escena desplegaba situaciones cruzadas con las palabras salidas de las cartas. Flora seguía la travesía inclinada junto a Julieta. Cada foto le sacaba un suspiro. Cuando llegaron a la de su casamiento se sonrió. Julieta la miró sorprendida. Por alguna razón, hasta ese momento había creído que esa imagen correspondía a la serie de la decepción: "lo que había tenido que hacer, por no poder hacer lo que hubiera querido hacer". Pero, ¿y si no era así? Hace poco había pensado que las cosas no son definitivas. A lo mejor, Flora cambió y la señorita Flo no se había perdido. La cabeza de Julieta no podía parar.

Armaba y desarmaba los juegos de sentidos. Y con toda facilidad movía a Flora como comodín. Ella misma cambiaba de posición todo el tiempo en un baile loco de posibilidades.

Lo que su abuela había descubierto de sí misma en Ciénaga del Quebrachal fue una conguista, que podía sumarse a otras. Y los sueños, sospechó Julieta, a lo mejor podían cumplirse de muy diversas formas. No se pierden, solo se transforman... ¿Dónde había escuchado aquello? Era una idea hermosa. Ella misma era parte de todo y de aquel cumplimiento de sueño postergado o actualizado o renovado.

Sentada en la cama, de espaldas a la puerta, no percibió que Paula había entrado. La vio parada repentinamente y escuchó que preguntaba:

—¿Me invitan?

Flora la miró. Julieta pudo pescar ese movimiento y después escuchó que decía:

—Vení, Paulita, venííí...

Julieta escuchó sorprendida cómo Flora llamaba a su mamá. Decía su nombre sin equivocarse esta vez.

Paula se acercó despacio y se sentó. Cruzándose sobre Flora, acarició la mano de Julieta que sostenía el álbum abierto.

—Hace tanto que no veo esas fotos —dijo—. Qué bueno que la abuela las trajera, ¿no, Juli? Así las miramos juntas y te cuento.

Julieta la miró con los ojos llenos de lágrimas y la abrazó muy fuerte.

El tiempo del descubrimiento es vertiginoso. Por eso, Julieta no supo que habían pasado tantas horas dentro de la habitación. No percibió que la tarde estaba cayendo y no imaginó que Paula llegaría.

Pero eso también le permitió que la tomara por sorpresa. Y lo disfrutó. Si repasaba con detenimiento, podía ver que habían salido buenas cosas de lo inesperado.

Ese encuentro en su habitación fue misteriosamente perfecto, si lo perfecto existe. Tiradas sobre almohadones en el piso, Julieta y Paula hablaron sin apuro, mientras Flora las contemplaba. Unas veces, hundida en algún pensamiento profundo; otras, con un gesto casual.

Julieta echó a volar el secreto de las cartas, sin rodeos. Y se sintió ligera como el viento. Libre y desanudada. Deslizándose entre los pliegues del tiempo con comodidad. Acariciando el fondo de su historia de la mano de su mamá. No hubo tropiezos, ni razón para ocultamientos. Dejó caer las preguntas naturalmente.

De ese modo, supo que Paula conocía la historia de Anita. Flora la había contado muchas veces, mientras regaba amorosamente una planta de jazmín del Cabo, que daba las flores de la ofrenda y crecía en medio del patio interno de la casa. Una que se secó al mismo tiempo que la memoria de Flora.

También supo que su abuela había referido el relato de la tía Ana de mil maneras, sin contarlo realmente. Un día, Raquel se dio cuenta y le explicó a Paula lo que había pasado. No obstante, siguieron escuchando del ángel que se había montado sobre las olas para salir al galope por el mar. Por el placer de escuchar, nomás.

También hablaron de Ciénaga del Quebrachal. Flo-
ra había mencionado aquel lugar muy pocas veces. Paula creyó recordar vagamente. Evocó cierto tono de nostalgia emergiendo de aquel nombre lejano. No sabía nada de sus bisabuelos, porque no los había llegado a conocer. Entonces, juntas concluyeron que Flora había decidido no volver después de lo de Anita.

Paula leyó algunos párrafos de las primeras cartas y se entusiasmó. Trajo un mapa y buscó el lugar. Estaba apenas señalado, el nombre aparecía en letras muy pequeñas. Asomaba entre líneas de puntos y referencias espaciadas. Julieta pegó un grito de emoción cuando lo vio. Ahí estaba, de verdad. Y una rayita azul marcaba el río Bañado de la Sal. Casi imaginó que aparecerían Shimu y su familia.

Hubieran seguido, si Sergio no aparecía para decirles que la comida ya estaba lista.

Antes de dormirse, Julieta pensó en su mamá. Y en su abuela. Descubrió que el clima había sido distinto. A partir de la entrada de Paula, el momento había cam-

biado. Su mamá se incluyó en algo diferente. Sacó la historia para afuera y la miró con cierta distancia. Y estuvo bien. Porque el encuentro maravilloso sucedía solamente entre ella y Flo. Las cartas eran un espacio para Julieta, Flora y, en todo caso, la señorita Flo.

Aquella noche, Julieta tuvo unos sueños claros y se despertó con imágenes como vistas desde la ventanilla de un tren. Se quedó un rato en la cama intentando continuarlo con el permiso absoluto de la fantasía, ahí, apenas despertando. Recorrió parajes exóticos con pájaros de colores y personajes amigables. Caminó por unas calles de tierra craqueladas por el sol y llegó a la casa de los abuelos de Flora. (¿Existiría?) Miró la balsa apoyada contra la pared de la galería y olió las damas de noche cerrándose con la llegada del día.

Se levantó de un salto. Agarró las flores y se lanzó hacia el colegio.

Los días de septiembre venían con alas. En el colegio, volaban papelitos con mensajes, secretos sin nombres y risas sofocadas. Sofía era la sacerdotisa del curso, soltaba oráculos sobre la fiesta y recogía los detalles ornamentales en una bolsa enorme. Disfrutaba de su reinado efímero con voracidad. Era la primera vez que alguien del curso hacía una fiesta así.

Julieta creyó prudente dejar de lado sus últimos descubrimientos porque no cabían entre tanta alegría.

Y por otro lado, ahora que su mamá sabía, habían quedado guardados en su mundo privado.

José ganaba terreno entre los compañeros. Con algunos chispazos de vez en cuando, aunque suavizados por el enorme trabajo con que desarrollaba cada escena. Él mismo se pudo correr del lugar del "extranjero" a una zona indefinida.

El día de la fiesta, Analía invitó a Julieta a su casa. Planearon prepararse juntas. Después su mamá las llevaría, por supuesto.

El sábado era el día elegido. Se vistieron cuidando cada detalle. Se miraron largamente al espejo. No les hizo falta hada madrina, ni zapatitos de cristal, para sentirse especiales. Subieron a la carroza (el auto de Analía era una nave espacial impecable, tan apropiado) y arribaron al salón de las Flores.

Sofía había hecho un excelente trabajo. Del techo pendían racimos florales y cada tanto una mariposa transparente. Hacia un costado, contra la pared, había una mesa vestida con un mantel blanco. Sobre ella, en un jarrón estirado, estaban las damas de noche. Julieta pudo verlas apenas entró. Y lo disfrutó. En algunos rincones había velitas aromáticas. Y un halo de esplendor se desprendía de cada objeto, o de cada mirada.

Julietta se acercó a sus amigas para saludar y las vio hermosas. Radiantes todas. Los chicos se habían reunido en la esquina opuesta de la habitación y miraban subrepticamente, sin atreverse a cruzar la barrera.

Analia hizo una seña furtiva a su amiga en dirección a Tomás. Pero Julieta estaba pendiente de otra cosa: no podía encontrar a José. Seguramente, aún no había llegado, porque si estuviera sería imposible no verlo.

Se fue formando un círculo de chistes y anécdotas. Casi imperceptiblemente, las chicas y los chicos se empezaron a mezclar y las risas volaron entre todos. Después, comenzaron algunos juegos.

Y José no venía...

Llegó el tiempo de la música.

Y José no había llegado...

Julietta tenía el comentario en la garganta y no lo quería soltar. No se resignaba a ser ella la primera en decirlo. ¿Nadie más había notado la ausencia? Empezó a sentirse impaciente y decepcionada. ¿Por qué no vendría? En el colegio, se lo había visto muy bien, y durante el último tiempo se había mostrado más cómodo entre los compañeros. Pero... ¿cómo podía saberlo! Nada era previsible en ese chico.

José jamás llegó.

Cuando Analia dijo algo, ya era evidente que no vendría. Y el comentario fue tan insignificante que ni siquiera le dio lugar a Julieta para sacar sus dudas afuera.

En algún momento, imaginó ir a su casa a buscarlo. Era una locura. No hubiera podido salir de allí sin una excusa y no había ninguna que le permitiera irse sola. Además, vaya a saber cómo era ese lugar. José no había dado muy buenas referencias.

Al final, volvieron con la mamá de Analia. Cuando pasaron frente al edificio de José, Julieta miró tratando de adivinar, de penetrar con la mirada las paredes para saber. Pero, obviamente, ninguna señal logró tranquilizarla.

Se bajó del auto sin hacer ningún comentario, saludando las gracias y subió al departamento.

Mientras se acostaba, pensó en su vida durante el último tiempo. Habían pasado tantas cosas... Miró a Flora a su lado y tuvo un extraño presentimiento sobre José. La sensación de que algo había cambiado inevitablemente. Como aquella noticia fatal sobre Anita había torcido el destino de Flora. Se dio vuelta en la cama para escapar de esos recorridos tramposos de su cabeza.

El domingo, la plaza se llenó de gente. Julieta también estuvo allí. Esperando que apareciera José por detrás y la sobresaltara, como otras veces. Pero no se presentó. Ni a la mañana, ni por la tarde.

El lunes no subió al ómnibus ni llegó al colegio.

El martes, la prudencia de Julieta le indicó que ya era tiempo de hablar... o tal vez, de hacer algo más. La

Pregunta sobre José y su ausencia se multiplicó como un eco entre los compañeros.

—¡Qué raro! ¿Estará enfermo?

Y volvió a Julieta...

—Vos que sos su amiga, Juli, ¿no sabés nada?

“Su amiga”, así le dijeron. Y si lo pensaba detenidamente, era probable que fuera la única que sabía ciertas cosas. Sí, era su amiga. Habían compartido momentos importantes, y José había tomado un riesgo cuando la acompañó a la casa de la tía Raquel... o Flora... Bueno, ahora era lo de menos. Julieta llegó a la conclusión de que tenía que hacer algo.

Cuando salieron, caminó decidida hasta la parada.

Y mientras esperaban el ómnibus, le dijo a Analía:

—Escuchame bien, yo me voy a bajar en la parada de José para ir a su casa y averiguar qué pasó...

—Está bien —contestó—, yo no te puedo acompañar... Ya sabés cómo se pone mi vieja cuando llego tarde. Pero no te olvides de llamarme por teléfono para contarme qué pasó.

Cuando se bajó del colectivo, Julieta sintió que el corazón le galopaba como loco. Sintió el estómago lleno de cosquillas y tuvo que respirar muy hondo para seguir adelante. Se moría de vergüenza, impaciencia y miedo. Le parecía incómoda la situación, si no lo encontraba. Pero si lo encontraba, también... ¿Qué le diría?

Tratando de pasar muy rápido por aquella prueba, se paró frente al portero eléctrico y presionó el botón del departamento del encargado.

Un señor con ropa de trabajo vino caminando por el pasillo. Julieta lo miró por la puerta vidriada. Era parecido a José. Y desde el fondo, de donde había salido el hombre, se asomaba una cabecita que movía los mismos rulos inquietos. Pensó que seguramente era el chiquito del que le había hablado... el que lo seguía a todas partes... y al que iba a extrañar cuando...

—¿Necesitás algo? —preguntó el señor con la misma tonada—. ¿A qué departamento querés pasar?

—No —respondió Julieta—, a ninguno. Yo venía a verlo a usted. Mejor dicho a José.

—¿José? ¿Y para qué querías ver a José? —preguntó el hombre cambiando la cara.

—Es que... yo soy una compañera del colegio y...

—Ah, del colegio. Bueno, yo ya fui a avisar: José no va a ir más.

—¿Cómo que no va a ir más? —preguntó Julieta con el presentimiento hecho certeza de un plumazo.

—No. José no vive más acá. Se fue... Y ahora disculpame, pero tengo que seguir trabajando.

El hombre cerró la puerta contrariado y dejó a Julieta perdida en la vereda sin saber qué hacer. Despacito, empezó a caminar hacia su casa. Tragando una especie de rabia que pronto iba a convertirse en huracán.

¿Cómo podía ser? ¿Cómo!? ¿Por qué no le contó que iba a escaparse? ¿Por qué justo en ese momento en que ella había podido entender que nadie es tan diferente ni tan igual? ¿Por qué, sin decirle nada? Ella no lo hubiera traicionado. No hubiera contado nada a nadie y, si hubiera sido necesario, lo habría ayudado. ¿No se dio cuenta? ¿No entendió que podía confiar en ella?

El paso de Julieta se hizo más y más apurado. Aprentó fuerte los dientes para masticar la bronca, creciente como la velocidad con que caminaba. Y fue transformando la tristeza en enojo, algo que había aprendido muy bien últimamente.

Entonces, siguió tejiendo argumentos en su contra. ¿Qué se podía esperar de alguien así! ¿Por qué José iba a pensar en ella?! Si estaba claro que no le importaba nada ni nadie. ¿Que se las arreglara solo, entonces, como le gustaba estar!

Julieta subió hasta su casa. Apenas saludó con un "hola" seco y se encerró en su pieza. Acostada sobre su cama, metió la cabeza debajo de la almohada para desaparecer del mundo y entregarse a su escándalo privado, que bien se lo merecía.

Unos golpecitos suaves en la puerta la detuvieron.

—¿Qué pasa? —preguntó, todavía con la cara tapada.

—Nada. Soy yo —contestó Gladis con mucha suavidad—. Quería decirte una cosa.

—Ah, bueno, esperá un minuto —contestó Julieta.

Se levantó y abrió la puerta. Gladis la miró, extendió la mano con un papel y le dijo:

—Ayer, mientras estabas en el colegio, vino ese chico con el que estabas haciendo el trabajo... José, me parece que se llamaba... y me dejó esto para vos.

Julieta la miró como si hablara en chino.

—Es que ayer, entre una cosa y otra, me olvidé de decirte —explicó Gladis—. Disculpame.

Julieta agarró el papel y empezó a sospechar. Dijo que no importaba, que no había problema.

Ahora estaba como al principio. Parada al borde del muro, a punto de saber qué había del otro lado. ¡Qué tanto! Ya no había demasiado en juego. Desplegó la hoja. Reconoció rápidamente la letra.

Hola, Julieta (changuita, para los amigos, ¡je, je!). Espero que recibas esta "carta". No es como las de tu abuela, pero para mí es importante poder decirte algunas cosas y es una buena manera, ¿no? Ella nos ha enseñado.

Me tengo que ir. Ya te había dicho que mi lugar no está aquí y además salta a la vista. No se trata de escaparme por los balcones ni nada por el estilo, ¿eh, amiga? Es que tengo la oportunidad de volver a Cuesta Corral. Ayer llegó un tío a visitarme a "la pecera de cucarachas". Es un tipo buenísimo. Siempre fue como un padre para mí. Vive en el pueblo con su esposa y mi primita. Y vos sabés que acá no estoy bien. Me ofreció vivir con él mientras termino

el colegio. Así voy a poder ir a la casa de mi abuela, o al menos verla; ya que mi tío quedó encargado de su cuidado. A la vieja le hubiera gustado.

Imaginate que voy a un lugar parecido al de la carta que leíste (no me acuerdo cómo se llamaba). Yo también necesito más espacio, como la señorita Flo.

Pero no me quiero ir sin decirte que fue muy rara y hermosa la experiencia de ayudarte a descubrir los secretos de tu abuela. Y que te voy a extrañar. Me hubiera gustado ir a la fiesta para charlar y despedirme, pero justo a esa hora llegó mi tío Antonio. Y, como me vio y me conoce, se puso a preguntarme cómo andaba. Y para qué te voy a contar los detalles, me despaché con todo. Todavía lo tengo un poco confuso porque fue así, de golpe, como te lo estoy contando. Yo mismo no termino de entender. Te estoy escribiendo con los bolsos listos.

Bueno, era esto lo que te quería decir, nomás. A lo mejor, podemos encontramos algún día que quieras venir a visitarme. O cuando vuelva para estudiar, ya te dije que quiero ser actor y en Cuesta Corral no hay ni teatros.

Yo te voy a escribir desde allá para contarte, porque me fijé bien la dirección de tu departamento. Y a lo mejor, si tenés ganas, seguimos siendo amigos. ¡Me gustaría saber si descubriste algo más de Flo!

Bueno, Julieta, me despido. Dale mis saludos a los chicos del curso.

José

Se había ido. Pero, ¿cómo enojarse después de esa carta? Lo pensó con cuidado y tuvo unas ganas enormes de hacer lo mismo. Irse de una vez por todas a Ciénaga del Quebrachal y... Pero era una gran mentira. Su lugar era este. Su casa y su mamá. Algún día podría irse de vacaciones, descubrir personas y ver sitios diferentes. A lo mejor...

Julieta se levantó despacio y caminó hasta el teléfono. Miró a Flora sentada frente al televisor, le guiñó un ojo y marcó el número de Anaía.

—Hola, ¿Ani? Soy yo. Sobre... sí, José. Que volvió a su casa —dijo con la voz en un hilo—. Y manda saludos a todos...

Los días siguientes simplemente pasaron. Se deslizaron sobre recuerdos nuevos.

Julietta piensa en la tarde en que todo comenzó. En el mundo dado vuelta, la lluvia finita y los dolores de Flora.

Ahora, mira a esa abuela sentada en su eterno sillón. La ve planear entre las palomas por los balcones y escaparse a sus lugares mágicos.

Y sabe que la va a extrañar.

Sergio acomoda los bolsos cerca de la puerta. Paula entra y sale enredándose con todo. Da vueltas y atiende por teléfono a la tía Raquel, que organiza a la distancia.

Julietta solamente dice:

—¿Querés leer una carta, señorita Flo?

Flora camina con dificultad hasta la habitación que compartieron durante las últimas semanas. Paula le hace una seña a Sergio para que espere un momento.

Una vez más, es la hora de la siesta.

Mientras Julieta saca la caja que aún permanece en el estante, Flora se recuesta en la cama con la mirada fija en el techo. Como siempre, Julieta levanta la tapa muy despacio y repasa los objetos con muchísima suavidad. Acaricia el sobre suelto y retira la cinta de la cajita para sacar la pila de sobres. Mira la primera carta. Aquella que escribió Flora a sus abuelos pidiendo asilo por las vacaciones. Y entiende que es un regalo de Ángela a su nieta, un punto de encuentro para salvarse del olvido. Una forma de iniciar aquella historia que se cerró con la carta arrugada y desdeñada en el fondo de la caja.

Pasa por los sobres siguientes la yema de sus dedos, que sienten la consistencia exacta del papel, el grosor, y adivinan su contenido. Finalmente, llega a una de las cartas pendientes. La toma entre sus manos y echa al aire la lectura:

23 de enero de 1939

Querida Anita:

He bautizado estos días como los "más maravillosos". Tienes que venir. Ya sé que mi locura no es tu estilo, pero prometo sensatez si estás aquí. Verdás, he descubierto otro sitio desesperadamente bello.

Pero voy a contarte con tranquilidad para que puedas comprenderme y sospechar, aunque sea en una pe-

quéñísima medida, el encanto que tienen estos parajes. Es más, intentaré describir detalles sutiles. Esos que son casi imperceptibles a la vista acostumbrada.

Días atrás, fuimos invitados a un pueblo vecino llamado Segal. La abuela me contó que todos los años la invitación se repite. Se trata de jornadas de trabajo que culminan en una celebración.

Al principio, la idea no me entusiasmó demasiado porque prefería quedarme con los chicos Luna y otros más, que se nos han unido para las "andanzas". Pero luego, la abuela dijo que me iba a gustar y que sería bueno que los acompañara, que ellos tenían que ir, que era una vieja costumbre y deseaban seguir manteniéndola. Puestas así las cosas, no me quedaba otra salida que complacerlos.

Nos levantamos muy temprano a la madrugada, cargamos una especie de olla grande y salimos. Tomamos un camino bastante bueno. El automóvil del abuelo avanzaba levantando una nube de polvo. Nos rodeaban matorrales secos y unos cerros pelados y rojizos.

No podrás creerme, pero de repente, tras una curva, el suelo se abrió bajo nosotros y apareció un valle de ensueño. Desde arriba podíamos ver las copas de los árboles, apretujadas y verdes. Olivos, nogales, higueras y durazneros, por todas partes. Cuando entramos al pueblo, descubrí unas acequias de piedra bordeando el camino y puentecitos de madera a la entrada de cada casa. Una belleza. Los abuelos

me explicaron que se trataba de un lugar de quintas, y señalaron el inmenso terreno arbolado que rodeaba cada vivienda. También me contaron que eran buenos productores de miel, y por eso divisamos unas pequeñas casitas sostenidas sobre palos donde estaban los panales de las abejas.

Seguimos por el camino hasta una entrada. Habíamos llegado. Ese era el sitio adonde íbamos. Allí vivían unos amigos de los abuelos. Se trataba de los Tompsi, las personas más encantadoras que puedas imaginar. Salieron a saludarnos con cariño y nos condujeron hasta un sector rodeado de árboles, donde algunas mujeres iban y venían trajinando con membrillos.

¿Has visto alguna vez esos frutos maravillosos? Son redondos y amarillos. Están cubiertos de una pelusa áspera, seca y marrón. Cuando los abres, si esperabas una pulpa dulce y jugosa, te decepcionas: sus encantos no están a la vista. Sin embargo, algo en su aroma silvestre promete.

La señora Tompsi y la abuela comenzaron a contarme que durante aquella jornada harían el dulce para ra todo el año, mientras los hombres hacían chorizos para guardar en barriles de grasa.

Por supuesto, me invitaron a participar de las tareas, envuelta en un delantal y tomando las debidas precauciones para no quemarme.

(¿Quieres imaginarme con el pañuelo en la cabeza, sudorosa, trasladando canastos con frutas cerca del fuego? ¡Permitido! Pero no se te ocurra contarle a "nadie".)

Enseguida me uní a Carmela, una de las hijas. Mientras acarreamos canastos, me contó que el día anterior habían lavado los membrillos, les habían quitado la pelusa cuidadosamente y el cabo que los unía a las plantas.

También les habían sacado las semillas, que quedaron reservadas en recipientes separados. Entonces, me mostró unos extraños anillos de barro modelados sobre el suelo. "Allí es donde vamos a cocinarlos," me dijo. Observé con sorpresa cómo depositaban grandes "pailas" de cobre (unas ollas como la que había llevado la abuela) sobre los anillos. Encajaban exactamente. Y por unas perforaciones en las paredes de tierra introducían el fuego. Los frutos bailoteaban en el agua, mientras los empujábamos con unas cañas largas para no ser salpicadas.

Cuando los membrillos estuvieron blandos, las muchachas se calzaron unos guantes y comenzaron a armar grandes bastidores poniendo rectángulos de lienzo sobre cuatro estacas. Debajo había una batea de madera.

Luego, aquellas mujeres comenzaron a cantar. Raspaban la fruta caliente sobre el lienzo y acompañaban el movimiento de las manos con la voz. Iban y venían con unas canciones contagiosas, que aprendí rápidamente para sumarme al coro. Los membrillos abrían sus corazones y se volcaban sobre la batea, suaves y pulposos. La abuela y la señora Tompsi también participaban. De vez en cuando, una de las mujeres revolvía el "mosto" por debajo, y luego volvíamos a la carga.

Terminamos de colar toda la fruta, dejamos unas cuantas bateas llenas y seguimos con ¡las semillas! Hubo que rasparlas sobre un recipiente diferente. Fue curioso y pregunté por qué lo hacían. "Es la gelatina", contestaron. Supe que de allí saca el dulce ese hermoso color rojizo y que es, además, lo que permite que se endurezca. Después, pasamos a un galpón. Había tablones de madera largos con balanzas, donde fueron pesando la pulpa y el azúcar para mezclar en partes iguales. Nosotros, con Carmela, volvimos a los hornillos en el suelo y a revolver sobre las pailas esa hermosa melaza, que se fusionaba y estallaba en pequeñas erupciones dulces.

Hasta ese momento, habíamos trabajado incansablemente y, te diría, sin darnos cuenta. Solo habíamos interrumpido para comer o para recibir algún mate, que circulaba persistente de mano en mano. (Perdón, cierto que no es la infusión apropiada.)

Ya estábamos en el tramo final de la tarea, cuando el cielo comenzó a poblarse de estrellas. Nosotros continuábamos revolviendo bajo la luz de faroles. Los insectos llenaron el aire de sonidos misteriosos, que acentuaron, aún más, la extraña imagen de los círculos burbujearantes iluminados desde la tierra.

El dulce caliente lo derramaron sobre moldes de metal para que fraguara al enfriarse. Fue impresionante ver la cantidad de rectángulos ordenados en el galpón. La abuela y la señora Tompsi fueron pasando un cuchillo por

los bordes y sacando los sobrantes, que caían como viboritas retorcidas sobre una fuente. Más tarde, las depositaron en frascos de vidrio que repartieron para el postre.

Cuando terminamos, en ese mismo sitio a pleno cielo, pusimos las mesas para la cena. Comimos, charlamos y después... ¡bailamos!, con la música de una vitrola instalada en medio de la galería.

Todos bailaron: chicos, grandes y viejos. Unos con otros, sin diferencias. ¡Y fue una gran fiesta! La mejor que he visto. Y nadie se cambió, ni se perfumó especialmente. Fue, como me habían dicho, una celebración del trabajo. Ese, hermana, es el espíritu del lugar. Lo que tanto me gusta.

Bueno, Anita, como te dije, esta vez he relatado hechos que aparentemente carecen de importancia. Cosas que llenan la vida de gente sencilla, que no tienen ninguna pretensión. Pero ocultan, al menos para mí, una auténtica belleza.

Confieso que he tenido toda la intención de tentarte. Además, para acercarte a estos placeres, llevaré unos panes de membrillo. Así, los podrás saborear durante la lectura de esta carta.

Un fuerte abrazo trabajador,
Tu hermana, Flo

La señorita Flo despierta debajo de Flora. Julieta puede sentirla florecer como cada vez. La habitación se puebla de aromas dulces y sonidos lejanos.

Julietta se acerca en silencio y envuelve a su abuela en un abrazo profundo. La siente latir tan cerca, hacerse nido tan fácil, que le da un beso en la mejilla.

La caja vuelve a su lugar en el estante.

Julietta camina con Flora por el pasillo, hasta la puerta. Muy, muy despacio, susurra:

—Hasta prontito, señorita Flo. Nos vemos el sábado... a la siesta.

La puerta se cierra, dejando afuera a una Flora dócil, que sin miedo se marcha de vuelta a su casa.